

CRISTIANDAD

AL REINO DE CRISTO
POR LOS CORAZONES DE JESÚS Y MARÍA



Año LXIX- Núm. 971-972
Junio-Julio 2012

LA ADORACIÓN EUCARÍSTICA EN EL CORAZÓN DE LA NUEVA EVANGELIZACIÓN

Congreso Eucarístico de Dublín

Encuentro Mundial de las Familias

El Corazón de Jesús y la Nueva
Evangelización

La mansedumbre del Corazón
de Jesús

Recuerdo del Congreso
Eucarístico de Barcelona (1952)

«Debemos recuperar en nuestra vida de piedad cristiana la visita al Santísimo Sacramento del altar para poder revitalizar nuestra vida cristiana y la de nuestras parroquias y comunidades. La procesión por las calles de la ciudad de Barcelona... va dirigida a la adoración y es una expresión de fe en aquel que ha vivido entre nosotros y continúa acompañándonos en nuestro camino por este mundo.»

CARDENAL MARTÍNEZ SISTACH: Homilía del Corpus Christi (2012)



*Custodia de la catedral de Barcelona
sobre el trono del rey Martín*

Sumario

Mensaje de Benedicto XVI a los participantes en el Congreso Eucarístico Internacional de Dublín	3
En recuerdo del XXX Congreso Eucarístico Internacional de Barcelona (1952) <i>Gerardo Manresa Presas</i>	5
Homilía de Benedicto XVI en la festividad del Corpus Christi	7
Homilía de monseñor Lluís Martínez Sistach en la festividad del Corpus Christi	9
La mansedumbre del Corazón de Jesús <i>Antonio Prevosti Monclús</i>	11
El Corazón de Jesús y la Nueva Evangelización <i>José-Javier Echave-Sustaeta</i>	14
«Instrumentum laboris» de la Asamblea General Ordinaria del Sínodo de Obispos para la nueva evangelización	18
Homilía de Benedicto XVI en la clausura del VII Encuentro Mundial de las Familias (Milán)	22
La Eucaristía, necesidad del Corazón de Jesús (del libro <i>La divina Eucaristía</i> , de san Pedro Julián Eymard)	24
La Eucaristía y los nuevos doctores de la Iglesia (santa Hildegarda de Bingen y san Juan de Ávila)	26
«El triunfo de la Iglesia»	28
San Juan de Ávila, doctor de la Iglesia <i>Gaspar Bustos Álvarez</i>	29
Declaración final del VI Congreso Mundial de Familias (Madrid)	31
Encuentro de Schola Cordis Iesu-Barcelona en el santuario de El Miracle (Solsona) <i>Javier González Fernández</i>	33
A propósito de la memoria histórica Fra Valentí Serra de Manresa	35
Contemplando la vida de Cristo. El corazón humano de Cristo en su vida pública <i>Ramón Gelpí</i>	37
Pequeñas lecciones de historia <i>Gerardo Manresa</i>	39

Edita
Fundación Ramón Orlandis i Despuig
Director: Josep M. Mundet i Gifre
Redacción y Administración
Duran i Bas, 9, 2ª
08002 BARCELONA
Redacción: 93 317 47 33
E-Mail: ramonorlandis@gmail.com
Administración y fax: 93 317 80 94
revista.cristiandad@gmail.com
<http://www.orlandis.org>

Imprime: Campillo Nevado, S.A. - D.L.: B-15860-58

RAZÓN DEL NÚMERO

DURANTE el pasado mes de junio se han sucedido los acontecimientos eclesiales, algunos propios del calendario litúrgico y otros de carácter extraordinario. Dos grandes festividades litúrgicas íntimamente relacionadas: Corpus Christi y Sagrado Corazón de Jesús; dos congresos internacionales: el VII Encuentro mundial de las familias que tuvo lugar en Milán a principios de mes y el 50 Congreso eucarístico internacional celebrado en Dublín a mediados del mismo mes y, finalmente, la publicación del *Instrumentum laboris* de la XIII Asamblea general ordinaria del Sínodo de los Obispos sobre el tema: «La Nueva Evangelización para la transmisión de la fe». El eco de todos estos acontecimientos constituye el principal contenido de las páginas de este número.

La repetida e insistente llamada de los últimos pontífices sobre la urgencia de la nueva evangelización responde sin duda a la situación en que se encuentra hoy la Iglesia ante el mundo. Mientras las antiguas y originarias comunidades cristianas son invadidas por un creciente y agresivo secularismo, expresión de una situación de apostasía, una parte importante de la humanidad aún no ha sido propiamente evangelizada. No se trata fundamentalmente de encontrar una nueva metodología pastoral sino de renovar el mandato evangelizador en esta coyuntura tan singularmente grave en que se encuentra la humanidad, siendo conscientes, como nos dice el documento antes citado, de que «*Sólo una fe sólida y robusta, propia de los mártires, puede dar ánimo a tantos proyectos pastorales*».

Esta fe sólida ha estado siempre alimentada por una fervorosa piedad, que tiene sus raíces en la adoración eucarística, no sólo la que se hace de forma habitual en los templos, sino también la que de forma extraordinaria y pública se practica por las calles de tantas ciudades desde tiempos medievales con motivo de la festividad del Corpus y de un modo aún más extraordinario en la celebración de los congresos eucarísticos internacionales. Cuanto más arrecia el laicismo público, más necesario es promover la presencia de la fe cristiana en los lugares habituales en los que transcurre la vida de las ciudades.

Otro ámbito crucial para la transmisión de la fe es la familia. Lo han repetido los últimos pontífices: «*La vida de la Iglesia pasa por la familia*». Sin familias cristianas no hay continuidad en la transmisión de la fe, no hay vocaciones al sacerdocio y a la vida religiosa; es decir, sin familias cristianas no hay Iglesia. Un pueblo sólo está realmente descristianizado cuando la fe cristiana ya no constituye el entramado esencial de la vida familiar. En nuestros días no sólo ha penetrado la secularización en la familia, sino que, además, ésta se ve perversamente acosada, incluso en su fundamento natural por los poderes públicos y por la cultura dominante. En el Encuentro de Milán, Benedicto XVI ha expresado esta solicitud pastoral por la familia para que dirija su mirada al modelo de toda familia cristiana: la familia de Nazaret.

Ante la gravedad de los males que acechan al mundo hoy de nuevo hay que proclamar el mensaje de Paray-le-Monial: «*He aquí el Corazón que tanto ha amado a los hombres*»; sólo en Él la humanidad actual encontrará el remedio eficaz de todas sus enfermedades.

«La Eucaristía implica una llamada a ser pueblo santo de Dios»

Mensaje de Su Santidad Benedicto XVI a los participantes en la ceremonia de clausura del I Congreso Eucarístico Internacional celebrado en Dublín entre el 10 y el 16 de junio

Queridos hermanos y hermanas:

Con gran afecto en el Señor, saludo a todos los que os habéis reunido en Dublín para el 50 Congreso Eucarístico Internacional, en especial al señor cardenal Brady, al señor arzobispo Martin, al clero, a las personas consagradas, a los fieles de Irlanda y a todos los que habéis venido desde lejos para apoyar a la Iglesia en Irlanda con vuestra presencia y vuestras oraciones.

El tema del Congreso –«La Eucaristía: comunión con Cristo y entre nosotros»– nos lleva a reflexionar sobre la Iglesia como misterio de comunión con el Señor y con todos los miembros de su cuerpo. Desde los primeros tiempos, la noción de *koinonia* o *communio* ha sido central en la comprensión que la Iglesia ha tenido de sí misma, de su relación con Cristo, su Fundador, y de los sacramentos que celebra, sobre todo la Eucaristía. Mediante el Bautismo, se nos incorpora a la muerte de Cristo, renaciendo en la gran familia de los hermanos y hermanas de Jesucristo; por la Confirmación recibimos el sello del Espíritu Santo y, por nuestra participación en la Eucaristía, entramos en comunión con Cristo y se hace visible en la tierra la comunión con los demás. Recibimos también la prenda de la vida eterna futura.

El Congreso tiene lugar en un momento en el que la Iglesia se prepara en todo el mundo para celebrar el Año de la Fe, para conmemorar el quincuagésimo aniversario del inicio del Concilio Vaticano II, un acontecimiento que puso en marcha la más amplia renovación del rito romano que jamás se haya conocido. Basado en un examen profundo de las fuentes de la liturgia, el Concilio promovió la participación plena y activa de los fieles en el sacrificio eucarístico. Teniendo en cuenta el tiempo transcurrido, y a la luz de la experiencia de la Iglesia universal en este periodo, es evidente que los deseos de los padres conciliares sobre la renovación litúrgica se han logrado en gran parte, pero es igualmente claro que ha habido muchos malentendidos e irregularidades. La renovación de las formas externas querida por los padres conciliares se pensó para que fuera más fácil entrar en la profundidad interior del misterio. Su

verdadero propósito era llevar a las personas a un encuentro personal con el Señor, presente en la Eucaristía, y por tanto con el Dios vivo, para que a través de este contacto con el amor de Cristo, pudiera crecer también el amor de sus hermanos y hermanas entre sí. Sin embargo, la revisión de las formas litúrgicas se ha quedado con cierta frecuencia en un nivel externo, y la «participación activa» se ha confundido con la mera actividad externa. Por tanto, queda todavía mucho por hacer en el camino de la renovación litúrgica real. En un mundo que ha cambiado, y cada vez más obsesionado con las cosas materiales, debemos aprender a reconocer de nuevo la presencia misteriosa del Señor resucitado, el único que puede dar amplitud y profundidad a nuestra vida.

La Eucaristía es el culto de toda la Iglesia, pero requiere igualmente el pleno compromiso de cada cristiano en la misión de la Iglesia; implica una llamada a ser pueblo santo de Dios, pero también a la santidad personal; se ha de celebrar con gran alegría y sencillez, pero también tan digna y reverentemente como sea posible; nos invita a arrepentirnos de nuestros pecados, pero también a perdonar a nuestros hermanos y hermanas; nos une en el Espíritu, pero también nos da el mandato del mismo Espíritu de llevar la Buena Nueva de la salvación a otros.

Por otra parte, la Eucaristía es el memorial del sacrificio de Cristo en la cruz; su cuerpo y su sangre instauran la nueva y eterna Alianza para el perdón de los pecados y la transformación del mundo. Durante siglos, Irlanda ha sido forjada en lo más hondo por la santa Misa y por la fuerza de su gracia, así como por las generaciones de monjes, mártires y misioneros que han vivido heroicamente la fe en el país y difundido la Buena Nueva del amor de Dios y el perdón más allá de sus costas. Sois los herederos de una Iglesia que ha sido una fuerza poderosa para el bien del mundo, y que ha llevado un amor profundo y duradero a Cristo y a su bienaventurada Madre a muchos, a muchos otros. Vuestros antepasados en la Iglesia en Irlanda supieron cómo esforzarse por la santidad y la constancia en su vida personal, cómo proclamar el gozo que proviene del

Evangelio, cómo inculcar la importancia de pertenecer a la Iglesia universal, en comunión con la Sede de Pedro, y la forma de transmitir el amor a la fe y la virtud cristiana a otras generaciones. Nuestra fe católica, imbuida de un sentido radical de la presencia de Dios, fascinada por la belleza de su creación que nos rodea y purificada por la penitencia personal y la conciencia del perdón de Dios, es un legado que sin duda se perfecciona y se alimenta cuando se lleva regularmente al altar del Señor en el sacrificio de la Misa. La gratitud y la alegría por una historia tan grande de fe y de amor se han visto recientemente conmocionados de una manera terrible al salir a la luz los pecados cometidos por sacerdotes y personas consagradas contra personas confiadas a sus cuidados. En lugar de mostrarles el camino hacia Cristo, hacia Dios, en lugar de dar testimonio de su bondad, abusaron de ellos, socavando la credibilidad del mensaje de la Iglesia. ¿Cómo se explica el que personas que reciben regularmente el cuerpo del Señor y confiesan sus pecados en el sacramento de la Penitencia hayan pecado de esta manera? Sigue siendo un misterio. Pero, evidentemente, su cristianismo no estaba alimentado por el encuentro gozoso con Cristo: se había convertido en una mera cuestión de hábito. El esfuerzo del Concilio estaba orientado a superar esta forma de cristianismo y a redescubrir la fe como una amistad personal profunda con

la bondad de Jesucristo. El Congreso Eucarístico tiene un objetivo similar. Aquí queremos encontrarnos con el Señor resucitado. Le pedimos que nos llegue hasta lo más hondo. Que al igual que sopló sobre los Apóstoles en la Pascua infundiéndoles su Espíritu, derrame también sobre nosotros su aliento, la fuerza del Espíritu Santo, y así nos ayude a ser verdaderos testigos de su amor, testigos de la verdad. Su verdad es su amor. El amor de Cristo es la verdad.

Mis queridos hermanos y hermanas, ruego que el Congreso sea para cada uno de vosotros una experiencia espiritualmente fecunda de comunión con Cristo y su Iglesia. Al mismo tiempo, me gustaría invitaros a uniros a mí en la oración, para que Dios bendiga el próximo Congreso Eucarístico Internacional, que tendrá lugar en 2016 en la ciudad de Cebú. Envío un caluroso saludo al pueblo de Filipinas, asegurando mi cercanía en la oración durante el periodo de preparación a este gran encuentro eclesial. Estoy seguro de que aportará una renovación espiritual duradera, no sólo a ellos, sino también a todos los participantes del mundo entero. Ahora, encomiendo a todos los participantes en este Congreso a la protección amorosa de María, Madre de Dios, y a san Patricio, el gran patrón de Irlanda, a la vez que, como muestra de gozo y paz en el Señor, os imparto de corazón la bendición apostólica.



Ochenta mil personas asisten a la misa de clausura del Congreso en el Croke Park Stadium

El recuerdo del XXXV Congreso Eucarístico Internacional de Barcelona (1952)

GERARDO MANRESA PRESAS

CREO que nunca se celebrará otro congreso eucarístico revestido con tanta magnificencia y entusiasmo. Sólo podía obrar lo que he visto la gracia del Señor, que ha querido así bendecir la obra de un pueblo insuperable». Estas palabras del legado de Su Santidad, cardenal Tedeschini, resumen y sintetizan lo que fue el XXXV Congreso Eucarístico Internacional de Barcelona. Ahora se cumplen los sesenta años de su celebración, entre el 26 de mayo y el 1 de junio de 1952.

Este congreso fue el primero que se celebró tras la segunda conflagración mundial y aún los ecos de dicha guerra no se habían apagado; a pesar de ello muchas naciones no se daban por satisfechas y ya habían iniciado nuevas guerras. Pío XII en la bula pontificia de inicio del Congreso Eucarístico se lamentaba de ello y decía que «si bien han transcurrido ya siete años desde el final de la guerra, se echa de menos la tan suspirada paz, es decir, la paz de las almas y de los corazones, la paz familiar y social, la paz entre todos los pueblos y las naciones». Y esta anhelada paz, la paz que sólo Cristo puede traer, y que esperamos con ansia, fue el tema del Congreso Eucarístico: «La Eucaristía y la paz».

El recuerdo de aquellos días no se ha borrado aún en los barceloneses, fueran mayores, o pequeños. Hace pocos días se refería a ello en la televisión una persona, poco o nada religiosa, pero muy conocida en los ámbitos culturales de la ciudad y explicaba cómo siendo niño recordaba aquellos días como los primeros en que sus padres le autorizaron a salir solo y así pudo disfrutar de la primera sensación de libertad paseando y corriendo por la ciudad. El clima de paz entre la ciudadanía y entre los visitantes fue patente, porque en aquel ambiente se respiraba esta paz de la que nos hablaba Pío XII en la bula, la paz de Cristo, que es paz individual, familiar y social. Barcelona fue durante aquellos días una ciudad orante: por un lado todas las casas particulares y los edificios públicos engalanados homenajearon al Señor externamente, pero, sobre todo, todas las personas que vivieron aquellos días en la ciudad estuvieron como recogidas en oración y con una alegría y gozo que contagiaban a todos.

La primera ceremonia ante el legado pontificio tuvo lugar en la catedral basílica de Barcelona, donde el obispo de Barcelona, monseñor Modrego, dio la bienvenida al cardenal Tedeschini y le hizo pa-

tente la adhesión y entusiasmo de la ciudad por la celebración del Congreso. El cardenal, impresionado aún por la acogida que acababa de recibir, dijo: «Mis palabras son incapaces de expresar lo que he visto. He pensado en las palabras de san Pablo, y como él puedo decir que no he visto nunca, ni he oído nunca, lo que he visto y oído. Gracias, Señor, porque me habéis hecho la gracia de poder ver lo que he visto esta tarde».

La primera noche tuvo lugar en la explanada de delante del templo del Tibidabo la Vigilia de Adoración Nocturna. Una multitud de fieles que llenaban la explanada asistieron a la Vigilia presidida por el obispo de Málaga, monseñor Ángel Herrera. La oración silenciosa de los fieles apenas fue cortada por el suave rumor de la brisa nocturna y la palabra del obispo que presidía la ceremonia invitaba a recogerse y adorar a Jesucristo Eucaristía y pedirle por el éxito del Congreso, pero sobre todo para que la paz del mundo fuera un hecho real en toda la tierra.

El lema del primer día del Congreso fue «La Eucaristía y la paz familiar». En la santa Misa celebrada en el templo expiatorio de la Sagrada Familia, a la que asistieron más de diez mil niños que aquel año hicieron la primera Comunión, con todas sus familias, el obispo de Pamplona dirigió unas breves y sentidas palabras a los niños exhortándoles a que guardaran siempre aquella pureza del alma para conseguir siempre la gracia del Señor y a que rogaran siempre por la paz de las conciencias y la paz entre los pueblos. «Será vuestra plegaria la más querida y la que mejor puede elevarse al cielo. Niños y niñas, amad siempre a Jesús con ese amor y esa devoción con que le habéis abrazado al recibir el Pan de los Ángeles.»

Por la tarde del mismo día, una solemnidad eucarística de imborrable recuerdo se celebró en la plaza Pío XII, con más de ciento cincuenta mil personas. Cuando por una y otra parte se pretende establecer la convivencia entre los pueblos y entre las naciones sobre principios modernistas, que se empeñan en olvidar que la familia cristiana es la base indispensable para la sustentación de la sociedad y la paz social, los católicos españoles rendían homenaje a Jesús Eucaristía por haberles concedido el gozo de un hogar, formado al ejemplo del divino modelo de Nazaret, plantel fecundo de la única y auténtica vida.

El segundo día tuvo por lema «La Eucaristía y la paz social». El mundo laboral, empresarios y trabajadores, se reunió en una magna concentración de más de medio millón de personas para celebrar la santa Misa y consagrar sus respectivos estamentos sociales a Jesucristo Eucaristía. El cardenal de Toledo, monseñor Pla y Deniel, y el arzobispo de Nueva York, cardenal Spellman, se dirigieron a todos los asistentes y les exhortaron a seguir las enseñanzas de la Iglesia en todos los temas sociales: «La Iglesia santifica el trabajo y bendice el ascenso de las clases inferiores a las superiores; si las encíclicas papales no se cumplen, no echéis la responsabilidad a la Iglesia, que no hace política y sólo pide en nombre de su divino magisterio la libertad para prodigar y decir la verdad, esa verdad que los auténticos apóstoles del obrerismo, surgidos de vosotros mismos, deben llevar al terreno de las realizaciones.»

La noche de este segundo día, jueves 29 de mayo, quedará registrado en la historia de este congreso eucarístico como la fecha de uno de los actos más solemnes y emotivos que tuvieron lugar: la celebración de la Comunión general para los hombres. Reunión nocturna para cientos de miles de hombres, que como trabajaban durante el día, solamente después del trabajo podían asistir a los actos del congreso. Toda la Diagonal era una masa enorme de gente procurando llegar hasta la plaza Pío XII. El acto estaba preparado para acoger a cientos de miles de hombres de todas las edades y exhortarles, bajo la palabra ardiente del padre Lombardi, a vivir una vida centrada en Dios y en la Eucaristía y lo mejor para iniciar una vida así era empezar por una buena confesión y la recepción de la Eucaristía en la santa Misa. Fue realmente impresionante observar a cientos de sacerdotes confesando a lo largo de la Diagonal con colas de hombres esperando su turno y, de esta forma, pasar luego a la presencia en la santa Misa y poder recibir a Jesús Eucaristía. Cuando después de los cantos finales, la multitud se desparramaba hacia la ciudad, llevaba en sus bocas un único comentario: por sólo aquel acto valía la pena todos los afanes y los desvelos acumulados en el Congreso.

También es de destacar las sesiones diarias celebradas en la Universidad, finalizadas todas ellas por una sesión académica en la que disertaron teólogos de fama mundial, como los padres Garrigou-Lagrange, Bea, Parsch, etc, donde estudiaron temas

teológicos referentes a la Eucaristía y la paz; el certamen poético mundial con una brillante sesión académica, en el que actuó de mantenedor Paul Claudel; la plegaria por los países que gimen bajo la persecución religiosa, realizada en la lengua vernácula por preladados representantes de aquéllos en la Sagrada Familia, y la ordenación de ochocientos veinte nuevos sacerdotes de varias nacionalidades que tuvo efecto en el Estadio de Montjuich ante unas gradas atestadas de fieles.

Ninguna actividad, ninguna nación estuvo ausente del Congreso. Se veía en ello la verdad y la consoladora esperanza de un Reino de Cristo, reino de la verdadera paz, dentro del cual la vida total de los pueblos discurre hacia su verdadero fin, vivificada por la gracia del Señor.

El día final del congreso, 1 de junio, domingo de Pentecostés, una solemne misa pontifical presidió los actos. Tras la comunión, el Jefe del Estado consagró España a Jesús Sacramentado. Por la tarde se clausuró el congreso con una magna procesión presidida por Jesús Eucaristía que se paseó por las calles de Barcelona, en las que más de dos millones de personas pudieron rendir culto a Dios hecho hombre y que permanece entre nosotros bajo la forma de pan. Tras esta procesión el legado pontificio impartió la bendición con el Santísimo ante la multitud arrodillada a sus pies.

Decía el editorial de nuestra revista del 15 de junio de 1952, escrita por Roberto Coll Vinent:

«El Congreso Eucarístico de Barcelona ha venido a ser una nueva y solemne proclamación de la realeza de Jesucristo por parte del pueblo cristiano, un deseo explícito y ferviente de que el Dios del amor, el Dios de la paz, reine efectivamente sobre el mundo entero, una protesta de la esperanza que en Jesucristo ponen, todavía hoy, todos los pueblos que un día recibieron el mensaje evangélico, que es mensaje de salvación y de paz. (...). “Venga a nosotros tu Reino”, esta ha sido la plegaria que han musitado las almas reunidas en torno a la mesa eucarística, que es mesa de paz. Que reine Cristo en las inteligencias y en las voluntades. Que reine en el seno de las familias, que reine en toda la sociedad. Cuando rezábamos por la paz, individual y familiar, social e internacional, proclamamos todos, con conciencia más o menos clara, que sólo el reinado efectivo de Cristo puede devolver al mundo el don divino de la paz.»



«El culto del Santísimo Sacramento es como el “ambiente” espiritual dentro del que la comunidad puede celebrar bien y en verdad la Eucaristía»

Homilía de Su Santidad Benedicto XVI en la misa de la festividad del Corpus Christi, en la basílica de San Juan de Letrán, el pasado 7 de junio

¡Queridos hermanos y hermanas!

Esta tarde querría meditar con vosotros sobre dos aspectos, entre ellos conectados, del misterio eucarístico: el culto de la Eucaristía y su sacralidad.

Es importante volverlos a tomar en consideración para preservarlos de visiones no completas del Misterio mismo, como aquellas que se han dado en el reciente pasado.

Sobre todo, una reflexión sobre el valor del culto eucarístico, en particular de la adoración del Santísimo Sacramento. Es la experiencia que también esta tarde viviremos tras la Misa, antes de la procesión, durante su desarrollo y al término.

Una interpretación unilateral del Concilio Vaticano II ha penalizado esta dimensión, restringiendo en práctica la Eucaristía al momento celebrativo. En efecto, ha sido muy importante reconocer la centralidad de la celebración, en la que el Señor convoca a su pueblo, lo reúne en torno a la doble mesa de la Palabra y del Pan de vida, lo nutre y lo une a sí en la ofrenda del Sacrificio. Esta valorización de la asamblea litúrgica, en la que el Señor actúa y realiza su misterio de comunión, sigue siendo naturalmente válida, pero debe resituarse en el justo equilibrio. En efecto –como a menudo sucede– para subrayar un aspecto se acaba por sacrificar otro. En este caso, la acentuación sobre la celebración de la Eucaristía ha ido en detrimento de la adoración, como acto de fe y de oración dirigido al Señor Jesús, realmente presente en el Sacramento del Altar. Este desequilibrio ha tenido repercusiones también sobre la



vida espiritual de los fieles. En efecto, concentrando toda la relación con Jesús Eucaristía en el único momento de la Santa Misa, se corre el riesgo de vaciar de su presencia el resto del tiempo y del espacio existenciales. Y así se percibe menos el sentido de la presencia constante de Jesús en medio de nosotros y con nosotros, una presencia concreta, cercana, entre nuestras casas, como «Corazón latiente» de la ciudad, del país, del territorio con sus diversas expresiones y actividades. El sacramento de la caridad de Cristo debe permeare toda la vida cotidiana.

En realidad es equivocado contraponer la celebra-

ción y la adoración, como si estuvieran en competencia. Es justo lo contrario: el culto del Santísimo Sacramento es como el «ambiente» espiritual dentro del que la comunidad puede celebrar bien y en verdad la Eucaristía. Sólo si es precedida, acompañada y seguida de esta actitud interior de fe y de adoración, la acción litúrgica puede expresar su pleno significado y valor. El encuentro con Jesús en la Santa Misa se realiza verdadera y plenamente cuando la comunidad es capaz de reconocer que Él, en el Sacramento, habita su casa, nos espera, nos invita a su mesa, y luego, después de que la asamblea se ha disuelto, permanece con nosotros, con su presencia discreta y silenciosa, y nos acompaña con su intercesión, recogiendo nuestros sacrificios espirituales y ofreciéndolos al Padre.

En este sentido, me gusta subrayar la experiencia que viviremos esta tarde juntos. En el momento

de la adoración, estamos todos al mismo nivel, de rodillas ante el Sacramento del Amor. El sacerdocio común y el ministerial se encuentran unidos en el culto eucarístico. Es una experiencia muy bella y significativa, que hemos vivido diversas veces en la basílica de San Pedro, y también en las inolvidables vigili-
 as con los jóvenes, recuerdo por ejemplo las de Colonia, Londres, Zagreb y Madrid. Es evidente a todos que estos momentos de vela eucarística preparan la celebración de la Santa Misa, preparan los corazones al encuentro, de manera que este resulta incluso más fructuoso. Estar todos en silencio prolongado ante el Señor presente en su Sacramento, es una de las experiencias más auténticas del nuestro ser Iglesia, que se acompaña en modo complementario con la de celebrar la Eucaristía, escuchando la Palabra de Dios, cantando, acercándose juntos a la mesa del Pan de vida. Comunión y contemplación no se pueden separar, van juntos. Para comunicar verdaderamente con otra persona debo conocerla, saber estar en silencio cerca de ella, escucharla, mirarla con amor. El verdadero amor y la verdadera amistad viven siempre de esta reciprocidad de miradas, de silencios intensos, elocuentes, plenos de respeto y veneración, de manera que el encuentro se viva profundamente, de modo personal y no superficial. Y lamentablemente, si falta esta dimensión, incluso la misma comunión sacramental puede llegar a ser, por nuestra parte, un gesto superficial. En cambio, en la verdadera comunión, preparada por el coloquio de la oración y de la vida, podemos decir al Señor palabras de confianza, como las que han resonado hace poco en el salmo responsorial: «Yo soy tu siervo, hijo de tu esclava:/ tú has roto mis cadenas./ Te ofreceré un sacrificio de alabanza/ e invocaré el nombre del Señor» (Sal 115,16-17).

Ahora querría pasar brevemente al segundo aspecto: la sacralidad de la Eucaristía. También aquí hemos sufrido en el pasado reciente un cierto malentendido del mensaje auténtico de la Sagrada Escritura. La novedad cristiana respecto al culto ha sido influenciada por una cierta mentalidad secular de los años sesenta y setenta del siglo pasado. Es verdad, y sigue siendo siempre válido, que el centro del culto ya no está en los ritos y en los sacrificios antiguos, sino en Cristo mismo, en su persona, en su vida, en su misterio pascual. Y sin embargo de esta novedad fundamental no se debe concluir

que lo sacro no exista ya, sino que ha encontrado su cumplimiento en Jesucristo, Amor divino encarnado. La Carta a los Hebreos, que hemos escuchado esta tarde en la segunda lectura, nos habla precisamente de la novedad del sacerdocio de Cristo, «sumo sacerdote de los bienes futuros» (Heb 9,11), pero no dice que el sacerdocio se haya acabado. Cristo «es mediador de una alianza nueva» (Heb 9,15), establecida en su sangre, que purifica «nuestra conciencia de las obras de muerte» (Heb 9,14). Él no ha abolido lo sagrado, sino que lo ha llevado a cumplimiento, inaugurando un nuevo culto, que es sí plenamente espiritual pero que sin embargo, mientras estamos en camino en el tiempo, se sirve todavía de signos y ritos, que desaparecerán sólo al final, en la Jerusalén celeste, donde no habrá ya ningún templo (cf. Ap 21,22). Gracias a Cristo, la sacralidad es más verdadera, más intensa, y, como sucede para los mandamientos, ¡también más exigente! No basta la observancia ritual, sino que se exige la purificación del corazón y la implicación de la vida.

Me gusta también subrayar que lo sacro tiene una función educativa, y su desaparición inevitablemente empobrece la cultura, en especial la formación de las nuevas generaciones. Si, por ejemplo, en nombre de una fe secularizada y no necesitada ya de signos sacros, fuera abolida esta procesión ciudadana del Corpus Domini, el perfil espiritual de Roma resultaría «aplanado», y nuestra conciencia personal y comunitaria quedaría debilitada. O pensemos en una madre o un padre que, en nombre de una fe desacralizada, privaran a sus hijos de toda ritualidad religiosa: en realidad acabarían por dejar el campo libre a los tantos sucedáneos presentes en la sociedad de los consumos, a otros ritos y otros signos, que más fácilmente podrían convertirse en ídolos. Dios, nuestro Padre, no ha hecho así con la humanidad: ha enviado a su Hijo al mundo no para abolir, sino para dar cumplimiento también a lo sacro. En el culmen de esta misión, en la Última Cena, Jesús instituyó el Sacramento pascual. Actuando así se puso a sí mismo en el lugar de los sacrificios antiguos, pero lo hizo dentro de un rito, que mandó a los apóstoles perpetuar, como signo supremo del verdadero Sacro, que es Él mismo. Con esta fe, queridos hermanos y hermanas, celebramos hoy y cada día el misterio eucarístico y lo adoramos como centro de nuestra vida y corazón del mundo. Amén.



«Debemos recuperar en nuestra vida de piedad cristiana la visita al Santísimo»

Homilía de moseñor Lluís Martínez Sistach, cardenal arzobispo de Barcelona, en el misa de la festividad del Corpus Christi

Nos hemos reunido con gozo en la explanada de la catedral para celebrar la solemnidad del Corpus Christi, la fiesta de los dos amores: el amor al Cuerpo y a la Sangre de Cristo y el amor a los hermanos, especialmente a los más necesitados.

En la lectura del Éxodo hemos escuchado como Moisés fue a comunicar al pueblo todo lo que el Señor le había dicho y todo lo que le había ordenado. Todo el pueblo, a una sola voz respondió: «Haremos todo lo que el Señor nos diga». En el Evangelio que hemos escuchado Jesús instituyó la Eucaristía aquella noche del Jueves Santo en el Cenáculo y dijo a los discípulos: «Haced esto en memoria mía». Hoy de nuevo obedecemos al Señor y nos reunimos para hacer el memorial de lo que hizo Jesús aquel Jueves Santo, celebrando la Eucaristía, tal como ha hecho la Iglesia desde sus inicios, el domingo, el día del Señor.

En esta solemnidad del Corpus Christi brota de nuestros corazones una profunda acción de gracias a Dios por habernos dejado a su Hijo encarnado, muerto y resucitado, el Cuerpo y la Sangre por alimento de nuestra vida que Él nos ha dado por el Bautismo. Cuando con la ayuda del Espíritu Santo entendemos mejor la Eucaristía, comprendemos la necesidad de participar cada domingo en la misa en la comunidad cristiana. Este precepto nos viene del Señor. Participar en la celebración dominical y alimentarse del Cuerpo y de la Sangre de Cristo es una necesidad para los cristianos. Así lo entendían aquellos cristianos que, a pesar de la prohibición del emperador Diocleciano, el año 304, de reunirse para celebrar la Eucaristía, fueron sorprendidos en la casa de Octavio Félix celebrando la misa y manifestaron esta necesidad de celebrarla con estas palabras: «No podemos vivir sin el domingo», que es lo mismo que decir que sin la Eucaristía no podemos vivir, porque aquellos cristianos celebraban la Eucaristía cada domingo.

La Eucaristía ha sido siempre objeto de una gran estima y veneración en la Iglesia, sobre todo en el momento de la comunión. San Agustín dice que «nadie come esta carne sin antes adorarla. La Eucaristía es el misterio de nuestra fe». En las comidas comunes asimilamos el manjar, hacemos de éste un elemento de la propia realidad corporal. Pero en el

banquete eucarístico no sucede así. En la Eucaristía sucede exactamente lo contrario. El centro es Jesucristo que nos atrae hacia Él, nos hace salir de nosotros mismos para hacernos una sola cosa con Él. El Señor no nos deja solos en el camino que recorremos en este mundo. Él está con nosotros y en nosotros. Él mismo nos ha dicho: «Quien come mi carne y bebe mi sangre está en mí y yo en él» (Jn 6,56).

El papa Benedicto XVI, en su homilía de la solemnidad del Corpus de este año ha hablado de la importancia de la adoración al Santísimo Sacramento del altar donde está realmente presente Jesucristo muerto y resucitado. El Papa pone de relieve la importancia de reconocer la centralidad de la celebración de la misa, en la cual el Señor convoca a su pueblo, lo reúne en torno de la mesa de la Palabra y del Pan de vida, lo alimenta y lo une a sí mismo en el ofrecimiento del Sacrificio.

Sin embargo, este enfoque que nos ha facilitado el Concilio Vaticano II no debe ir en detrimento de la adoración como acto de fe y de plegaria dirigido al Señor realmente presente en el Sacramento del Altar. No debemos contraponer celebración de la misa y adoración al Santísimo. Al contrario. El papa dice que el culto al Santísimo Sacramento constituye como el ambiente espiritual en el cual la comunidad puede celebrar bien y en verdad la Eucaristía. Sólo si está presidida, acompañada y seguida de esta actitud interior de fe y de adoración, la acción litúrgica puede expresar su pleno significado y valor.

Todos recordamos impresionados aquellos largos momentos de adoración al Santísimo en silencio por parte de más de un millón y medio de jóvenes en la Jornada Mundial de la Juventud en Cuarto Vientos. Aquella vigilia de adoración preparó la participación en la Eucaristía del día siguiente. Debemos recuperar en nuestra vida de piedad cristiana la visita al Santísimo Sacramento del altar para poder revitalizar nuestra vida cristiana y la de nuestras parroquias y comunidades. La procesión por las calles de la ciudad de Barcelona que haremos esta noche va dirigida a la adoración y es una expresión de fe en aquel que ha vivido entre nosotros y continúa acompañándonos en nuestro camino por este mundo. Hoy nos unimos a la Iglesia diocesana de Dublín que está celebrando el 50 Congreso Eucarístico In-

ternacional, a la vez que recordamos el que se celebró en Barcelona en 1952.

La Eucaristía es el sacramento del amor y compromiso a favor de los pobres, porque nos ayuda a ver a Jesús preferentemente en nuestros hermanos necesitados, tal como Él mismo nos ha dicho: «todo lo que hicisteis a uno de estos hermanos más pequeños, a mí me lo hicisteis» (Mt 25, 40). Así se entiende que el Concilio Provincial Tarraconense nos haya pedido «avivar la tradición, tan intensamente vivida en los primeros siglos de la Iglesia, de vincular visiblemente la celebración de la Eucaristía con la caridad fraterna, insistiendo de manera particular en la relación entre la Fracción del Pan y la comunión cristiana de bienes» (Resolución 77,a).

Las graves consecuencias de la crisis económica se van intensificando. En nuestra provincia eclesial de Barcelona, Cáritas atendió el año pasado más de 250.000 personas. La pobreza va avanzando en sectores de nuestra sociedad por la falta de trabajo –con más de cinco millones de parados y el 50 % de los jóvenes no tienen trabajo–, y la falta de medios en muchas familias para poder subsistir. A todo ello responde el tercer objetivo de nuestro Plan Pastoral, «la solidaridad como expresión de nuestro amor y de nuestra fe». El Señor mueve el corazón de muchísimas personas que comparten sus bienes con los que tienen menos o carecen de ellos. Como pastor y padre de los pobres, quiero agradecer el trabajo que realizan las parroquias, Cáritas y otras instituciones

eclesiales y también muchísimas personas como voluntarios y donantes, para ayudar a nuestros hermanos necesitados.

Como os decía en mi carta pastoral *Nueva evangelización y solidaridad*, la solidaridad de los cristianos es fruto del amor a los hermanos y es expresión de nuestra fe cristiana. La ayuda a los hermanos ha de hacerse con una atención que sale del corazón, para que el otro experimente su riqueza de humanidad. Como afirma Benedicto XVI, para ayudar debidamente a los hermanos necesitamos un encuentro con Cristo que suscite en nosotros el amor y nos abra al prójimo ya no como un mandamiento, sino como una consecuencia que se desprende de la fe, la cual actúa por medio de la caridad (*Dios es Amor*, 31a.)

Nuestra solidaridad se enriquece a la luz de la fe. Si en nuestra vida falta completamente el contacto con Dios, veremos siempre en el prójimo sólo al otro, sin conseguir reconocer en él la imagen divina. Al verlo con los ojos de Cristo, podemos dar al otro mucho más que las cosas externas necesarias: podemos ofrecerle la mirada de amor que él necesita (Benedicto XVI, *Dios es amor*, 18).

En esta solemnidad de la Eucaristía, recordamos a María «Mujer eucarística» –como la ha denominado el beato Juan Pablo II– para que ella, sagrario del Hijo de Dios en su seno virginal, acreciente nuestra devoción a la Eucaristía, adorando al Señor en el Sacramento del altar y ayudándole en los pobres y necesitados.

«Venid a la Comunión... Es verdad que no sois dignos, pero la necesitáis»

San Juan María Vianney solía decir a sus parroquianos: «Venid a la Comunión... Es verdad que no sois dignos, pero la necesitáis». Conscientes de ser indignos a causa de los pecados, pero necesitados de alimentarnos con el amor que el Señor nos ofrece en el sacramento eucarístico, renovemos esta tarde nuestra fe en la presencia real de Cristo en la Eucaristía. No hay que dar por descontada nuestra fe. Hoy existe el peligro de una secularización que se infiltra incluso dentro de la Iglesia y que puede traducirse en un culto eucarístico formal y vacío, en celebraciones sin la participación del corazón que se expresa en la veneración y respeto de la liturgia.

Queridos hermanos y hermanas, como cada año, al final de la santa misa se realizará la tradicional procesión eucarística y, con las oraciones y los cantos, elevaremos una imploración común al Señor presente en la Hostia consagrada. Le diremos en nombre de toda la ciudad: «Quédate con nosotros, Jesús; entrégate a nosotros y danos el pan que nos alimenta para la vida eterna. Libra a este mundo del veneno del mal, de la violencia y del odio que contamina las conciencias; purifícalo con el poder de tu amor misericordioso».

Y tú, María, que fuiste mujer «eucarística» durante toda tu vida, ayúdanos a caminar unidos hacia la meta celestial, alimentados por el Cuerpo y la Sangre de Cristo, pan de vida eterna y medicina de la inmortalidad divina. Amén.

BENEDICTO XVI. Homilía de Corpus (11 de junio de 2009)

La mansedumbre del Corazón de Jesús

ANTONIO PREVOSTI MONCLÚS

APRENDED de mí, que soy manso y humilde de corazón». Así nos exhorta Jesús a todos los hombres, en el consolador y bellissimo pasaje de Mt 11,29, en el que nos habla de su Corazón. Así invita a todos los que andan fatigados y sobrecargados, después de llamarlos a Él, y prometerles alivio. Schola Cordis Iesu, cuya razón de ser, como indica su mismo nombre: «Schola», es la formación y el aprendizaje, se propone como tarea suprema aprender del Corazón de Jesús. Y he aquí que Jesús se presenta a sí mismo como maestro y como modelo por su mansedumbre y su humildad. ¿Hemos reflexionado sobre este punto, preocupándonos de comprender la razón profunda del mismo? ¿Hemos pensado todo lo que significa la mansedumbre y la humildad de Cristo? Parece que ello es indispensable, si queremos ser dóciles a aquella exhortación y verdaderamente «aprender de Él».

En este artículo vamos a fijarnos en la mansedumbre, una virtud poco tenida en cuenta, poco ensalzada, en la que se piensa poco, una virtud humilde, pero realmente de una gran importancia. Jesús se llama a sí mismo «manso». Y san Pablo corrobora este rasgo de su carácter moral en 2 Cor 10, 1, al apelar a «la mansedumbre y benignidad de Cristo», en el momento en que él mismo se dispone a escribir con cierta severidad contra los judaizantes entre los destinatarios de su carta.

La mansedumbre de Cristo se representa de forma simbólica y metafórica con la imagen del Cordero. Este simbolismo no es accidental o meramente auxiliar, sino bien esencial: lo prueba el hecho de que san Juan Bautista anunciara repetidamente al pueblo la presencia del Salvador diciendo «He ahí el Cordero de Dios» (Jn 1, 29 y 36). Y lo mismo el otro Juan, que nos presenta a Cristo en sus visiones del Apocalipsis bajo la figura de un cordero.

Ahora bien, el símbolo del cordero, además de significar mansedumbre, representa la víctima del sacrificio, y, sobre todo, el ritual de la Pascua. Y todo esto está presente en el anuncio del Bautista: «He ahí el Cordero de Dios, el que quita el pecado del mundo»: el cordero es la víctima del sacrificio expiatorio, por los pecados del pueblo; y éste es el oficio de Cristo que, como el cordero, se deja llevar mansamente a la muerte y se ofrece sin resistencia al sacrificio. El acto del sacrificio, recordémoslo, es

eminentemente un acto de religión; por lo que vemos que la mansedumbre de Cristo, aunque sin duda era una virtud que moldeaba su trato con los demás hombres, se ejerció en su aspecto supremo y su aplicación culminante en la realización de su misión religiosa.

Hemos dicho que el cordero es especialmente símbolo pascual y, por consiguiente, símbolo de la acción salvadora de Dios entre los hombres. Por lo tanto, es una imagen del carácter mesiánico de Jesús. Así lo reconoció inmediatamente Andrés, según continúa explicando el evangelio de Juan en el pasaje que estamos viendo (35-42), el cual le dice a su hermano Simón: «¡Hemos encontrado al Mesías!».

La mansedumbre de Cristo, pues, tiene que ver con su disposición a sacrificarse, a cargar con los pecados de los demás, siendo Él inocente. Y esta mansedumbre del Cordero aplaca la ira de Dios. La mansedumbre de Cristo tiene principalmente a la vista el perdón de nuestros pecados. Así, es algo hondamente conexo e implicado en su misericordia.

En la exhortación «aprended de mí» se incluye que también los hombres todos son llamados a ser mansos y humildes. Ya en el Antiguo Testamento se recomienda la mansedumbre, la dulzura, la docilidad. Para nosotros los hombres, la mansedumbre se relaciona con la obediencia y la receptividad a la palabra de Dios. Lo enseña el apóstol Santiago en su carta, en la que, al recomendar a todos ser tardos para la ira, dice: «Porque la ira del hombre no realiza la justicia de Dios» y añade: «recibid con docilidad la palabra sembrada en vosotros, que es capaz de salvar vuestras vidas» (St 1,19-21).

En fin, tan fundamental y tan decisiva para la vida espiritual es la mansedumbre, que mereció figurar entre las bienaventuranzas: «Bienaventurados los mansos, porque ellos poseerán la tierra» (Mt 5,5). Y esto aún no es todo: además, se cuenta entre los frutos del Espíritu Santo que san Pablo enumera en Gal 5,23. En consecuencia de todo ello, y tanto para conocer mejor al Corazón del Salvador como para disponerse más a aprender de Él, se impone reflexionar más de una vez sobre esa virtud aparentemente secundaria. Es preciso comprender bien que, efectivamente, es una virtud, reconocer en qué consiste y cuál es su función, así en la vida moral como en la vida de fe.

La virtud de la mansedumbre

EN el orden natural, la mansedumbre es una de las virtudes morales, como lo atestigua Aristóteles, que la trata expresamente en su *Ética nicomáquea* y ve en ella un término medio en relación con la ira. Pero recordemos que además de las virtudes morales adquiridas por el ejercicio de los buenos actos, y que pertenecen al orden natural, existen otras virtudes infusas por Dios en orden al último fin sobrenatural, que reciben el mismo nombre y versan sobre la misma materia que las virtudes morales. Deberemos considerar, pues, una mansedumbre infusa y sobrenatural, más perfecta que la natural, y que se funda en la caridad.

Decimos que la mansedumbre es una virtud porque modera la pasión de la ira, sujetándola al orden de la recta razón, si se trata de la natural y adquirida, o sujetándola a las exigencias de la caridad, si se trata de la infusa y sobrenatural. Todas las pasiones, que por naturaleza se ordenan de suyo a algún bien, sin embargo pueden llevar a extremos viciosos por exceso o por defecto si se las deja a ellas mismas. La ira, en la que acaban y culminan las pasiones de la parte irascible del alma, surge de la percepción de un mal como inevitable, propiamente del menosprecio o la ofensa recibida, y se dirige al castigo y la venganza del ofensor. De suyo, pues, se ordena a un bien, que es la justicia, y por ello es cierto que hay circunstancias en que es bueno enojarse, pero en otras puede ser obligado aceptar un determinado mal por algún bien superior. Además, puesto que la ira se caracteriza por cierto ímpetu e inflamación del ánimo, rápidamente lleva a juzgar y obrar sin razón, con lo que resulta claro que se hace necesaria una virtud que la modere y la mantenga en su justo lugar. Consideramos irascible al hombre que se deja llevar por la ira con exceso, o que se enoja incluso cuando debería aceptar el mal; en cambio, no hay un nombre exacto, pero podríamos llamar «sufrido», o quizás «indolente», a aquél que acepta sin enfadarse aun los males a los que moralmente debería oponerse. La mansedumbre no consiste, pues, en no enojarse nunca, sino sólo cuando conviene, respecto a lo que conviene y en la forma y medida en que conviene. Así, Jesucristo, siendo perfectamente manso, se llenó de ira frente a los comerciantes y cambistas del templo y tiró sus mesas por el suelo.

La mansedumbre facilita la convivencia humana, como notaba ya Aristóteles, pues el exceso de ira es algo muy frecuente, ya que «vengarse es muy humano». Por ello los hombres apacibles son agradables a los demás y contribuyen al bien común de la paz.

La mansedumbre no es, absolutamente hablando, la más importante de las virtudes. Sin duda, las virtudes teologales son superiores, como también la prudencia y la justicia son más excelentes que ella. En general, las virtudes que se ordenan directamente a conseguir un bien son superiores a la mansedumbre, que primariamente se ordena a evitar un mal. Pero en cierto orden de cosas, como explica santo Tomás de Aquino, la mansedumbre destaca y ocupa un lugar primero; por ejemplo, si aparta el obstáculo más grave para el bien mejor de todos. Así, dice el Aquinate que la mansedumbre es suprema en dos aspectos: en preparar el hombre al conocimiento de Dios y en hacerlo acepto a Dios y a los demás hombres.

Ya san Agustín notaba que es cierta pasión de ira lo que hace rechazar a los hombres la verdad revelada: pues la verdad los acusa de sus vicios y descubre su ignorancia. El hombre se irrita y se enoja contra la verdad cuando no quiere aceptarla. También santo Tomás dice esto: «La ira, por su ímpetu, es lo que más impide al alma humana juzgar libremente de la verdad» (S.Th. II-II q 157 a 4 c). La mansedumbre, en cambio, hace al hombre dueño de sí mismo, y el hombre libre de sus pasiones es más razonable y capaz de recibir la verdad, aunque se vea superado por ella y sienta que debe doblegarse a sus mandatos. Por esto, el manso es dócil y creyente con más facilidad; su corazón está más preparado para conocer a Dios.

Por otro lado, la mansedumbre hace al hombre acepto a Dios y a los demás. «Porque el temor del Señor es sabiduría e instrucción, le agradan la fidelidad y la mansedumbre» (Si 1, 27). Dice santo Tomás que ello es porque sus frutos coinciden con los de la caridad, es decir, evitarle males al prójimo. Como decíamos, la mansedumbre facilita la convivencia humana, pues elimina las disensiones, disputas, peleas y los odios que las siguen, fomentando la concordia, la amistad y la paz.

Cristo es naturalmente ejemplar en todo esto. Con su mansedumbre era máximamente grato a Dios y amable para los hombres, a los que vino a traer la paz.

En la lectura del evangelio de san Mateo, santo Tomás explica las palabras de Jesús «aprended de Mí, porque soy manso y humilde de corazón» diciendo: «Pues toda la nueva ley consiste en dos cosas: mansedumbre y humildad. Por la mansedumbre, el hombre se ordena respecto al prójimo. Por la humildad se ordena respecto a sí mismo y respecto a Dios. Por consiguiente, la humildad hace al hombre capaz de Dios».

«Bienaventurados los mansos»

VISTO ya todo lo anterior, podemos por fin examinar la bienaventuranza que recae sobre la mansedumbre. Debemos examinar primero la razón intrínseca por la cual la mansedumbre es también una bienaventuranza y, con ello, también un fruto del Espíritu Santo; luego el porqué del premio «poseerán la tierra», y finalmente su relación con el don de piedad, de acuerdo con lo que enseñó san Agustín y aceptó santo Tomás.

En primer lugar, hay que decir que las bienaventuranzas no se atribuyen a virtudes, sino a actos u operaciones, de modo que al decir «bienaventurados los mansos» hay que entender «los que obran con mansedumbre». Es, pues, el acto de mansedumbre lo que constituye una de las bienaventuranzas. Y la razón por la que es bienaventuranza la mansedumbre, es porque lleva al hombre, como camino derecho, hacia la felicidad eterna. Ello es así, porque la mansedumbre, junto con la pobreza de espíritu y el llanto (o sea: la aflicción), aparta al hombre de una falsa felicidad, la de la vida voluptuosa. La vida voluptuosa consiste en acumular bienes exteriores y en seguir las propias pasiones. La mansedumbre retrae al hombre del seguimiento de las pasiones irascibles, y así le ayuda a buscar la felicidad en su verdadero lugar. Dice santo Tomás: «El seguimiento de las pasiones irascibles lo refrena la virtud, haciendo que el hombre, de acuerdo con la regla de la razón, no se exceda en ellas; en cambio, el don hace esto de un modo más excelente, de manera que el hombre, conforme a la voluntad divina, quede totalmente tranquilo de ellas. De ahí que la segunda bienaventuranza sea felices los mansos» (S.Th. I-II q 69 a3 c).

Todas las bienaventuranzas son frutos del Espíritu Santo, aunque no al revés, puesto que los frutos son las obras virtuosas en las que el hombre se deleita (I-II q 70 a3). La mansedumbre como fruto consiste en cohibir las iras, tolerando sin alterarnos los males que los hombres nos infligen.

En cuanto al premio que acompaña a la bienaventuranza de la mansedumbre, «ellos poseerán la tierra», ¿cómo se explica? Digamos ante todo que la idea no es nueva, pues ya en el salmo 37 se dice «los humildes poseerán la tierra».¹ También aquí, siguiendo al Aquinate, se trata de una contraposición con las falsas imágenes de felicidad con que los hombres se engañan, al buscar los bienes que por naturaleza desean no donde deberían, es

decir, en Dios, sino en las cosas terrenas y caducas. Así, el hombre desea por naturaleza la seguridad, pero, dice santo Tomás, «los hombres feroces y nada mansos buscan adquirir para sí mismos la seguridad mediante litigios y guerras, destruyendo a sus enemigos. Por eso prometió el Señor a los mansos una quieta y segura posesión de la tierra de los vivos, la cual es signo de la solidez de los bienes eternos.» (íbid., a 4 c). Se halla aquí una alusión al salmo 142, 6: «Por eso, a ti clamo, Yahvé; te digo: ¡Tú eres mi refugio, mi porción en la tierra de los vivos!», y al comentario que hace san Agustín en *De serm. Domini in Monte* a esta bienaventuranza.

Es aquí también donde san Agustín, audazmente, relaciona las bienaventuranzas con los dones del Espíritu Santo y con las peticiones del padrenuestro, y en particular, relaciona la mansedumbre con el don de piedad y con la segunda petición, «venga a nosotros tu Reino». He aquí sus propias palabras: «Si la piedad es aquello por lo que son felices los mansos, pidamos que venga su Reino, para que nos amansemos y no le resistamos».

Es cierto que santo Tomás no ve mucha relación intrínseca entre piedad y mansedumbre, pero admite, para justificar a Agustín, que la mansedumbre quita los impedimentos al acto de la piedad. Sin embargo, como la piedad es la virtud propia de los hijos, y el don de piedad nos hace reverenciar a Dios como Padre, sintiéndonos hijos, podemos ver la mansedumbre como una muestra y efecto de la actitud filial, de acatamiento tranquilo y apacible de la autoridad y voluntad del Padre. Es propio del hijo ser dócil a los padres y ser manso, sin irritarse por sus enseñanzas y correcciones. Por otro lado, la piedad está también en la raíz del respeto y amor fraternal, pues el reconocimiento de un Padre común introduce una dulce cordialidad entre los hermanos. Luego «el don de piedad nos inspira el sentido de la filiación divina y la mansedumbre aparece como fruto del espíritu de piedad».²

La devoción al Corazón de Jesús, remedio de los males de la hora presente, no puede dejar de atender, pues, a aquellas palabras suyas: «aprended de mí». Es necesario contemplar con perseverancia la mansedumbre, la dulzura, la paz que ese Corazón irradia, para poder imitarla y aprender. Recordemos también que Jesús dijo a sus discípulos: «Mirad que os envío como corderos en medio de lobos» (Lc 10, 3). Seguramente hemos de aprender a ser corderos, volviendo siempre los ojos al Corazón de Jesús y meditando aquella exhortación.

1. Notemos, además, que la Vulgata traduce aquí «los humildes» por «mansueti», «los mansos».

2. A. GARDEIL, O.P.: *El Espíritu Santo en la vida cristiana*, Rialp, Madrid, 2009, p. 75.

El Corazón de Jesús y la Nueva Evangelización

JOSÉ-JAVIER ECHAVE-SUSTAETA

«El Corazón de Cristo expresa de manera sencilla y auténtica la “buena noticia” del amor de Dios, resumiendo en sí el misterio de la Encarnación y de la Redención»

(Benedicto XVI:
Ángelus, 1 de junio de
2008)

EVANGELIZAR significa dar a conocer una buena noticia. ¿Cuál es esta buena noticia que la Iglesia ha de dar a conocer? Es la de la Encarnación de Dios para la Redención de los hombres.

El domingo 1 de junio de 2008, en palabras previas al rezo del Ángelus, el papa Benedicto XVI hizo esta síntesis del misterio de la devoción al Sagrado Corazón de Jesús: «En mi primera encíclica sobre el tema del amor, el punto de partida ha sido precisamente la mirada dirigida al costado traspasado de Cristo, del que habla Juan en su Evangelio (19,37). (*Deus caritas est*, 12)... El Corazón de Cristo es símbolo de la fe cristiana, particularmente amado tanto por el pueblo como por los místicos y los teólogos, pues expresa de una manera sencilla y auténtica la “buena noticia” del amor, resumiendo en sí el misterio de la Encarnación y de la Redención».

Prosigue el Papa: «La solemnidad litúrgica del Sagrado Corazón de Jesús es la tercera y última de las fiestas que han seguido al tiempo pascual, tras la de la Santísima Trinidad y la del Corpus Christi. Esta sucesión hace pensar en un movimiento hacia el centro: un movimiento del espíritu guiado por el mismo Dios... Desde el horizonte infinito de su amor, Dios quiso entrar dentro de los límites de la historia y la condición humana, ha tomado un cuerpo y un corazón, para que podamos contemplar y encontrar el infinito en lo finito, el misterio invisible e inefable



en el Corazón de Jesús.»

Evangelizar es dar a conocer este misterio: que tanto amó Dios Padre al mundo que envió a su Hijo único hecho hombre para salvarlo; y que tanto amó el Hijo de Dios a los hombres que dio por ellos su vida en muerte cruel para que todo el que crea en Él no perezca, sino que tenga vida eterna (Jn 3,16), y en correspondencia les pide su amor.

La expresión «Nueva Evangelización» fue introducida en 1979 por el hoy beato Juan Pablo II como actualización de la tarea propia de la Iglesia, significando con ella «reavivar en nosotros el impulso de los orígenes, dejándonos impregnar por el ardor de la predi-

cación apostólica después de Pentecostés». Su sucesor Benedicto XVI, en recuerdo del quincuagésimo aniversario de la apertura del Concilio Ecuménico Vaticano II y del vigésimo aniversario de la publicación del *Catecismo de la Iglesia católica*, ha convocado la XIII Asamblea general ordinaria del Sínodo de los Obispos, a celebrar del 7 al 28 de octubre de 2012 para tratar sobre la Nueva Evangelización para la transmisión de la fe cristiana.

Cabe preguntarse ¿por qué es «nueva» esta evangelización? ¿No es la actividad misionera *missio ad gentes* que siempre ha llevado cabo la Iglesia, como ha afirmado el Concilio Vaticano II: «La Iglesia peregrinante es misionera por su naturaleza»? La respuesta sería que hoy, además de la evangelización en tierras lejanas como actividad habitual de la Iglesia, en países ya evangelizados de antiguo se preciaría también de otro tipo de evangelización, animada por un nuevo ardor del Espíritu Santo con «una fe sólida y robusta, propia de los mártires» (*Instrumentum laboris*), y que por eso es llamada nueva.

«La Nueva Evangelización está dirigida a aquellos que en países de antigua cristiandad se han alejado de la Iglesia» (*Lineamenta*)

ESTA Nueva Evangelización estaría, pues, dirigida a una sociedad cristiana, que recibió la buena noticia del Evangelio, impregnó de ella su cultura y su vida social durante siglos, pero que hoy socialmente la ha abandonado, y pretende vivir como si no la hubiera recibido. Desde una óptica de optimismo antropológico, para explicar de algún modo este mayoritario rechazo, se utiliza el ambiguo término de «secularización», presentado como un logro social de connotaciones positivas, fruto del progreso humano superador de un caduco régimen de «cristiandad» en el que la vida social se hallaba presidida e impregnada por la fe católica. Para ella nuestra actual secularización sería un nuevo marco y desafío de oportunidades purificadoras y evangelizadoras, aun cuando también de riesgos de desviaciones y posibles excesos. Esta visión contrastaría con la de san Juan y san Pablo, para quienes secularizarse supone vivir según el siglo y no según Cristo, y para quienes el siglo es el mundo cerrado o enfrentado a Cristo, y vivir un cristiano según el siglo, o sea según el mundo, sería el nombre de la apostasía. En el documento *Instrumentum laboris* (8), síntesis de las respuestas a los *lineamenta*, se lee: «No hay que menospreciar, sin embargo, el *mysterium iniquitatis* (2 Ts 2,7), la lucha del Dragón contra el resto de la descendencia de la Mujer «los que guardan los mandamientos de Dios y mantienen el testimonio de Jesús» (Ap 12,17)».

«El núcleo de la crisis de la Iglesia hoy en Europa es la crisis de fe»

BENEDICTO XVI enseñaba en 22 de diciembre de 2011: «En este final del año, Europa se encuentra en una crisis económica y financiera que, en última instancia, se funda sobre la crisis ética que amenaza al Viejo Continente. El gran tema de este año es cómo anunciar el Evangelio. ¿De qué manera la fe, en cuanto fuerza viva y vital, puede llegar a ser hoy realidad? ... Se observa con preocupación cómo los que van regularmente a la iglesia son cada vez más ancianos, y su número disminuye continuamente; cómo hay un estancamiento de vocaciones al sacerdocio; cómo crecen el escepticismo y la incredulidad. ¿Qué debemos hacer entonces? Hay infinidad de discusiones sobre lo que se debe hacer para invertir la tendencia. Y, ciertamente, es necesario hacer muchas cosas. Pero el hacer, por sí solo, no resuelve el problema. El nú-

cleo de la crisis de la Iglesia en Europa es la crisis de fe».

Nuestra actual secularización sería, pues, consecuencia del abandono de la fe cristiana por la sociedad europea, hecho no casual, sino lógico resultado de un proceso de progresiva renuncia por poderes políticos, ideologías dominantes y corrientes religiosas liberales, a que Cristo y su Iglesia católica sean la luz del mundo. Desde hace dos siglos, las minorías dominantes, deslumbradas por las luces de la Ilustración, de la Revolución francesa y del liberalismo, se han venido avergonzando de que la luz de Cristo siga iluminando a todas las naciones, y sea la forja de la conciencia de los hombres y de las costumbres y las leyes de los pueblos, y han aceptado las luces de la «modernidad».

Evangelizar a esta sociedad ex-cristiana y apóstata que, como Israel, se olvida de Yahvé y adora al becerro de oro en el desierto, es la tarea a que nos convoca el Papa: «Reaccionar ante esta situación es un imperativo que el papa Benedicto XVI se ha impuesto desde el comienzo de su pontificado: “La Iglesia en su conjunto, así como sus Pastores, han de ponerse en camino como Cristo para rescatar a los hombres del desierto y conducirlos al lugar de la vida, hacia la amistad con el Hijo de Dios, hacia aquel que nos da la vida, y la vida en plenitud”. (Benedicto XVI, 24 de abril de 2005)». (*Instrumentum laboris* 8).

«A todos igualmente encerró Dios dentro de la rebeldía, para usar de misericordia con todos.» (Rm 11,31)

PARA emprender este nuevo proceso de evangelización a una sociedad ex-cristiana, se precisa un previo discernimiento sobre el plan de Dios y sus designios de salvación de los hombres en esta etapa de la historia. Podría parecer que bajo un diagnóstico que algunos tacharán de pesimista, no cabe afrontar con posibilidades de éxito una nueva evangelización, y así sería, si no contáramos con la absoluta y sobrenatural confianza en las promesas de misericordia del Corazón de Jesús para con los hombres de nuestro tiempo. Dios en sus designios de misericordia ha permitido la apostasía de su pueblo para que, arrepentido, vuelva a Él con mayor fidelidad. «A todos igualmente encerró Dios dentro de la rebeldía, para usar de misericordia con todos (Rm 11,31).»

«Cerca de la hora novena, Jesús clamó con gran voz: “*Elí, Elí, ¿lama sabactani?*”» (Mt 27:46); es decir, «¡Dios mío, Dios mío!, ¿por qué me has abandonado?». Es el inicio del salmo 21. La Iglesia, reflejada en María, la Madre de Jesús al pie de la cruz,

en el discípulo amado y en otras santas mujeres (cf. Jn 19,25), rezará la continuación de este salmo, que en sus versos finales afirma triunfante la promesa mesiánica del Reino de Cristo en la tierra: «Porque no desdeñó ni despreció la miseria del desgraciado, ni apartó de él su rostro, antes oyó al que impetraba su socorro... Comerán los pobres y se saciarán, y los que le buscan alabarán al Señor... Se acordarán y se convertirán a Yahvé todos los confines de la tierra, y se postrarán ante Él todas las familias de las gentes. Porque de Yahvé es el reino, y Él dominará a las gentes... y se prosternarán ante Él todos los grandes de la tierra» (Sal 21:25-30).

Frente a los que en lógica humana temen que por nuestra apostasía Dios nos abandone a nuestra suerte, este salmo mesiánico, iniciado «con gran voz» por Cristo en el momento supremo del cumplimiento de su misión en la cruz, nos transmite la esperanzadora profecía de que su gran misericordia desarma la justicia. Dios no desdeña la miseria moral de nuestra desgraciada sociedad que le ha rechazado, y le anuncia la buena nueva de su restauración en la que se convertirán a Él todas las familias de la tierra.

La Nueva Evangelización ha de dar a conocer a los hombres del siglo XXI la buena nueva de que «El corazón de Dios se estremece de compasión» por ellos

EN la basílica de San Pedro, el 19 de junio de 2009, en la homilía de las segundas vísperas del Sagrado Corazón de Jesús en la solemnidad de su fiesta, inaugurando el Año Sacerdotal, exclamó el Papa: «¡El corazón de Dios se estremece de compasión! En esta solemnidad del Sagrado Corazón de Jesús la Iglesia presenta a nuestra contemplación este misterio, el misterio del corazón de un Dios que se conmueve y derrama todo su amor sobre la humanidad. Un amor misterioso, que en los textos del Nuevo Testamento se nos revela como inconmensurable pasión de Dios por el hombre. No se rinde ante la ingratitud, ni siquiera ante el rechazo del pueblo que se ha escogido; más aún, con infinita misericordia envía al mundo a su Hijo unigénito para que cargue sobre sí el destino del amor destruido; para que, derrotando el poder del mal y de la muerte, restituya la dignidad de hijos a los seres humanos esclavizados por el pecado». Y «Todo esto a caro precio: el Hijo unigénito del Padre se inmola en la cruz: “Habiendo amado a los suyos que estaban en el mundo, los amó hasta el extremo”» (Jn 13,1). Símbolo de este amor que va más allá de la muerte es su costado atravesado por una lanza. A este respecto, un testigo ocular, el apóstol



tol san Juan, afirma: «Uno de los soldados le atravesó el costado con una lanza y al instante salió sangre y agua» (Jn 19, 34).

La misericordia de Dios se nos ha manifestado personalmente en el Corazón de Jesús que se apiada más de los más miserables. Nuestra actual y general miseria no es, pues, para Él motivo de rechazo, sino título de preferencia. Ya el Corazón de Jesús reveló al beato Bernardo de Hoyos en su primera misa el 2 de enero de 1735, que «los pecados de los hombres no bastan a apagar, sino que sirven de encender el amor nobilísimo del buen Jesús». Ante Él todos somos miserables, pero Jesús con sólo su mirada de misericordia puede cambiar nuestros corazones. Le dijo al beato Bernardo sobre el extraordinario progreso de la devoción al Corazón de Jesús en España por su medio: «¿Crees que todo esto es obra de los hombres? No, es obra de mi Padre, que se complace en mi Corazón». La devoción al Corazón de Jesús transmite al cristiano una chispa de su ansia por explorar todos los lugares oscuros y traicioneros en busca de la oveja perdida». «Sal en seguida a las plazas y calles de la ciudad, y trae a los pobres y mutilados, ciegos y cojos» (Lc 14,21); y de su compasión por las muchedumbres de hombres cansados y abatidos que se hallan como ovejas sin pastor (Mt 9,35-36). «La Nueva Evangelización que emprende ahora la Iglesia cumple este deseo de su fundador. El Corazón de Jesús, un Corazón divino y humano levantado en lo alto de la cruz, es el corazón de la Iglesia abierta a todos los que buscan, a todos los que tienen sed, a cada oveja perdida, esperando ser encontrada y llevada a casa» (cardenal Ratzinger).



**Las misericordias del Corazón de Jesús
«corresponden más que nunca a las esperanzas
de nuestro tiempo» (Juan Pablo II)**

NUESTRA actual sociedad nos recuerda al hijo pródigo de la parábola, que exigió la herencia a su padre, se marchó de casa, la dilapidó con prostitutas y en francachelas, pero que al fin, acuciado por el hambre y arrepentido, resolvió volver a casa de su padre, temiendo no ser recibido como hijo. Grande fue su sorpresa cuando desde lejos vio que su padre le estaba esperando, y que al verle llegar viene a su encuentro y se compadece de él sin apenas dejarle acabar de pedir perdón. No le condena, sino que le besa y abraza, le pone vestido de fiesta, y, matando el ternero cebado, ordena celebrar un banquete por la vuelta de un hijo que se daba por perdido. El significado nos lo expone el propio Jesús en la parábola de la oveja perdida: «Hay más alegría en el Cielo por un pecador que se convierte que por noventa y nueve justos que no necesitan conversión» (Lc 15,7).

La Nueva Evangelización emprendida desde la misericordia del Corazón de Jesús, propuesta con la convicción de que la solución a nuestras miserias es confiar en su amor, y como esperanzador anuncio de que Dios va a reinar en el mundo mediante un reinado de justicia, de amor y de paz, por el que, sin saberlo, suspiran ya los hombres de buena voluntad de todos los pueblos, «corresponde más que nunca a las esperanzas de nuestro tiempo», como afirmó Juan Pablo II, y podemos verla como instrumento elegido por la divina Providencia para acelerar la realización de sus designios de misericordia.

«¡Mi Señor y mi Dios, escondido bajo especie de pan ¿cuándo te manifestarás en gloria visible? El mundo gime en dolores de parto. La Esposa persevera en la espera. ¡Ven pronto!» (Santa Teresa Benedicta de la Cruz)

SANTA Teresa Benedicta de la Cruz, nacida Edith Stein, escribió en uno de sus poemas: «Dijiste: “Todo se ha cumplido” e inclinaste la cabeza en silencio. Se había cumplido tu camino de hombre sobre la tierra, y subiste al trono de gloria preparado para ti a la derecha de tu Padre. Pero no te separaste de nuestra tierra a la que querías estar unido para siempre. Amas a los tuyos, ¡oh buen Pastor! como ningún otro corazón humano ha amado, y no has querido dejar huérfanos a tus hijos. Has construido una tienda en medio de ellos y hallas tu placer en morar allí, y permanecer así hasta el fin de los tiempos. Tu sangre vertida con largueza debe servirles de bebida de vida».

»Tú les propones cada mañana que vengan a ti. El sonar de las campanas les invita al banquete de bodas, pero los hombres taciturnos y angustiados se apresuran y apretujan en las callejuelas. El sonido de tu llamada llega a sus oídos, pero no a su corazón. Sólo un pequeño resto de ovejas fieles oye la voz del Pastor que les invita a la tienda santa, y la siguen con apacible alegría hasta la mesa que les tienes dispuesta. Sus ojos no se cansan nunca del sublime espectáculo que allí se renueva día tras día, sin término, hasta el curso del mundo. ¡Mi Señor y mi Dios, escondido bajo especie de pan ¿cuándo te manifestarás en gloria visible? El mundo gime en dolores de parto. La Esposa persevera en la espera. ¡Ven pronto!»

Benedicto XVI en su homilía en la basílica de San Pablo Extramuros el 25 de enero nos invitaba a una espera confiada en los designios de misericordia de Dios para con la humanidad de nuestros días: «En la cultura hoy dominante, la idea de la victoria se asocia a menudo con un éxito inmediato. En la óptica cristiana, sin embargo, la victoria es un largo y, a los ojos de nosotros los hombres, no siempre lineal proceso de transformación y de crecimiento en el bien. Ésta llega según los tiempos de Dios, no los nuestros, y nos exige fe profunda y paciente perseverancia. Aunque el Reino de Dios irrumpa definitivamente en la historia con la Resurrección de Jesús, éste no se ha realizado por completo. La victoria final vendrá sólo con la segunda venida del Señor, que esperamos con paciente esperanza.»

La urgencia de una nueva evangelización

Instrumentum laboris de la Asamblea General Ordinaria del Sínodo de Obispos para la nueva evangelización (fragmento)

INTRODUCCIÓN

El tema de la Asamblea sinodal

AL anunciar la convocatoria de la XIII Asamblea general ordinaria del Sínodo de los Obispos, el papa Benedicto XVI ha querido llamar la atención de las comunidades cristianas acerca de la prioridad del deber que corresponde a la Iglesia en este inicio del nuevo milenio. Siguiendo los pasos de su predecesor, el beato Juan Pablo II –que había visto en el Jubileo del 2000, celebrado a treinta y cinco años del Concilio Vaticano II, un estímulo para asumir con renovado impulso de parte de la Iglesia la propia misión evangelizadora– el papa Benedicto XVI continúa insistiendo en esa misión, subrayando en ella el carácter de novedad. La misión recibida de los Apóstoles de ir y hacer discípulos en todos los pueblos, bautizándolos y formándolos para el testimonio (cf. Mt 28,19-20); misión que la Iglesia ha cumplido y a la cual ha permanecido fiel por los siglos, está hoy llamada a enfrentarse con transformaciones sociales y culturales, que están modificando profundamente la percepción que el hombre tiene de sí mismo y del mundo, generando repercusiones también sobre su modo de creer en Dios.

El resultado de todas estas transformaciones consiste en la difusión de una desorientación, que se traduce en formas de desconfianza hacia todo aquello que nos ha sido transmitido acerca del sentido de la vida y en una escasa disponibilidad a adherirse en modo total y sin condiciones a lo que nos ha sido entregado como revelación de la verdad profunda de nuestro ser. Se trata del fenómeno del abandono de la fe, que se ha manifestado progresivamente en sociedades y culturas que desde hace siglos aparecían como impregnadas del Evangelio. La fe, considerada como un elemento cada vez más relacionada con la esfera íntima e individual de las personas, se ha transformado en una presuposición para muchos cristianos, que han continuado preocupándose de las lógicas consecuencias sociales, culturales y políticas de la predicación del Evangelio, pero que no se han preocupado suficientemente por mantener viva la pro-

pia fe y la de sus comunidades, fe que como una llama invisible con su caridad alimentaba y daba energía a todas las otras acciones de la vida. El riesgo que actuando de este modo la fe se debilita, y con ella se debilita la capacidad de dar testimonio del Evangelio, se ha transformado lamentablemente en una realidad en varias naciones, en las cuales la fe cristiana había contribuido a lo largo de los siglos a la construcción de la cultura y de la sociedad.

Reaccionar ante esta situación es un imperativo que el papa Benedicto XVI se ha impuesto desde el comienzo de su Pontificado, como ha tenido ocasión de afirmar: «La Iglesia en su conjunto, así como sus Pastores, han de ponerse en camino como Cristo para rescatar a los hombres del desierto y conducirlos al lugar de la vida, hacia la amistad con el Hijo de Dios, hacia aquel que nos da la vida, y la vida en plenitud». La Iglesia siente como un deber imaginar nuevos instrumentos y nuevas palabras para hacer audibles y comprensibles también en los nuevos desiertos la palabra de la fe que nos ha regenerado para la vida, aquella verdadera, en Dios.

La convocatoria del Sínodo sobre la nueva evangelización y la transmisión de la fe se ubica dentro de esta voluntad de reanimar el fervor de la fe y el testimonio de los cristianos y de sus comunidades. La decisión de concentrar la reflexión sinodal en este tema es, en efecto, un elemento que ha de ser considerado dentro de un plan unitario, cuyas etapas recientes son la creación de un dicasterio para la promoción de la nueva evangelización y la convocatoria del Año de la Fe. Por lo tanto, se espera que a partir de la celebración del Sínodo crezcan en la Iglesia el coraje y las energías a favor de una nueva evangelización, que lleve a redescubrir la alegría de creer, y ayude a encontrar nuevamente entusiasmo en la comunicación de la fe. No se trata de imaginar solamente algo nuevo o de promover iniciativas inéditas para la difusión del Evangelio, sino más bien de vivir la fe en una dimensión de anuncio de Dios: «la misión renueva la Iglesia, refuerza la fe y la identidad cristiana, da nuevo entusiasmo y nuevas motivaciones. ¡La fe se fortalece dándola!».



Del Concilio Vaticano II a la Nueva Evangelización

Si el plan de una nueva promoción de la acción evangelizadora de la Iglesia tiene sus últimas expresiones en las decisiones del papa Benedicto XVI que acabamos de evocar, los orígenes de dicho programa son más profundos y fundados: este plan ha animado el magisterio y el ministerio apostólico del papa Pablo VI y del papa Juan Pablo II. Más aún, el origen de todo este programa se encuentra en el Concilio Vaticano II, y en su voluntad de dar respuestas a la desorientación experimentada también por los cristianos frente a las fuertes transformaciones y laceraciones que el mundo estaba conociendo en ese período; respuestas no marcadas por el pesimismo o la renuncia, sino inspiradas en la fuerza recreadora de la llamada universal a la salvación, que Dios ha querido para cada ser humano.

Así es cómo la acción evangelizadora es puesta por este Concilio Ecuménico entre sus temáticas centrales: en Cristo, luz de los pueblos, toda la humanidad redescubre su identidad originaria y verdadera, que el pecado ha contribuido a oscurecer; y a la Iglesia, sobre cuyo rostro se refleja esta luz, corresponde la misión de continuar la obra evangelizadora de Jesucristo, haciéndola presente y actual, en las condiciones del mundo de hoy. En esta prospectiva la evangelización puede ser considerada como una de las principales exigencias del Concilio, que llevó a un nuevo impulso y fervor en esta misión. Para los ministros ordenados: la evangelización es un deber de los obispos y de los presbíteros. Más aún, esta misión fundamental de la Iglesia es un deber de cada cristiano bautizado; y la evangelización como contenido primario de la mi-

sión de la Iglesia fue bien explicitado en el decreto *Ad gentes*, que demuestra cómo con la evangelización se edifica el cuerpo de las Iglesias particulares y más en general de cada comunidad cristiana. Así entendida, la evangelización no se reduce a una simple acción entre otras tantas, sino más bien, en el dinamismo eclesial, es la energía que permite a la Iglesia realizar su objetivo: responder a la llamada universal a la santidad.

En la misma línea del Concilio, el papa Pablo VI observaba con gran clarividencia que el empeño de la evangelización debía ser nuevamente promovido con fuerza y con mucha urgencia, dada la descristianización de muchas personas que, no obstante el bautismo viven fuera de la vida cristiana; gente simple que tiene una cierta fe y que conoce mal sus fundamentos. Cada vez más personas sienten la necesidad de conocer a Jesucristo en una luz diversa de las enseñanzas recibidas en la propia infancia. Y además, fiel a la enseñanza conciliar, agregaba que la acción evangelizadora de la Iglesia «debe buscar constantemente los medios y el lenguaje adecuados para proponerles la revelación de Dios y la fe en Jesucristo».

El papa Juan Pablo II hizo de este empeño uno de los principios fundamentales de su extenso magisterio, sintetizando en el concepto de «nueva evangelización» —que él profundizó sistemáticamente en numerosos discursos—; el deber que incumbe a la Iglesia hoy, en particular en las regiones de antigua cristianización. Este programa se refiere directamente a la relación de la Iglesia con el mundo, pero presupone, ante todo, una constante renovación hacia dentro, un continuo pasar, por así decirlo, de evangelizada a evangelizadora. Basta recordar algunas palabras suyas: «Enteros países y naciones, en los que en un tiempo la religión y la vida cristia-

na fueron florecientes y capaces de dar origen a comunidades de fe viva y operativa, están ahora sometidos a dura prueba e incluso alguna que otra vez son radicalmente transformados por el continuo difundirse del indiferentismo, del secularismo y del ateísmo. Se trata, en concreto, de países y naciones del llamado Primer Mundo, en el que el bienestar económico y el consumismo –si bien entremezclado con espantosas situaciones de pobreza y miseria– inspiran y sostienen una existencia vivida “como si no hubiera Dios” [...]. En cambio, en otras regiones o naciones todavía se conservan muy vivas las tradiciones de piedad y de religiosidad popular cristiana; pero este patrimonio moral y espiritual corre hoy el riesgo de ser desperdigado bajo el impacto de múltiples procesos, entre los que destacan la secularización y la difusión de las sectas. Sólo una nueva evangelización puede asegurar el crecimiento de una fe límpida y profunda, capaz de hacer de estas tradiciones una fuerza de auténtica libertad. Ciertamente urge en todas partes rehacer el entramado cristiano de la sociedad humana. Pero la condición es que se rehaga la cristiana trabazón de las mismas comunidades eclesiales que viven en estos países o naciones».

El Concilio Vaticano II y la nueva evangelización son también temas frecuentes en el magisterio de Benedicto XVI. En su discurso de felicitación navideña a la Curia romana en el 2005 –en coincidencia con el cuadragésimo aniversario de la clausura del Concilio– destacó, frente a una «hermenéutica de la discontinuidad y de la ruptura», la importancia de la «“hermenéutica de la reforma”, de la renovación dentro de la continuidad del único sujeto-Iglesia, que el Señor nos ha dado; es un sujeto que crece en el tiempo y se desarrolla, pero permaneciendo siempre el mismo, único sujeto del pueblo de Dios en camino». Al convocar al Año de la Fe, el Santo Padre ha expresado el deseo que tal evento pueda «ser una ocasión propicia para comprender que los textos dejados en herencia por los Padres conciliares, según las palabras del beato Juan Pablo II, «no pierden su valor ni su esplendor»». Y afirmaba a continuación: «también deseo reafirmar con fuerza lo que dije a propósito del Concilio pocos meses después de mi elección como Sucesor de Pedro: “Si lo leemos y acogemos guiados por una hermenéutica correcta, puede ser y llegar a ser cada vez más una gran fuerza para la renovación siempre necesaria de la Iglesia”». Por lo tanto, como indican algunas respuestas a los *Lineamenta*, las mencionadas orientaciones de Benedicto XVI, en sintonía con sus predecesores, son una guía segura para afrontar el tema de la transmisión de la fe en la nueva evangelización, en una Iglesia atenta a los desafíos del mundo actual, pero firmemente anclada en su viva tradición, de la cual forma parte el Concilio Vaticano II.

«Vosotros recibiréis una fuerza cuando el Espíritu Santo venga sobre vosotros» (Hch 1,8)

CON su venida entre nosotros, Jesucristo nos ha comunicado la vida divina que transfigura la faz de la tierra, haciendo nuevas todas las cosas (cf. Ap 21,5). Su Revelación nos ha comprometido no solamente como destinatarios de la salvación que nos ha sido dada, sino también como sus anunciadores y testigos. El Espíritu del Resucitado nos hace capaces de anunciar eficazmente el Evangelio en todo el mundo. Esta ha sido la experiencia de la primera comunidad cristiana, que veía la difusión de la Palabra mediante la predicación y el testimonio (cf. Hch 6,7).

Cronológicamente, la primera evangelización comenzó el día de Pentecostés, cuando los Apóstoles, reunidos todos juntos en el mismo lugar en oración con la Madre de Cristo, recibieron el Espíritu Santo (cf. Hch 1,14; 2,1-3). Aquella que, según las palabras del Arcángel, es «llena de gracia» (Lc 1,28), se encuentra así en el camino de la evangelización apostólica, y en todos los caminos sobre los cuales los sucesores de los Apóstoles han caminado para anunciar el Evangelio.

Nueva evangelización no significa «nuevo Evangelio», porque «Jesucristo es el mismo, ayer, hoy y por los siglos» (Hb 13,8). Nueva evangelización significa dar una respuesta adecuada a los signos de los tiempos, a las necesidades de los hombres y de los pueblos de hoy, a los nuevos escenarios que muestran la cultura a través de la cual expresamos nuestra identidad y buscamos el sentido de nuestras existencias. Nueva evangelización significa promoción de una cultura más profundamente radicada en el Evangelio. Quiere decir descubrir «el hombre nuevo» (Ef 4,24), que está en nosotros gracias al Espíritu que nos ha sido dado por Jesucristo y por el Padre. La celebración de la próxima Asamblea general ordinaria del Sínodo de los Obispos será para la Iglesia como un nuevo Cenáculo, en el cual los sucesores de los Apóstoles, reunidos en oración junto con la Madre de Cristo, que ha sido invocada como «Estrella de la Nueva Evangelización», prepararán los caminos de la Nueva Evangelización.

Dejemos una vez más que las palabras del papa Juan Pablo II, que se ha empeñado tanto en la nueva evangelización, nos expliquen el contenido de esta expresión: «He repetido muchas veces en estos años la “llamada” a la nueva evangelización. La reitero ahora, sobre todo para indicar que hace falta reavivar en nosotros el impulso de los orígenes, dejándonos impregnar por el ardor de la predicación apostólica después de Pentecostés. Hemos de revivir en

nosotros el sentimiento apremiante de Pablo, que exclamaba: “¡Ay de mí si no predicara el Evangelio!” (1 Cor 9,16). Esta pasión suscitará en la Iglesia una nueva acción misionera, que no podrá ser delegada a unos pocos “especialistas”, sino que acabará por implicar la responsabilidad de todos los miembros del Pueblo de Dios. Quien ha encontrado verdaderamente a Cristo no puede tenerlo sólo para sí, debe anunciarlo. Es necesario un nuevo impulso apostólico que sea vivido, como compromiso cotidiano de las comunidades y de los grupos cristianos».

Jesucristo, Evangelio que da esperanza

HOY nosotros advertimos la necesidad de un principio que nos dé esperanza, que nos permita mirar al futuro con los ojos de la fe, sin las lágrimas de la desesperación. Como Iglesia tenemos este principio, esta fuente de esperanza: Jesucristo, muerto y resucitado, presente en medio de nosotros con su Espíritu, que nos comunica la experiencia de Dios. Sin embargo, tenemos a menudo la impresión de que no logramos dar forma concreta a esta esperanza, que no logramos «hacerla nuestra», que no logramos transformarla en palabra viva para nosotros y para nuestros contemporáneos, que no la asumimos como fundamento de nuestras acciones pastorales y de nuestra vida eclesial.

A este respecto, tenemos una palabra clave muy clara para una pastoral presente y futura: nueva evangelización, es decir, nueva proclamación del mensaje de Jesús, que infunde alegría y nos libera. Esta palabra clave alimenta la esperanza de la cual sentimos necesidad: la contemplación de la Iglesia, nacida para evangelizar, conoce la fuente profunda de las energías para el anuncio.

«Confiados en nuestro Dios, tuvimos la valentía de predicaros el Evangelio de Dios entre mucha contradicción» (1 Ts 2,2). La nueva evangelización nos estimula a un testimonio de la fe que frecuentemente asume la imagen del combate y de la lucha. La nueva evangelización hace cada vez más fuerte la relación con Cristo Señor, pues sólo en Él es posible encontrar la certeza, para mirar hacia el futuro, y la garantía de un amor auténtico y duradero.

La alegría de evangelizar

NUEVA evangelización significa dar razón de nuestra fe, comunicando el Logos de la esperanza al mundo que aspira a la salvación. Los hombres tienen necesidad de la esperanza para poder vivir el propio presente. Por ello, la Iglesia es misionera en su esencia y ofrece la Revelación del rostro de Dios, que en Jesucristo ha asumido un rostro humano y nos ha amado hasta el final. Las pala-

bras de vida eterna, que se nos dan en el encuentro con Jesucristo, son para todos, para cada hombre. Toda persona de nuestro tiempo, lo sepa o no, tiene necesidad de este anuncio.

Precisamente la ausencia de este conocimiento genera soledad y desaliento. Entre los obstáculos a la nueva evangelización debe mencionarse la falta de alegría y de esperanza, que análogas situaciones crean y difunden entre los hombres de nuestro tiempo. A menudo esta falta de alegría y esperanza es tan fuerte que incide en la misma vida de nuestras comunidades cristianas. La nueva evangelización es propuesta en estos contextos como una medicina para dar alegría y vida, contra cualquier tipo de miedo. En situaciones similares la renovación de nuestra fe se transforma en un imperativo, como nos pide Benedicto XVI: «Tratando de percibir los signos de los tiempos en la historia actual, [la fe] nos compromete a cada uno a convertirnos en un signo vivo de la presencia de Cristo resucitado en el mundo. Lo que el mundo necesita hoy de manera especial es el testimonio creíble de los que, iluminados en la mente y el corazón por la Palabra del Señor, son capaces de abrir el corazón y la mente de muchos al deseo de Dios y de la vida verdadera, ésa que no tiene fin».

Por lo tanto, afrontemos la nueva evangelización con entusiasmo. Aprendamos la dulce y reconfortante alegría de evangelizar, aún cuando parezca que el anuncio sea un sembrar entre lágrimas (cf. Sal 126,6). El mundo, que busca respuestas a los grandes interrogantes acerca del sentido de la vida y la verdad, podrá vivir con renovada sorpresa la alegría de encontrar testigos del Evangelio que, con la simplicidad y la credibilidad de la propia vida sepan mostrar la fuerza transformadora de la fe cristiana. Como afirmaba el papa Pablo VI: «Sea ésta la mayor alegría de nuestras vidas entregadas. Y ojalá que el mundo actual –que busca a veces con angustia, a veces con esperanza– pueda así recibir la Buena Nueva, no a través de evangelizadores tristes y desalentados, impacientes o ansiosos, sino a través de ministros del Evangelio, cuya vida irradia el fervor de quienes han recibido, ante todo en sí mismos, la alegría de Cristo, y aceptan consagrar su vida a la tarea de anunciar el reino de Dios y de implantar la Iglesia en el mundo». «No temáis»: es la palabra del Señor (cf. Mt 14,27) y del ángel (cf. Mt 28,5) que sostiene la fe de los anunciadores, dándoles fuerza y entusiasmo. Sea también ésta la palabra de los anunciadores, que sostienen y nutren el camino de cada hombre hacia el encuentro con Dios. «¡No temáis!» sea la palabra de la nueva evangelización, con la cual la Iglesia, animada por el Espíritu Santo anuncia «hasta los confines de la tierra» (Hch 1,8) Jesucristo, Evangelio de Dios para la fe de los hombres.

«La familia está llamada a ser imagen del Dios Único en tres personas»

Homilía de Su Santidad Benedicto XVI en la misa de clausura del VII Encuentro Mundial de las Familias, celebrado en Milán (30 de mayo - 3 de junio)

*Venerados hermanos,
ilustres autoridades,
queridos hermanos y hermanas*

Es un gran momento de alegría y comunión el que vivimos esta mañana, con la celebración del sacrificio eucarístico. Una gran asamblea, reunida con el Sucesor de Pedro, formada por fieles de muchas naciones. Es una imagen expresiva de la Iglesia, una y universal, fundada por Cristo y fruto de aquella misión que, como hemos escuchado en el Evangelio, Jesús confió a sus apóstoles: Id y haced discípulos a todos los pueblos, «bautizándolos en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo» (Mt 28, 18-19). Saludo con afecto y reconocimiento al cardenal Angelo Scola, arzobispo de Milán, y al cardenal Ennio Antonelli, presidente del Pontificio Consejo para la Familia, artífices principales de este VII Encuentro Mundial de las Familias, así como a sus colaboradores, a los obispos auxiliares de Milán y a todos los demás obispos. Saludo con alegría a todas las autoridades presentes. Mi abrazo cordial va dirigido sobre todo a vosotras, queridas familias. Gracias por vuestra participación.

En la segunda lectura, el apóstol Pablo nos ha recordado que en el bautismo hemos recibido el Espíritu Santo, que nos une a Cristo como hermanos y como hijos nos relaciona con el Padre, de tal manera que podemos gritar: «¡Abba, Padre!» (cf. Rm 8, 15.17). En aquel momento se nos dio un germen de vida nueva, divina, que hay que desarrollar hasta su cumplimiento definitivo en la gloria celestial; hemos sido hechos miembros de la Iglesia, la familia de Dios, «*sacrum Trinitatis*», según la define san Ambrosio, pueblo que, como dice el Concilio Vaticano II, aparece «unido por la unidad del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo» (Const. *Lumen gentium*, 4). La solemnidad litúrgica de la Santísima Trinidad, que celebramos hoy, nos invita a contemplar ese misterio, pero nos impulsa también al compromiso de vivir la comunión con Dios y entre nosotros según el modelo de la Trinidad. Estamos llamados a acoger y transmitir de modo concorde las verdades de la fe; a vivir el amor recíproco y

hacia todos, compartiendo gozos y sufrimientos, aprendiendo a pedir y conceder el perdón, valorando los diferentes carismas bajo la guía de los Pastores. En una palabra, se nos ha confiado la tarea de edificar comunidades eclesiales que sean cada vez más una familia, capaces de reflejar la belleza de la Trinidad y de evangelizar no sólo con la palabra. Más bien diría por «irradiación», con la fuerza del amor vivido.

La familia, fundada sobre el matrimonio entre el hombre y la mujer, está también llamada al igual que la Iglesia a ser imagen del Dios Único en tres personas. Al principio, en efecto, «creó Dios al hombre a su imagen; a imagen de Dios lo creó; hombre y mujer los creó. Y los bendijo Dios, y les dijo: “Creced, multiplicaos”» (Gn 1, 27-28). Dios creó el ser humano hombre y mujer, con la misma dignidad, pero también con características propias y complementarias, para que los dos fueran un don el uno para el otro, se valoraran recíprocamente y realizaran una comunidad de amor y de vida. El amor es lo que hace de la persona humana la auténtica imagen de la Trinidad, imagen de Dios. Queridos esposos, viviendo el matrimonio no os dais cualquier cosa o actividad, sino la vida entera. Y vuestro amor es fecundo, en primer lugar, para vosotros mismos, porque deseáis y realizáis el bien el uno al otro, experimentando la alegría del recibir y del dar. Es fecundo también en la procreación, generosa y responsable, de los hijos, en el cuidado esmerado de ellos y en la educación metódica y sabia. Es fecundo, en fin, para la sociedad, porque la vida familiar es la primera e insustituible escuela de virtudes sociales, como el respeto de las personas, la gratuidad, la confianza, la responsabilidad, la solidaridad, la cooperación. Queridos esposos, cuidad a vuestros hijos y, en un mundo dominado por la técnica, transmitidles, con serenidad y confianza, razones para vivir, la fuerza de la fe, planteándoles metas altas y sosteniéndolos en la debilidad. Pero también vosotros, hijos, procurad mantener siempre una relación de afecto profundo y de cuidado diligente hacia vuestros padres, y también que las relaciones entre

hermanos y hermanas sean una oportunidad para crecer en el amor.

El proyecto de Dios sobre la pareja humana encuentra su plenitud en Jesucristo, que elevó el matrimonio a sacramento. Queridos esposos, Cristo, con un don especial del Espíritu Santo, os hace partícipes de su amor esponsal, haciéndoos signo de su amor por la Iglesia: un amor fiel y total. Si, con la fuerza que viene de la gracia del sacramento, sabéis acoger este don, renovando cada día, con fe, vuestro «sí», también vuestra familia vivirá del amor de Dios, según el modelo de la Sagrada Familia de Nazaret. Queridas familias, pedid con frecuencia en la oración la ayuda de la Virgen María y de san José, para que os enseñen a acoger el amor de Dios como ellos lo acogieron. Vuestra vocación no es fácil de vivir, especialmente hoy, pero el amor es una realidad maravillosa, es la única fuerza que puede verdaderamente transformar el cosmos, el mundo. Ante vosotros está el testimonio de tantas familias, que señalan los caminos para crecer en el amor: mantener una relación constante con Dios y participar en la vida eclesial, cultivar el diálogo, respetar el punto de vista del otro, estar dispuestos a servir, tener paciencia con los defectos de los demás, saber perdonar y pedir perdón, superar con inteligencia y humildad los posibles conflictos, acordar las orientaciones educativas, estar abiertos a las demás familias, atentos con los pobres, responsables en la sociedad civil. Todos estos elementos construyen la familia. Vividlos con valentía, con la seguridad de que en la medida en que viváis el amor recíproco y hacia todos, con la ayuda de la gracia divina, os convertiréis en evangelio vivo, una verdadera Iglesia doméstica (cf. Exh. ap. *Familiaris consortio*, 49). Quisiera dirigir unas palabras también a los fieles que, aun compartiendo las enseñanzas de la Iglesia sobre la familia, están marcados por las experiencias dolorosas del fracaso y la separación. Sabed que el Papa y la Iglesia os sostienen en vuestra dificultad. Os animo a permanecer unidos a vuestras comunidades, al mismo tiempo que espero que las diócesis pongan en marcha adecuadas iniciativas de acogida y cercanía.

En el libro del Génesis, Dios confía su creación a la pareja humana, para que la guarde, la cultive, la encamine según su proyecto (cf. 1,27-28; 2,15). En esta indicación de la Sagrada Escritura podemos comprender la tarea del hombre y la mujer como colaboradores de Dios para transformar el mundo, a través del trabajo, la ciencia y la técnica. El hombre y la mujer son imagen de Dios también en esta obra preciosa, que han de cumplir con el mismo amor del

Creador. Vemos que, en las modernas teorías económicas, prevalece con frecuencia una concepción utilitarista del trabajo, la producción y el mercado. El proyecto de Dios y la experiencia misma muestran, sin embargo, que no es la lógica unilateral del provecho propio y del máximo beneficio lo que contribuye a un desarrollo armónico, al bien de la familia y a edificar una sociedad justa, ya que supone una competencia exasperada, fuertes desigualdades, degradación del medio ambiente, carrera consumista, pobreza en las familias. Es más, la mentalidad utilitarista tiende a extenderse también a las relaciones interpersonales y familiares, reduciéndolas a simples convergencias precarias de intereses individuales y minando la solidez del tejido social.

Un último elemento. El hombre, en cuanto imagen de Dios, está también llamado al descanso y a la fiesta. El relato de la creación concluye con estas palabras: «Y habiendo concluido el día séptimo la obra que había hecho, descansó el día séptimo de toda la obra que había hecho. Y bendijo Dios el día séptimo y lo consagró» (Gn 2,2-3). Para nosotros, cristianos, el día de fiesta es el domingo, día del Señor, pascua semanal. Es el día de la Iglesia, asamblea convocada por el Señor alrededor de la mesa de la palabra y del sacrificio eucarístico, como estamos haciendo hoy, para alimentarnos de él, entrar en su amor y vivir de su amor. Es el día del hombre y de sus valores: convivialidad, amistad, solidaridad, cultura, contacto con la naturaleza, juego, deporte. Es el día de la familia, en el que se vive juntos el sentido de la fiesta, del encuentro, del compartir, también en la participación de la santa Misa. Queridas familias, a pesar del ritmo frenético de nuestra época, no perdáis el sentido del día del Señor. Es como el oasis en el que detenerse para saborear la alegría del encuentro y calmar nuestra sed de Dios.

Familia, trabajo, fiesta: tres dones de Dios, tres dimensiones de nuestra existencia que han de encontrar un equilibrio armónico. Armonizar el tiempo del trabajo y las exigencias de la familia, la profesión y la paternidad y la maternidad, el trabajo y la fiesta, es importante para construir una sociedad de rostro humano. A este respecto, privilegiad siempre la lógica del ser respecto a la del tener: la primera construye, la segunda termina por destruir. Es necesario aprender, antes de nada en familia, a creer en el amor auténtico, el que viene de Dios y nos une a él y precisamente por eso «nos transforma en un Nosotros, que supera nuestras divisiones y nos convierte en una sola cosa, hasta que al final Dios sea “todo para todos” (1 Cor 15,28)» (Enc. *Deus caritas est*, 18). Amén.

La Eucaristía, necesidad del Corazón de Jesús

(Del libro *La divina Eucaristía*, de san Pedro Julián Eymard)

Desiderio desiderari hoc Pascha manducare vobiscum.

«He deseado con ardiente deseo comer esta Pascua con vosotros.»

(Lc 22,15)

La Eucaristía es una obra supererogatoria a la Redención: la justicia de su Padre no la exigía de Jesucristo.

La Pasión y el Calvario bastaban para reconciliarnos con Dios y abrirnos las puertas de la casa paterna. ¿Para qué instituir la Eucaristía?

La instituye para sí mismo, para contentar y satisfacer los anhelos de su Corazón.

Así comprendida, la Eucaristía es la obra más divina, más tierna y más empapada de amor celestial; su naturaleza, su carácter distintivo es la bondad y la ternura expansiva.

Aun cuando nosotros no hubiésemos sacado provecho de ella Jesucristo la hubiese instituido de igual manera, porque sentía la necesidad de instituir la, y esto por tres razones.

I

En primer lugar porque era nuestro hermano. Jesucristo quería satisfacer el afecto fraternal que sentía por nosotros.

No hay afecto más vivo, ni amor más expansivo que el amor fraterno. La amistad exige la igualdad, y ésta nunca es tan perfecta como entre hermanos, pero el amor fraterno de Jesús está por encima de cuanto pueda imaginarse.

Dice la Sagrada Escritura que el alma de David estaba ligada estrechamente a la de Jonatás y que las dos formaban una sola; por muy estrecha que sea la amistad que une a dos hombres siempre queda en el fondo de cada uno de ellos un principio de egoísmo: el orgullo. En Jesucristo no existe tal principio ni sombra de él, sino que nos ama de una manera absoluta, sin ninguna mira personal. Poco importa que le correspondamos, o no; Él no se cansa de buscarnos con amor cada vez mayor.

Si un hermano desea ver a otro hermano y vivir con él; si Jonatás languidecía lejos de David, ¿qué pena no le causaría a Jesucristo la idea de tener que abandonarnos, deseando tanto hallarse siempre a nuestro lado para podernos repetir: «¡sois mis hermanos!»?

¡Qué expresión más tierna! Ninguna otra cuali-

dad de Jesús consiente como esta la amistad. Considerando a Jesús bajo otros aspectos le llamaremos unas veces bienhechor, otras Salvador, mas en todos esos casos no encontraremos, como aquí, la amabilidad dulce y familiar.

La Eucaristía pasa el rasero sobre todos los hombres y los hace a todos iguales: fuera y aún dentro del templo hay dignidades y sólo en la mesa de Jesús, nuestro hermano mayor, todos somos hermanos.

¡Cuán impropio es acercarse uno a comulgar acordándose solamente de la majestad y santidad de Nuestro Señor! Esto será bueno cuando se medite sobre algún otro misterio, pero tratándose de la Eucaristía dejemos estos pensamientos y acerquémonos lo más posible a Jesús a fin de que haya entre Él y nosotros, ternura y expansión.

II

Jesús quiso además permanecer entre nosotros por ser nuestro Salvador, y esto no sólo para aplicarnos los méritos de la Redención, pues hay otros medios para ello, como la oración, los sacramentos, etc., sino para gozar de sus títulos de Salvador y de su victoria.

El hijo salvado por su propia madre de un gran peligro, es doblemente amado.

Jesucristo Nuestro Señor, a quien tanto le hemos costado, sentía la necesidad de amarnos con ternura para resarcirse de los sufrimientos del Calvario.

¡Cuánto ha hecho por nosotros! El pago de nuestro rescate es infinito, es la medida del amor que nos tiene.

No deja uno abandonados a aquellos a quienes ha salvado. Una vez expuesta la vida por ellos se les ama como a la propia vida y el corazón experimenta en ello una dicha indescriptible.

Nuestro Señor Jesucristo tiene, ¿cómo no?, corazón de madre, y hubiera preferido dejar a los ángeles antes que abandonarnos.

Jesús tiene necesidad de volvernos a ver. Los que en el campo de batalla fueron amigos y se vuelven a encontrar después de largos años no saben cómo manifestarse su satisfacción y alegría. A veces se emprende un largo viaje por visitar a un amigo, sobre todo si es amigo de la infancia. ¿Y por qué razón no ha de tener Jesucristo estos sentimientos tan nobles y tan buenos?

Jesucristo conserva en la Eucaristía las señales

de sus heridas. Las ha querido conservar como trofeo de gloria y para su consuelo, porque ellas le recuerdan el amor que nos tuvo.

¡Qué complacencia debe experimentar cada vez que nos acercamos a Él para darle gracias por los beneficios que nos ha hecho, y por los sufrimientos que por nosotros se impuso. Puede decirse que, en gran parte instituyó la Eucaristía para que los fieles acudiesen a su lado con el fin de consolarle de sus dolores, de su pobreza, de su cruz. ¡Llega Jesús hasta mendigar la compasión y la correspondencia a su amor!

Jesucristo debe estar con los que ama: el objeto de este amor somos nosotros, porque somos los salvados por Él.

III

Finalmente, Jesucristo quiere vivir entre nosotros y atestiguarlos en la Eucaristía su ardiente caridad, porque ve el amor infinito de su Padre celestial hacia los hombres y tiene necesidad de pagarle por nosotros la deuda de amor que hemos contraído con Él.

A veces se siente uno súbitamente poseído de un afecto hacia una persona hasta entonces desconocida, y a la que por ventura ni siquiera se había visto: un rasgo, un detalle, una circunstancia cualquiera que vemos en ella nos recuerda muchas veces a un amigo querido y sentimos en nosotros simpatía hacia aquel que hace revivir en nuestra mente a un amigo perdido.

Asimismo nos sentimos inclinados otras veces a amar al amigo del amigo nuestro, aun sin conocerle, y únicamente por ser grato a nuestro amigo; se necesita

muy poco para excitar en nosotros este amor porque el afecto del corazón por el amigo se extiende, como por instinto, a todo lo que guarda relación con él.

Lo propio ocurre con Jesús. Dios Padre nos ama: Jesucristo ama a su Padre: luego nos amará por Él, independientemente de cualquier otro motivo. Esto es para el Hijo de Dios una necesidad, porque no puede olvidar a quienes ama su Padre.

Invirtiendo los términos de la cuestión podemos decir a nuestro Señor Jesucristo: gracias te doy, Señor, por haber instituido la Eucaristía en beneficio mío, pero, dulce Salvador mío, permíteme que te diga me debes a mí el haberla podido instituir, en cuanto que yo he sido la ocasión. Si en ella nos puedes mostrar tus títulos de Salvador y llamarte hermano nuestro, yo he sido la causa ocasional. Aún me estás obligado por poder, por mí, seguir derramando tus beneficios y continuar tu oficio de Salvador. A mí me debes el hermoso título de hermano.

Aparte de esto, Nuestro Señor mendiga adoradores y Él es quien nos ha llamado con su gracia. ¡Nuestro Señor nos deseaba, tenía necesidad de nosotros!

Necesita adoradores para ser expuesto, sin que pueda en caso contrario salir del Tabernáculo.

Para celebrar la Santa Misa se requiere por lo menos un ayudante que represente al pueblo fiel: nosotros ponemos a Nuestro Señor en condiciones de ejercer su reinado.

Ahondemos en estos pensamientos: ellos os elevarán y os ennoblecerán; excitarán en vosotros inmensos deseos de amor y os harán recordar que nobleza obliga.

Repetid con frecuencia, y con santa libertad a nuestro Señor Jesucristo:

¡Sí, Señor, algo nos debes!

«La Eucaristía es el sacramento del Dios que no nos deja solos»

De hecho, la expresión «no sólo de pan vive el hombre, sino que el hombre vive de todo lo que sale de la boca del Señor» (Dt 8, 3) es una afirmación universal, que se refiere a todo hombre en cuanto hombre. Cada uno puede hallar su propio camino, si se encuentra con aquel que es Palabra y Pan de vida, y se deja guiar por su amigable presencia. Sin el Dios-con-nosotros, el Dios cercano, ¿cómo podemos afrontar la peregrinación de la existencia, ya sea individualmente ya sea como sociedad y familia de los pueblos?

La Eucaristía es el sacramento del Dios que no nos deja solos en el camino, sino que nos acompaña y nos indica la dirección. En efecto, no basta avanzar; es necesario ver hacia dónde vamos. No basta el «progreso», si no hay criterios de referencia. Más aún, si nos salimos del camino, corremos el riesgo de caer en un precipicio, o de alejarnos más rápidamente de la meta. Dios nos ha creado libres, pero no nos ha dejado solos: se ha hecho Él mismo «camino» y ha venido a caminar juntamente con nosotros a fin de que nuestra libertad tenga el criterio para discernir la senda correcta y recorrerla.

BENEDICTO XVI: Homilía de Corpus (22 de mayo de 2008)

*Santa Hildegarda de Bingen**

Y después de esto vi que, mientras el Hijo de Dios pendía en la cruz, aquella imagen de mujer ya mencionada, cual luminoso esplendor que avanza presuroso desde el antiguo consejo, era conducida hacia Él por el divino poder; y luego de ser elevada hacia lo alto fue bañada por la sangre que manaba de su costado, y por la voluntad del Padre celestial unida a Él en felices esponsales, noblemente dotada con su carne y su sangre. Y oí una voz que desde el cielo le decía: «Sea ésta, oh Hijo, tu esposa para la restauración de mi pueblo, sea ella una madre para él, regenerando las almas por la salvación del Espíritu y del agua».

Y habiendo recobrado la imagen sus fuerzas de esta manera, vi como un altar hacia el que ella se aproximaba frecuentemente, y allí volvía a mirar con devoción su dote, mostrándosela humildemente al Padre celestial y a sus ángeles. Entonces, al acercarse al altar un sacerdote revestido con los ornamentos sagrados para celebrar los divinos misterios, vi que súbitamente una luz grande y clara que venía del cielo acompañada de la reverencia de los ángeles envolvió con su fulgor todo el altar, y permaneció allí hasta que el sacerdote se retiró del altar, después de la finalización del misterio. Pero también allí, una vez leído el Evangelio de la paz y depositada sobre el altar la ofrenda que debía ser consagrada, cuando el sacerdote hubo entonado la alabanza de Dios todopoderoso –que es el ‘Santo, Santo, Santo, Señor Dios de los ejércitos’– para comenzar así la celebración de los misterios, repentinamente un relámpago de fuego de inconmensurable claridad descendió del cielo abierto sobre la ofrenda misma, y la inundó toda con su luz, tal como el sol ilumina aquello que traspasa con sus rayos. Y mientras la iluminaba de este modo, la elevó invisiblemente hacia los [lugares] secretos del cielo y nuevamente la bajó poniéndola sobre el altar, como el hombre atrae el aire hacia su interior y luego lo arroja fuera de sí: así la ofrenda fue transformada en verdadera carne y verdadera sangre, aunque a la mirada humana apareciera como pan y como vino.

Mientras yo veía estas cosas, repentinamente aparecieron, como en un espejo, las imágenes de la Natividad, la Pasión y la sepultura y también de la Resurrección y la Ascensión de nuestro Salvador, el



Unigénito de Dios, tal como habían acontecido cuando el mismo Hijo de Dios estaba en el mundo. Pero, mientras el sacerdote entonaba el cántico del Cordero Inocente –que es el Cordero de Dios que quita los pecados del mundo– y se presentaba para recibir la Santa Comunión, el relámpago de fuego antes mencionado se retiró hacia los cielos; y tan pronto como el cielo se cerró oí una voz que desde el cielo decía: «Comed y bebed el Cuerpo y la Sangre de mi Hijo para borrar la desobediencia de Eva, hasta que seáis restaurados en la justa herencia». Y mientras los demás hombres se acercaban al sacerdote para recibir el sacramento, yo advertí en ellos cinco maneras de ser.

Porque unos eran de cuerpo luminoso y alma ígnea; otros, en cambio, parecían tener cuerpo pálido y alma tenebrosa; pero algunos de cuerpo grosero eran despreciables también en el alma porque estaban llenos de la gran inmundicia de la corrupción humana; otros, con el cuerpo rodeado por agudísimas espinas, parecían leprosos en sus almas; pero otros se mostraban con el cuerpo ensangrentado y el alma fétida como cadáver putrefacto. En tanto todos estos recibían el mismo sacramento, unos eran inundados por un resplandor como de fuego, pero otros eran ensombrecidos como por una oscura nube. Cuando finalizó la celebración de estos misterios y mientras el sacerdote se retiraba del altar, la claridad arriba mencionada que viniendo del cielo, como se dijo, había rodeado todo el altar con su fulgor, fue elevada hacia los lugares secretos del Cielo.

* Hildegardis: *Scivias* II, 6-1. Ed. Adelgundis Führkötter O.S.B. collab. Angela Carlevaris O.S.B.. In: *Corpus Christianorum Continuatio Mediaevalis*. Vol. 43-43a. Turnhout: Brepols, 1978.

San Juan de Ávila*



El Santísimo Sacramento es manjar para flacos, manjar de desmayados, de tristes, llorosos, desconsolados, manjar de pobres. En recibéndole, di: «Comulgado he, he sido participante de lo que ganó la Sangre de mi Señor Jesucristo: mío es ya con haber comulgado lo que Él mereció; parte tengo en la herencia que me ganó; participado he de sus merecimientos». Así lo dice el apóstol san Pablo en la epístola que escribió a los hebreos (cap. III): *Participes Christi effecti sumus*. Dice santo Tomás «que así como el bautismo es entrada y puerta por donde uno entra a ser partícipe de los merecimientos de Jesucristo, ni más ni menos la santísima Comunión es una señal de que eres uno de aquellos a quien ha de aprovechar la Pasión y Muerte de Jesucristo». ¿Qué quiere decir comulgado he? He participado de lo que Jesucristo pasó. Padre, pues tanto bien gano en la santísima Comunión, ¿cómo no lo siento que ni tengo acá dentro sentimientos como otras personas, ni consolaciones, ni otras cosas de éstas? Eso, hermano, Nuestro Señor lo da a quien él es servido; no tengas tú cuidado de eso; bástate que recibes lo principal que es la gracia para la gloria que esperamos, si bien comulgaste. ¿Pues qué más quieres? Comulgado he, no quiere decir otra cosa sino que soy de aquellos para quien Jesucristo quiere su gloria.

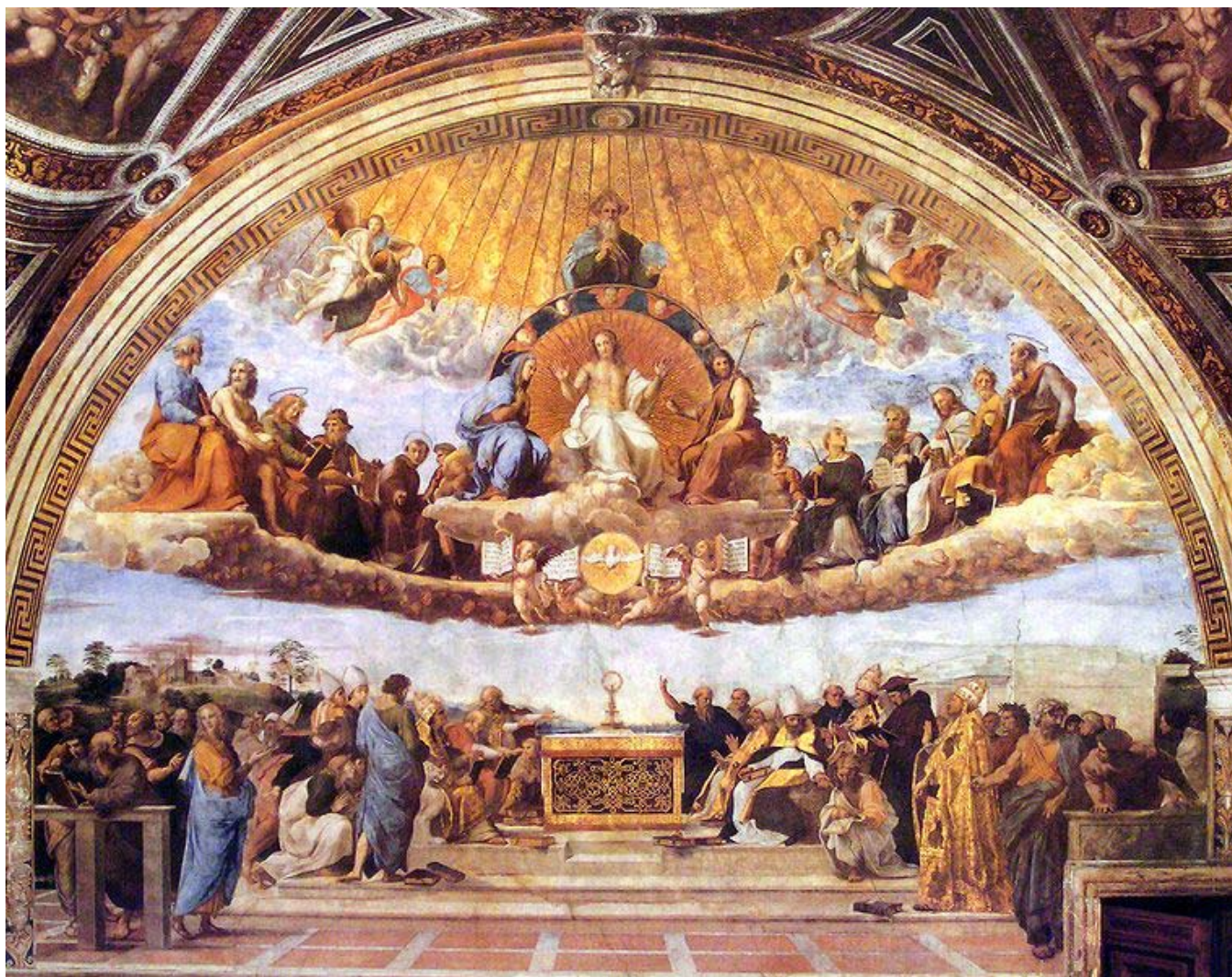
(...) Padre, ¿qué es comulgar? No rogaríades a Dios que nos enviase quien nos lo dijese y nos lo

diese a entender de veras. Decid: ¡si tuviese el Rey una mesa, como en tiempo de los romanos, que tenían una mesa donde se juntaban a comer de tanto a tanto tiempo los que unos a otros se habían injuriado! Los que habían reñido, sentábanse todos a aquella mesa, y en asentándose, no había más enojo, ni más enemistad; entre aquéllos llamaban la mesa de la amistad, la mesa de la paz. Nuestra mesa es ésta, hermanos; mesa de paz entre Dios y los hombres, mesa de concordia, mesa de caridad, mesa de comunión de pobres y ricos, el altar donde comulgamos es; que el altar, mesa significa; decid: si dijese el Rey, y mandase pregonar por todo el mundo: el que me ha hecho alguna traición, si me ha ofendido en algo, por la cual injuria merecía la muerte, doy señal, que si yo le convidare para que venga a comer a esta mesa, que yo le he perdonado; si hubieses tú hecho alguna traición, si te enviase a llamar el Rey para que comieses con él, ¿qué alegría sentirías?, ¿qué regocijo?, ¿qué placer? El Rey me ha enviado a llamar para que coma con él, luego perdonado me tiene. ¿Sería menester llevarte por fuerza? No sería menester excomulgarte. ¡Oh, Señor, bendito seas para siempre! Pues hombres hay ahora, que si han de comulgar de año en año, los han de llevar por fuerza, y a poder de excomuniones; y se les hace más de mal, que tiemblan de ver venir el día en que han de comulgar. ¡Ah!, y si no los castigasen, no lo harían tarde ni temprano. Digo de parte de Dios, que no estáis los tales de un canto de real de ser herejes. ¿Y de dónde, negro, se han levantado las herejías que se han dicho del Santísimo Sacramento? De no comulgar, de dejarlo olvidar el que no lo recibió sino de año a año. Dios nos guarda, por quien Él es: Dios nos guarde y tenga que no caigamos; tenéis a Jesucristo entre vosotros, y no lo miráis con los ojos que sería razón; no se lo agradecéis, no os aprovecháis de sus misericordias. Si comulgásedes muchas veces con devoción, con humildad, iríades de buena gana a la mesa de la paz. ¡Qué nueva para el encarcelado, que está esperando cuándo lo han de sacar a la horca: hermano, el Rey te llama para su mesa! ¡Qué nueva para tristes, para desmayados, para los que han ofendido a Dios!

Vete, hermano mío, a la mesa, que si vas triste volverás alegre; si vas desmayado, volverás con esfuerzo; llégate a la mesa, gozarás de un abrazo que allí da Dios tan suave, que no se sabe decir. Allégate, hermano, que allí está su descanso, allí está tu placer, allí está tu gozo, allí está la paz, allí está la gracia, y después la gloria.

* *Sermones del Santísimo Sacramento*. Obras completas, vol II, p. 735 ss, Madrid, BAC, 1970.

«El triunfo de la Iglesia»



En 1509 Rafael Sanzio pintó por encargo del papa Julio II en la Sala de la Signatura de las estancias vaticanas este impresionante fresco que ha pasado a la posteridad con el título de *Disputa del Sacramento*, que le dio Giorgio Vasari; título que hoy se presta a confusión porque sugiere una controversia teológica con opiniones encontradas y hasta inconciliables. Pero en el italiano de la época, *disputa* significaba «discusión» o «diálogo», pero no necesariamente divergencia. El argumento del fresco y su profundo significado teológico hacen más propio el título de *El triunfo de la Iglesia*, o *El triunfo de la fe*. Es muy posible que Rafael quisiera representar las conclusiones del Concilio de Florencia (1438-1445), que por una parte había precisado el significado de la consagración, y por otra había reafirmado la procesión del Espíritu Santo respecto del Padre y del Hijo (cuestión del *Filioque*).

El centro de la composición es la Hostia consagrada, misterio de fe, a través de cuya adoración se adora a Dios uno y trino. Es la Verdad teológica,

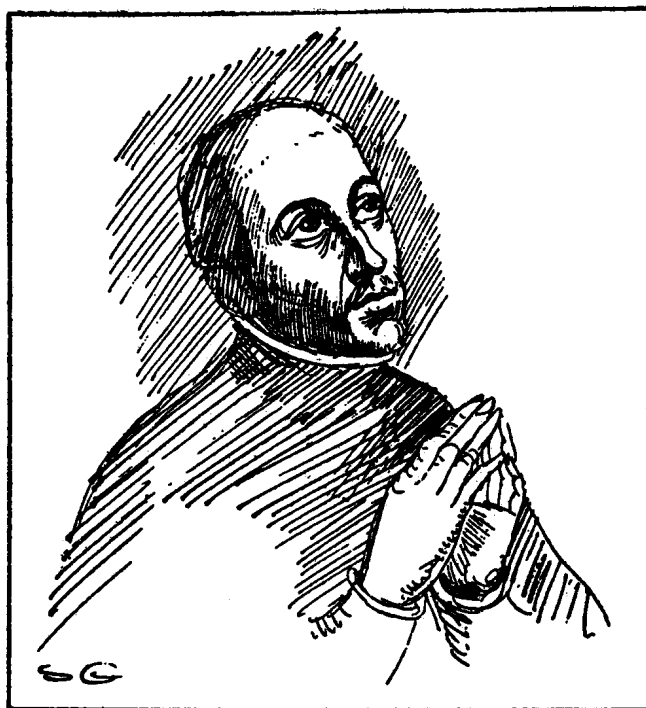
mientras que la Verdad filosófica está representada en otro fresco de la misma estancia, *La Escuela de Atenas*.

En torno a la Eucaristía, memorial de la entrega de Jesucristo en su Pasión, se reúne el cielo y la tierra, la Iglesia triunfante y la Iglesia militante. La Iglesia triunfante ocupa el «cielo», la parte superior, donde Dios Padre bendice, pero el centro está ocupado por un Cristo triunfante acompañado de su Madre y de san Juan Bautista y rodeado de los bienaventurados del Antiguo y el Nuevo Testamento, y de los cuatro evangelios. El Espíritu Santo está en actitud de descender sobre la Iglesia militante, que ocupa la parte inferior del fresco. Alrededor del altar que ostenta la custodia, santos (Gregorio Magno, Jerónimo, Ambrosio y Agustín), Padres de la Iglesia (Tomás de Aquino, Buenaventura), pero también otros personajes históricos (Inocencio III, Savonarola, Dante, o Fra Angélico) dirigen su mirada hacia la custodia y dialogan sobre la esencia del misterio de la Eucaristía.

San Juan de Ávila, doctor de la Iglesia

GASPAR BUSTOS ÁLVAREZ

A los muchos y merecidos títulos que se vienen dando a san Juan de Ávila, ahora la Iglesia le da el de doctor universal. Ciertamente deseado, merecido y oportuno. Quizá nos parezca más cercano el que se le daba en vida y aún le suelen dar los que de antaño le conocen: «el Maestro Ávila». O ya canonizado: «el santo Maestro Ávila». En un folleto titulado *Apuntes espirituales de Santa Bernardita Soubirous*, la vidente de Lourdes, lo cita sencillamente «el Padre Ávila». Alguna vida en francés debió de encontrar en su convento la sencilla pastorcita. El Santo Doctor fue ciertamente un gran conocedor de la ciencia y no sólo teológica y patristica. Los Cánones los estudió en Salamanca. «Negras leyes», las llamó él. La Teología y Escritura santa, en Alcalá de Henares y luego en Sevilla con sus amigos de primera hora, los padres dominicos. Todos admiramos en sus sermones y escritos la extensa sabiduría del padre Maestro Ávila. Del sacerdocio sienta cátedra en sus *Pláticas a sacerdotes* y en el *Tratado del sacerdocio*. Sin que podamos llamarlo «sistemático» con nuestras categorías de hoy, sin embargo, es riquísimo en doctrina y «llama viva» de amor al sacerdocio y a Jesucristo. Los *Memoriales* a Trento y al concilio de Toledo reflejan su extenso y profundo conocimiento de los temas y de la situación sacerdotal de su tiempo. Como reflexión y doctrina de reforma no tienen par. El libro *Audi Filia*, el único que él propiamente escribió y corrigió casi toda su vida y por el cual tuvo que sufrir, es llamado el primer libro sistemático de «vida espiritual», toda una joya. Sus sermones sobre la Virgen, el Espíritu Santo, comentarios a la Sagrada Escritura, reflejan al vivo su corazón y su limpia mente. Quizá se llevan la palma los llamados *Tratados del S. Sacramento*. El padre Juan Leal, S.J., profesor de Sagrada Escritura en la Facultad de Teología de Granada por los años 1950, especialista en san Juan y sobre todo en el capítulo sexto de su Evangelio, decía que había leído mucho sobre la Eucaristía y que nunca encontró nada mejor que el Padre Ávila. Sí, san Juan de Ávila respiraba amor ardoroso por la Eucaristía y el sacerdocio. Mejor: a la Eucaristía y al sacerdocio en función de la Eucaristía. Y todos, todos sus escritos nos revelan al santo apóstol. Prácticamente su producción literaria no es otra cosa que *sermones*. Misionero, evangelizador, imitando a san Pablo y con las entrañas de Cristo. En sus cartas, que son generalmente dictadas, presenta muchas



veces verdaderos párrafos de ardiente oratoria sagrada.

Pero este gran evangelizador, al contacto con las almas, y andariego misionero, llegó a constatar: la misión es buena, los frutos son maravillosos, pero, marchado el misionero, ¿quién cuidará de la mies? Sacerdotes había pero al no ser como debieran, era como si no los hubiera. ¿Predicar el Evangelio? Pero, ¿quién? «Los más, no lo saben hacer y los que podrían *llevar tal vida* que por no oírlos dejaran los fieles de ir a la iglesia». Duras palabras, realidad sangrienta que le llevó a tomar como tarea preferente: «formar sacerdotes santos y sabios». ¡Y con qué ardor! Funda colegios con este fin, desea que se hagan seminarios, funda la Universidad de Baeza, y cuida y arropa espiritualmente a cuantos sacerdotes caen a su alcance. Es exigente porque el tema lo requiere; en sus pláticas a los sacerdotes de Córdoba resume su *Tratado del sacerdocio* y, tanto los *Memoriales de Reforma* como sus sermones y cartas, están plagados de la doctrina de la santidad sacerdotal. Decía: «Mirémonos, padres, de pies a cabeza, alma y cuerpo y vernos hemos hechos semejables a la Sacratísima Virgen María, que con sus palabras *trujo* a Dios a su vientre... el sacerdote le trae con las palabras de la consagración. ¿Por qué los sacerdotes no son santos...? Relicarios somos de Dios,

casa de Dios y, a modo de decir, criadores de Dios a los cuales nombres conviene gran santidad». En otro momento: «los sacerdotes si piedras o demonios no somos, viendo que el Señor se ata con nuestras palabras y se deja prender con cadenas de amor de nuestras indignas manos, ni tendremos corazón, ni lengua, ni ojos, ni manos, ni pecho, ni cuerpo para ofenderle porque nos veremos todos enteros *consagrados* al Señor con el trato o tocamiento del mismo Señor». Basten estos botones de muestra.

Cabe ahora otra pregunta, difícil de resumir la respuesta. ¿Cómo vivió el santo Maestro Ávila? Por decirlo de una vez: «santísimamente». Con cuánta pureza de alma y cuerpo desde su juventud. Su vida, humildísima y pobre; la austeridad de su comportamiento; oración altísima y elevada; caridad ardiente que no le dejaba sosegar; rendida obediencia, encendido amor a Jesucristo y a su Iglesia; son todo títulos para largos capítulos a comentar. Se sentía a gusto con los pobres y sencillos pero no dejaba de ir a los palacios y tratar a los nobles para llevarlos a Dios. Conocía la vida inhumana de las gentes del campo y clamaba por ellos. En un memorial dice: «que no sean compelidos los pobres a pagar los diez-

mos, que viven en los campos cargados de hijos descalzitos y a medio vestir y morirán de hambre».

Su amor a la Iglesia está unido al amor del sacerdocio. Y, ¡cómo le dolía la Iglesia! «Preguntan algunas personas que ven y lloran este mal (sacerdotes sin letras ni virtud), ¿qué remedio habrá? A mi ver, no hay más que uno: ordénese la vida eclesial de tal manera que no la puedan llevar sino los virtuosos o los que trabajan por serlo». Y con frecuencia repite: «si quiere la Iglesia tener buenos ministros... conviene hacerlos; si quiere tener buenos médicos de las almas, ha de tenerlos a su cargo, criarlos tales y tomar el trabajo de ello».

Termino con otro texto: «Si este oficio (sacerdotal) es de mayor importancia que otro ninguno, pues de él depende la salvación de las almas, ¡qué vergüenza es que consintamos en la Iglesia un ministro que nunca jamás aprendió a serlo!».

Mucho debemos esperar de este doctorado. Referente claro y lúcido de evangelizador tenemos en él. Sacerdotes y laicos nos veremos espoleados para acometer los duros trabajos de una *nueva evangelización* y, todos a la vez, decididos a la exigencia de santidad que el Santo Maestro vivió y predicó.

Decálogo de la Adoración Eucarística, de Benedicto XVI

1.- «En la Última Cena, Jesús transforma el pan y el vino en su Cuerpo y su Sangre, adelantando su sacrificio en la Cruz. La Eucaristía nace así en el interior de su oración, como fruto de su Amor.» (Benedicto XVI Homilía del Corpus Christi, 23-VI-2011)

2.- «La Santa Misa es en sí misma el mayor acto de adoración de la Iglesia: «Nadie come de esta carne –como escribe san Agustín– sin tener primero que adorarla» (ibíd.)

3.- «La adoración fuera de la Santa Misa prolonga e intensifica lo que ha tenido lugar en la celebración litúrgica, y hace una acogida verdadera y profunda de Cristo. (*Sacramentum caritatis*. 66/68)

4.- «Recomiendo encarecidamente, a los pastores y a todos los fieles, la práctica de la adoración eucarística... (ibíd.)

5.- «Me alegro de ver que muchos jóvenes están descubriendo la belleza de la adoración, tanto en privado como en público, que permita el tiempo suficiente para el silencio y la escucha de la Palabra de Dios. (ibíd.)

6.- «Para mí es conmovedor ver como por doquier en la Iglesia se está despertando la

alegría de la adoración eucarística y se manifiesta por sus frutos.» (ibíd.)

7.- «En la vida actual, ruidosa y dispersiva, es más importante que nunca recuperar la capacidad de silencio interior y el recogimiento mediante la adoración eucarística... Jesucristo es “el Dios que está cerca de nosotros”» (Ángelus 10/06/2007).

8.- «Gracias sean dadas a Dios que... luego de un periodo en el que el sentido de la adoración eucarística se había de alguna manera perdido, renació la alegría de esta adoración en todas partes en la Iglesia... Ahora hemos redescubierto que sin la adoración como acto consecuente a la comunión, ésta pierde su profundidad y su riqueza.» (Ángelus 10/06/2007)

9.- «Adoración significa entrar en las profundidades de nuestro corazón con el Señor que se hace personalmente presente en la Eucaristía.» (Benedicto XVI. 2.3.2006)

10.- «La nueva evangelización deberá arraigarse en una verdadera renovación eucarística, mediante la catequesis, la dignidad de la celebración, la iniciación en el *ars celebrandi*, y la búsqueda de sacralidad.» (*Sacramentum caritatis*)

La familia natural, no el individuo, es la unidad fundamental de la sociedad

Entre el 25 y el 27 de mayo tuvo lugar en Madrid el VI Congreso Mundial de Familias. Publicamos a continuación la declaración final aprobada por sus delegados.

Reunidos en Madrid, España, el 27 de mayo de 2012, nosotros, los delegados del VI Congreso Mundial de Familias reafirmamos la verdad de que «la familia es el elemento natural y fundamental de la sociedad y tiene derecho a la protección de la sociedad y del Estado» (artículo 16 de la Declaración Universal de los Derechos Humanos). La familia natural está inscrita en la naturaleza humana y se basa en la unión voluntaria de un hombre y una mujer en la alianza matrimonial de por vida. La institución del matrimonio sobre todo ofrece a la pareja amor y alegría y también tiene como objetivo la procreación y la educación de los hijos. La unión matrimonial también ofrece seguridad en tiempos de problemas, el fundamento de una sociedad que equilibre el orden y la libertad y la solidaridad entre generaciones.

Por desgracia, en nuestros tiempos, los ataques a la familia natural están creciendo en número e intensidad. Las ideologías del estatismo, el individualismo atomista y la revolución sexual ponen en entredicho la esencia del matrimonio y de la familia. Recientes cambios en las leyes y en las políticas públicas de gobiernos de todo el mundo corrompieron el significado y la dignidad del matrimonio, devaluaron la paternidad, alentaron el divorcio fácil y los nacimientos fuera del matrimonio, confundieron identidades sexuales, promovieron la promiscuidad, crearon las condiciones para que aumentara el abuso infantil, aislaron a los ancianos y fomentaron la despoblación.

Estos cambios fueron particularmente agudos en Europa en las últimas décadas y, más concretamente, en la nación de España durante los años 2004-2011, cuando un gobierno radical trabajó efectivamente para subvertir la familia natural.

Como respuesta a todo ello, el VI Congreso Mundial de Familias aprueba un conjunto de principios para crear un entorno cultural y político que sea compatible con la vida, la libertad y la esperanza para el futuro:

– Afirmamos que la familia natural, no el individuo, es la unidad fundamental de la sociedad.

– Afirmamos que la familia natural es la unión de un hombre y una mujer a través del matrimonio crea-

da con el fin de compartir el amor y la alegría, engendrar niños, proveer su educación moral, construir una economía doméstica, ofrecer seguridad en tiempos de crisis y unir a las generaciones.

– Afirmamos que la familia natural es un elemento fijo del orden creado, arraigado en la naturaleza humana. La familia natural no puede convertirse en una realidad de nueva creación, ni puede ser redefinida por los entusiastas de la ingeniería social.

– Afirmamos que la familia natural es el sistema familiar ideal y verdadero. Si bien reconocemos múltiples situaciones de hecho, los otros «tipos de familia» adolecen de alguna carencia o son meras invenciones del Estado.

– Afirmamos que el vínculo sexual auténtico es la unión matrimonial entre un hombre y una mujer, el único abierto a la natural y responsable creación de una nueva vida.

– Afirmamos la santidad de la vida humana desde la concepción hasta la muerte natural. Cada persona recién concebida tiene derecho a vivir, a crecer, a nacer y a compartir un hogar con sus padres naturales unidos por el matrimonio. El aborto, la eutanasia y todas las formas de manipulación de los seres humanos en estado embrionario o fetal, por lo tanto, son ataques contra la vida humana.

– Afirmamos que la familia natural es anterior al Estado y los gobiernos legítimos existen para proteger y apoyar la familia.

– Afirmamos que el mundo es abundante en recursos. El debilitamiento de la familia natural y el fracaso moral y político, y no la «sobrepoblación» humana, han causado la pobreza, el hambre y la degradación del medio ambiente.

– Afirmamos que el verdadero peligro demográfico que afronta la tierra en este nuevo siglo es la crisis de natalidad y el envejecimiento de la población. Nuestras sociedades necesitan más personas, no menos.

– Afirmamos que la familia natural es la principal fuente de prosperidad económica y social y el pilar principal sobre el que asentar la superación de la actual crisis económica mundial.

– Afirmamos que las mujeres y los hombres son iguales en dignidad y derechos innatos, pero diferentes en muchos aspectos. Aunque a veces acontecimientos que escapan al control del individuo (otras veces por una vocación religiosa) lo frustren, la vocación de cada niño es llegar a ser esposo y padre; y la vocación de cada niña es llegar a ser esposa y madre. La cultura, el derecho y la política deberían tener en cuenta estas diferencias.

– Afirmamos que la complementariedad de los sexos es una fuente de fortaleza. Hombres y mujeres presentan profundas diferencias biológicas y psicológicas. Sin embargo, cuando se unen en matrimonio, la combinación se convierte en mayor que la suma de las partes.

– Afirmamos el derecho de los padres a educar a sus hijos para su bien, sin interferencias del Estado.

– Afirmamos que todo ser humano tiene derecho a la libertad religiosa y que la comunidad política

debe respetar la libertad de profesar la propia fe, de transmitirla y de educar a los hijos en ella.

– Afirmamos el «salario familiar» ideal que consiste en «una misma remuneración para las mismas responsabilidades familiares». La compensación por el trabajo, la fiscalidad y la seguridad social deberían fortalecer los lazos familiares naturales.

– Afirmamos el papel necesario de la propiedad privada de la tierra, la vivienda y el capital productivo como fundamento de la independencia familiar y garante de la democracia. En una sociedad justa y buena, todas las familias poseerán bienes inmuebles.

Y afirmamos que las soluciones duraderas a los problemas humanos, incluida la actual crisis económica, provienen de las familias y de las pequeñas comunidades. No se pueden imponer por un decreto burocrático o judicial. Tampoco pueden ser exigidas por una fuerza exterior.

«La conversión de la sustancia del pan y del vino en el Cuerpo y en la Sangre de Cristo es fruto de la entrega que Cristo hizo de sí mismo»

Todo parte, se podría decir, del Corazón de Cristo, que en la Última Cena, en la víspera de su pasión, dio gracias y alabó a Dios y, obrando así, con el poder de su amor, transformó el sentido de la muerte hacia la cual se dirigía. El hecho de que el Sacramento del altar haya asumido el nombre de «Eucaristía» –«acción de gracias»– expresa precisamente esto: que la conversión de la sustancia del pan y del vino en el Cuerpo y en la Sangre de Cristo es fruto de la entrega que Cristo hizo de sí mismo, donación de un Amor más fuerte que la muerte, Amor divino que lo hizo resucitar de entre los muertos. Esta es la razón por la que la Eucaristía es alimento de vida eterna, Pan de vida. Del Corazón de Cristo, de su «oración eucarística» en la víspera de la pasión, brota el dinamismo que transforma la realidad en sus dimensiones cósmica, humana e histórica. Todo viene de Dios, de la omnipotencia de su Amor uno y trino, encarnada en Jesús. En este Amor está inmerso el Corazón de Cristo; por esta razón Él sabe dar gracias y alabar a Dios incluso ante la traición y la violencia, y de esta forma cambia las cosas, las personas y el mundo.

....Caminamos por los senderos del mundo sin espejismos, sin utopías ideológicas, llevando dentro de nosotros el Cuerpo del Señor, como la Virgen María en el misterio de la Visitación. Con la humildad de sabernos simples granos de trigo, tenemos la firme certeza de que el amor de Dios, encarnado en Cristo, es más fuerte que el mal, que la violencia y que la muerte. Sabemos que Dios prepara para todos los hombres cielos nuevos y una tierra nueva, donde reinan la paz y la justicia; y en la fe entrevemos el mundo nuevo, que es nuestra patria verdadera. También esta tarde, mientras se pone el sol sobre nuestra querida ciudad de Roma, nosotros nos ponemos en camino: con nosotros está Jesús Eucaristía, el Resucitado, que dijo: «Yo estoy con vosotros todos los días, hasta el fin de los tiempos» (Mt 28, 21). ¡Gracias, Señor Jesús! Gracias por tu fidelidad, que sostiene nuestra esperanza. Quédate con nosotros, porque ya es de noche. «Buen pastor, pan verdadero, oh Jesús, piedad de nosotros: aliméntanos, defiéndenos, llévanos a los bienes eternos en la tierra de los vivos». Amén

BENEDICTO XVI: Homilía de Corpus (23 de junio de 2011)

Encuentro de Schola Cordis Iesu-Barcelona en el santuario de El Miracle (Solsona)

JAVIER GONZÁLEZ FERNÁNDEZ

Los pasados 5 y 6 de mayo numerosas familias de Schola Cordis Iesu nos reunimos en El Miracle (Riner), santuario mariano situado en la diócesis de Solsona y rodeado de campos de cereal y bosques de gran belleza, para pasar dos días especialmente dedicados a la convivencia y oración en común.

El encuentro dio comienzo a media mañana del sábado con la celebración de la Santa Misa, presidida por D. José M^a Alsina, hhncs, y la bienvenida de la comunidad de monjes benedictinos que, procedentes de Montserrat, tiene a cargo el Santuario desde 1899. Allí pudimos contemplar el hermoso retablo barroco que adorna la iglesia, uno de los mayores y más espectaculares que se conservan en Cataluña. La primera constancia documental de este santuario se sitúa en el año 1458 y su origen se debe a la aparición de la Virgen Niña a dos niños pastores, Celdoni y Jaumet, a quienes les dijo: «Digues al poble que fasse professons, e que les fassen devociosament, e que's confessen e que's convertesquen, e que's tornen a la part de Déu, e que si'u fan, Déu los ho relevarà».* Desde su aparición aquel lugar se convirtió en un centro de peregrinación y devoción mariana, y este año Schola Cordis Iesu-Barcelona ha querido también peregrinar devotamente a los pies de la Virgen para poner bajo su amparo todas las intenciones de nuestra gran familia de familias.

Debido a la imposibilidad de alojarnos todos juntos en la Casa de Espiritualidad aneja al Santuario, nos instalamos en La Carral, casa de payés situada a escasos dos kilómetros de El Miracle que nos acogió con gran hospitalidad desde el primer momento. Y tras comer al aire libre en la misma Carral, algunas niñas de Primaria de Schola amenizaron la sobremesa con la representación de *Ruskina*, obra teatral que relata la historia de una niña rusa que, en su Primera Comunión, ofrece su vida a Dios para que un sacerdote amigo de la familia se libre de la persecución a que se ven sometidos los cristianos por el régimen comunista. Acabada la obra de teatro y aprovechando la espléndida tarde, dimos todos un paseo por los alrededores de la casa, gozando del

magnífico paisaje de Riner y de la agradable conversación de unos y otros. Ya a media tarde y después de una generosa merienda, los mayores volvimos a El Miracle para celebrar una Hora Santa, en la que adoramos al Señor de la mano de María, pues contemplándola a ella al pie de la cruz, D. José María Alsina, hhncs, nos invitó a tener a María como verdadera madre para que nos enseñara a amar a su Hijo, a confiar en Él, a poner a su servicio toda nuestra vida, como lo hizo María. Y los niños también acompañaron al Señor desde La Carral, donde D. Javier Pueyo, hhncs, les expuso el Santísimo.

De vuelta todos a La Carral y mientras esperábamos la cena, grandes y pequeños jugaron los esperados partidos de fútbol y básquet. Tras la cena, rezamos el rosario y tuvimos una conferencia de Enrique Martínez sobre san José, que se nos propuso como modelo perfecto de oposición al mundo, uno de los tres enemigos del alma, por su fe, su oración y su abnegación. San José fue un hombre de fe, que viendo un niño pequeño, que reía, jugaba y lloraba, creyó que era el Hijo de Dios venido en carne. San José fue un hombre de oración, una oración en la que contempló al mismo Verbo de Dios y le adoró y confió en Él. San José fue también un hombre abnegado, que no hace su voluntad sino la de Dios, con humildad, custodiando el don que le ha sido confiado.

El domingo por la mañana nos esperaba una agenda bastante apretada para llegar puntuales a la Santa Misa presidida por monseñor Xavier Novell, obispo de Solsona, en El Miracle y tener después con él un rato de tertulia. Tras las oraciones de la mañana y el desayuno, José M^a Alsina trató el tema de «La Nueva Evangelización y Schola» en una conferencia que reconfortó mucho a todos los presentes. Ante la llamada del Papa, en nombre de la Iglesia, a afrontar una nueva evangelización de nuestra sociedad secularizada, José M^a Alsina nos propuso reflexionar colectivamente respecto a nuestra vocación en Schola como respuesta a esta llamada de la Iglesia. Su reflexión trató de ser una contemplación de Dios, de Schola ante Dios, de la Iglesia y del mundo. Y haciendo alusión a Schola como «aquella legión de almas pequeñas, instrumentos y víctimas del Amor Misericordioso», Alsina advirtió que es pequeña en todos los sentidos; no sólo porque formalmente Schola es poca

* «Di al pueblo que haga procesiones, y que las hagan devotamente, y que se confiesen y que se conviertan, y que vuelvan a Dios, y que si lo hacen Dios los libraré.»

cosa sino también porque sus miembros están llenos de verdaderas limitaciones. Pero esta conciencia de nuestra pequeñez ha de ir acompañada de una mirada de profundo agradecimiento a Dios porque Él ha hecho grandes cosas en Schola y a través de Schola. En Schola contemplamos verdaderos frutos de santidad, de sacrificio, de abnegación, de vocaciones a la vida consagrada, al sacerdocio y de numerosas familias cristianas fieles y fecundas. Y este sentimiento de gratitud y la contemplación de lo grande que ha estado el Señor con nosotros debe llevarnos a la contemplación del amor de Dios, como decía san Ignacio en los Ejercicios. Respecto a la acción apostólica de Schola en la Iglesia y en el mundo y en tanto que familia de familias, Alsina recordó que la tarea primordial de los padres es la educación de los hijos. Educar cristianamente a los hijos, hoy en día, es humanamente imposible. Son tiempos de oscuridad, ciertamente, pero en Schola aprendemos a verlos a la luz de Dios, sabiendo que su gracia siempre ha sobreabundado sobre el pecado. Schola, por gracia de Dios, tiene la virtualidad de proporcionar un conocimiento del tiempo que nos ha tocado vivir que es indispensable para que los hijos vean en el Corazón de Cristo el remedio a tantos males. Y como la lámpara no debe colocarse debajo del clemín sino sobre la montaña, Schola está llamada a iluminar el mundo en que vivimos, a orientar vidas y proyectos. Y Dios ha confirmado esta vocación con abundantes frutos y está destinada a fructificar aún más. Por ello Alsina llamó a todos los presentes a ser apóstoles para que muchos puedan participar de este espíritu, que es verdad y vida. Y para ello los miembros de Schola deben formarse –tarea que ocupa toda una vida–, profundizando cada vez más en las verdades de nuestra fe y en el conocimiento del Señor, deben colaborar en la revista CRISTIANDAD, verdadero tesoro espiritual e intelectual,

y deben vivir una vida de oración constante, de ofrecimiento diario según el espíritu del Apostolado de la Oración, del que Schola forma parte. Una oración confiada y perseverante ha de ser nuclear en la vida de Schola pues, «profundamente desengañados de nuestras propias fuerzas y valer y también de la eficacia de los medios semihumanos y ordinarios que nuestra pobre razón puede excitar para hacer frente a las circunstancias y dificultades extraordinarias de nuestros tiempo», sólo podemos poner nuestra confianza en el Corazón de Cristo.

Acabada la conferencia, nos reunimos de nuevo en el Santuario para celebrar la Eucaristía, presidida por monseñor Xavier Nonell y al acabar la celebración Schola renovó su consagración al Inmaculado Corazón de María. La comida se desarrolló en un ambiente de gran gozo espiritual y pudimos tomar el café en tertulia con el señor Obispo, que quiso compartir con nosotros estos momentos y nos expuso su labor al frente del obispado de Solsona en relación a una Nueva Evangelización de su diócesis. En un tono muy distendido y cordial, y ante la presencia de numerosos jóvenes de Schola que se habían incorporado al encuentro a primera hora de la mañana, D. Xavier Nonell expuso ideas de renovación de las parroquias para que realmente sean lugar de unión entre hermanos y revitalicen espiritualmente a los individuos, las familias y la sociedad entera de Solsona.

Y ya para concluir el encuentro, rezamos el santo Rosario, dirigido por los niños que lo ofrecieron por las Misiones, y cantamos «las flores» a la Virgen mientras los mismos niños le ofrecían sus flores de papel en prenda de sus corazones. Iniciamos el encuentro en manos de María y lo concluimos también en sus manos. Que la Virgen María derrame abundantes frutos espirituales sobre Schola y que nos haga fieles a la vocación que hemos recibido.



A propósito de la memoria histórica

FRA VALENTÍ SERRA DE MANRESA, OFMCAP.

EL año pasado, los historiadores Miquel Mir y Mariano Santamaría, tuvieron la valentía de publicar una documentada investigación que titularon: *La otra memoria histórica. Últimas investigaciones sobre las persecuciones y ejecuciones en la España republicana durante la Guerra Civil*, que fue publicada por las Ediciones Nowtilus (Madrid 2011). Esta obra, que ocupa 203 páginas, reúne el resultado de una meticulosa investigación sobre uno de los temas más delicados de la Guerra Civil española: la persecución en contra de los católicos y de las personas de talante conservador (empresarios, comerciantes, médicos, abogados, militares) y, sobre todo, en contra de los religiosos y sacerdotes.

En estos últimos decenios, los historiadores especializados en este período de la historia han llegado a contabilizar en España (entre 1936 y 1939) la enorme cifra de 4.184 sacerdotes diocesanos y 2.365 religiosos asesinados, de un total de cincuenta y cinco mil víctimas de la violencia que se desencadenó en la zona republicana por el Frente Popular. Los autores, Mir y Santamaría, ponen de relieve que, con el pretexto del anticlericalismo se produjo el mayor holocausto de la historia de Europa en contra de los católicos y de sus instituciones. Esta persecución, muy bien tramada y organizada, causó matanzas masivas que todavía hoy sorprenden por su número y crueldad. Además de estos asesinatos perpetrados «*in odium fidei*» o «*in odium Ecclesiae*», también fue destruida y profanada una gran parte del patrimonio arquitectónico, pictórico y escultórico religioso (y también civil), perdiéndose para siempre obras de incalculable valor.

A lo largo de este libro de Miquel Mir y del religioso marista Mariano Santamaría, que tan sugerentemente han titulado *La otra memoria histórica*, se aportan elocuentes testimonios y documentos que revelan cómo, debido a su ideología conservadora y militancia católica, miles de personas vivieron amenazadas por el terror de la violencia revolucionaria en la zona republicana durante la Guerra Civil, ya que en esta zona, con el fracaso del golpe militar se abrió un proceso revolucionario que el gobierno no logró controlar; allí la violencia fue imparable, y con el derrumbe del Estado se quiso legitimar la pretensión de transformar radicalmente la sociedad. El resultado fue una persecución sistemática contra el catolicismo y todo lo que ello significaba.

La otra memoria histórica la forman una larga serie de nombres de personas que, a causa de su fe, fueron asesinadas. Muchas de ellas fueron sometidas

a una escrupulosa vigilancia y seguimiento que acabó con detenciones, torturas y, finalmente, asesinatos; auténticos genocidios como el de Paracuellos del Jarama, cerca de Madrid (cf. pp. 155-172); así como las matanzas ocurridas en las fosas y pozos abandonados de la mina toledana de Camuñas (cf. 173-185); el asesinato de los 172 religiosos maristas chantajeados, estafados y traicionados por la CNT-FAI (cf. pp. 17-144); los asesinatos de eminentes socios del Círculo Ecuéstre de Barcelona (como el marqués de Balanzó, Narciso de Camps, José de Caralt, Javier Garriga-Nogués, Alfonso Vidal-Ribas, Fernando Villavecchia, entre otros) quedan registrados documentalmente con las 742 órdenes de detenciones y confiscaciones de patrimonio que se han conservado (cf. pp. 187-195).

Los autores explican que los religiosos maristas de Catalunya fueron perseguidos y asesinados por ser unos miembros de la Iglesia de gran prestigio por su influencia en la sociedad catalana a través de la docencia. Estos religiosos no se involucraron en cuestiones políticas pero igualmente fueron víctimas de los revolucionarios, y a pesar de que el gobierno de la Generalitat expidió centenares de visados y salvoconductos que salvaron la vida de muchos eclesiásticos, el instituto de los hermanos maristas no recibió protección y, finalmente, fueron chantajeados y estafados. Los maristas llegaron a pagar 200.000 francos franceses para ser evacuados (una auténtica fortuna), pero solamente lograron pasar a Francia los jóvenes seminaristas de la casa-noviciado de Les Avellanes, una vez efectuada la primera entrega de 100.000 francos. Los componentes del segundo grupo, 172 hermanos maristas que debía trasladarse a Marsella, fueron engañados y vilmente asesinados, puesto que el barco que había de evacuarlos era «una ratonera» (cf. pp. 74-78).

Miquel Mir y Mariano Santamaría ponen de relieve que las autoridades de la Generalitat «fueron responsables por su inhibición y falta de voluntad en socorrerlos, por juzgar que [los hermanos maristas] no estaban identificados con el nacionalismo catalán» (p. 37); más todavía, «Aurelio Fernández [del Comité Central de Milicias Antifascistas] entregó los doscientos mil francos franceses a Josep Tarradellas. Su destino: la compra de armas en Suiza» (cf. pp. 125-135). Los autores de *La otra memoria histórica* escriben que: «Lluís Companys, como presidente de la Generalitat, y Josep Tarradellas conocían a los máximos dirigentes de la CNT-FAI y con ellos negociaron el control del orden público en Cataluña y

consideraron a los anarquistas unos buenos aliados, pues ellos formaron parte de todos los gobiernos de la Generalitat hasta junio de 1937» (p. 137).

A propósito de la trágica historia de los asesinatos de Paracuellos del Jarama, Mir y Santamaría indican que seguramente se trata del «mayor holocausto de todos los tiempos sucedido en España. Inicua y gigantesca carnicería de hombres inermes, indefensos, plenos de espíritu cristiano y patriótico. Esta carnicería los responsables intentaron encubriarla con el silencio y excusas frívolas [...] Las listas y órdenes de salida de las prisiones, la conducción de los presos ya en camiones de servicio oficial u otros medios, la apertura de zanjas, los piquetes preparados con abundancia de armas y de municiones no las confectionaron los incontrolados. Con certeza podemos asegurar que todo estaba previsto y ordenado de antemano» (pp. 171-172).

No obstante, desde la misma fidelidad a la memoria histórica, no podemos dejar de recordar que, lamentablemente, acabada la Guerra Civil, el gobierno del general Franco no quiso atender suficientemente las lecciones de la guerra y los deberes de la paz (por

decirlo con la exigencia evangélica de las primeras palabras de la carta pastoral del cardenal Gomá). En efecto, Miquel Mir en el apartado introductorio del libro escribe que: «Cuando acabó la guerra, los vencedores continuaron la represión hasta sofocar toda forma de oposición a su política» (cf. pp. 13-14), pero esta es una temática que requiere otra investigación y que nada tiene que ver con la persecución religiosa, y sí mucho con la represión política, ya que en muchos casos se olvidaron las lecciones de una guerra fratricida y los deberes de la paz. Esperemos que la lectura de esta cuidada investigación histórica, realizada con documentación recientemente descubierta (alguna procedente de los archivos barceloneses de la CNT-FAI de Vía Layetana, trasladados primero a París y, luego a Londres durante la ocupación alemana de Francia y, finalmente, a partir de 1947, acabada la segunda guerra mundial, a la ciudad holandesa de Amsterdam, donde se depositaron en el Instituto Internacional de Historia Social), ayude eficazmente a la reconciliación y a la paz, evitando que tan luctuosos y horribles episodios jamás vuelvan a ocurrir, viviendo en clima de fraternidad, en la Paz y el Bien.

«Arrodillarse ante la Eucaristía es una profesión de libertad»

Al llegar a este punto, no se puede menos de pensar en el inicio del «Decálogo», los diez mandamientos, donde está escrito: «Yo, el Señor, soy tu Dios, que te he sacado del país de Egipto, de la casa de servidumbre. No habrá para ti otros dioses delante de mí» (Ex 20,2-3). Aquí encontramos el tercer elemento constitutivo del Corpus Christi: arrodillarse en adoración ante el Señor. Adorar al Dios de Jesucristo, que se hizo pan partido por amor, es el remedio más válido y radical contra las idolatrías de ayer y de hoy. Arrodillarse ante la Eucaristía es una profesión de libertad: quien se inclina ante Jesús no puede y no debe postrarse ante ningún poder terreno, por más fuerte que sea. Los cristianos sólo nos arrodillamos ante Dios, ante el Santísimo Sacramento, porque sabemos y creemos que en él está presente el único Dios verdadero, que ha creado el mundo y lo ha amado hasta el punto de entregar a su Hijo único (cf. Jn 3,16).

Nos postramos ante Dios que primero se ha inclinado hacia el hombre, como Buen Samaritano, para socorrerlo y devolverle la vida, y se ha arrodillado ante nosotros para lavar nuestros pies sucios. Adorar el Cuerpo de Cristo quiere decir creer que allí, en ese pedazo de pan, se encuentra realmente Cristo, el cual da verdaderamente sentido a la vida, al inmenso universo y a la criatura más pequeña, a toda la historia humana y a la existencia más breve. La adoración es oración que prolonga la celebración y la comunión eucarística; en ella el alma sigue alimentándose: se alimenta de amor, de verdad, de paz; se alimenta de esperanza, pues aquel ante el cual nos postramos no nos juzga, no nos aplasta, sino que nos libera y nos transforma.

Por eso, reunirnos, caminar, adorar, nos llena de alegría. Haciendo nuestra la actitud de adoración de María, a la que recordamos de modo especial en este mes de mayo, oramos por nosotros y por todos; oramos por todas las personas que viven en esta ciudad, para que te conozcan a ti, Padre, y al que enviaste, Jesucristo, a fin de tener así la vida en abundancia. Amén.

BENEDICTO XVI: Homilía de Corpus (22 de mayo de 2008)

El corazón humano de Cristo en su vida pública

RAMÓN GELPÍ SABATER
www.christusregnat.com

La devoción al Sagrado Corazón de Jesús, desde la revelación a santa Margarita M^a de Alacoque, y tras las dificultades de los primeros tiempos que ya han sido muy comentadas en CRISTIANDAD, se extendió por todo el mundo y raro era el lugar de cualquier país católico en el que no hubiera una imagen de Sagrado Corazón. En la actualidad, se añade a esta devoción, la que procede de santa Faustina Kowalska que, bajo la representación de la Divina Misericordia sigue centrándose en el Corazón de Jesús. También esta revelación se ha extendido por todo el mundo. Tales devociones son, por tanto, relativamente recientes, podemos decir que son «devociones de nuestro tiempo», y proceden de revelaciones místicas. ¿Tienen también algún tipo de fundamento en las Escrituras? Veamos brevemente en qué citas evangélicas se puede intuir esta verdad de que «Dios tiene Corazón» viéndolo en el corazón humano de Jesús.

Como es natural, los evangelios no especifican nada respecto al Corazón de Jesús propiamente dicho, aunque hay textos en los que se mencionan sus sentimientos, y se intuye su importancia como manifestaciones de su amor sensible. El más importante de los episodios relacionados, esta vez directamente, con su Corazón es sin duda el de la lanzada en el Calvario. Allí no se nombra propiamente dicho órgano sino «el costado», pero ya explicaremos al final de este artículo las razones que nos permiten afirmar que el Corazón de Jesús fue atravesado por esta lanza.

Queremos hacer otra consideración sobre la devoción al Corazón de Cristo, referente a algunos detractores, o más frecuentemente los que evitan mencionar directamente el culto al Corazón y quieren centrarlo exclusivamente en el amor. Frecuentemente niegan que sea correcto adorar el «corazón de carne» de nuestro Señor. Pues bien, no adoramos solamente el corazón de carne, pero «también el corazón de carne» porque la humanidad de Cristo es tan adorable como su divinidad. Cristo vivo tenía corazón en su vida pública, del mismo modo que lo sigue teniendo en su cuerpo resucitado y glorioso.

Veamos ahora unos pasajes evangélicos en el que se traslucen los sentimientos íntimos de Jesús en su vida pública. No es baladí que el símbolo universal

del amor humano sea precisamente un corazón, y esto desde los tiempos más remotos. Estos sentimientos, que nacen del alma, tienen sin embargo su repercusión más inmediata en el latido del corazón. No hace falta demostración, es evidente; podrá el cerebro y el sistema nervioso ser el transmisor de estos sentimientos que nacen del alma, pero el elemento sensible es el corazón. La naturaleza humana de Jesucristo no se diferencia de la nuestra en esto. En todo caso, debió superarnos, en gran manera, en sensibilidad, y ésta es la que nos permite centrar nuestra devoción en este Corazón humano de nuestro Redentor.

Los sentimientos de Jesús en los evangelios

Son muchos de los pasajes de los evangelios en los que se muestra cómo Jesús se compadece de los que sufren. En mayor o menor grado los evangelistas lo mencionan en cada curación, en cada milagro que hace en favor de quien le pide ayuda. Veamos algunos ejemplos, aunque podrían seleccionarse muchos más:

– Viuda de Naín: Aquí es Jesús el que, espontáneamente, siente compasión por una viuda que acaba de perder a su único hijo. Jesús con sus discípulos se encuentra con el cortejo fúnebre:

«... Al verla el Señor, sintió compasión hacia ella y le dijo: No llores. Y acercándose al féretro, lo tocó –y los que lo llevaban se detuvieron– y dijo: Muchacho, te lo digo, levántate. Y el difunto se incorporó y comenzó a hablar. Y se lo entregó a su madre ...» (Lc 7, 13-15)

– María Magdalena: Mucho se podría comentar sobre este personaje, cuya identidad en relación a María de Betania o a la pecadora innominada que menciona san Lucas, es siempre motivo de análisis por exegetas y comentaristas. Nosotros consideramos necesario hacer mención de esta mujer (o estas mujeres) porque en todos los pasajes en los que aparece, se advierte un corazón especialmente sensible hacia el divino Maestro.

«... Porque ha amado mucho...». Esta frase del evangelio, frecuentemente mal interpretada, y a veces incluso de forma blasfema como es tristemente conocido, encierra la naturaleza del amor místico de

las almas contemplativas, lo que se trasluce en la actitud de la mujer que, como venimos diciendo a menudo, aparece siempre a los pies de Jesús.

Fijémonos que es precisamente la devoción al Sagrado Corazón la que nos muestra esto con más claridad. Jesús ha querido amarnos como Dios y como hombre: es la segunda persona de la Santísima Trinidad. Y este amor, ha tenido y tiene en su Corazón la repercusión fisiológica y palpitante de su amor humano; y naturalmente, divino. Jesús amó a María Magdalena, y a san Pedro y a todos sus discípulos, y también a todos nosotros, pobres pecadores, por los que su Corazón palpita siempre, incluso después de haber resucitado..

– La resurrección de Lázaro: Cuando Jesús se acercó a Betania, Lázaro «su amigo», como lo denomina el evangelio de san Juan, llevaba cuatro días muerto. Jesús había retrasado su llegada, parece que intencionadamente (ver el contexto) y, finalmente les dice a sus Apóstoles «...*Jesús entonces les dijo claramente: Lázaro ha muerto. Y me alegro por vosotros de no haber estado allí, para que creáis. Pero vamos hasta él ...*» (Jn 11, 14-15).

Es decir, Jesús sabía ya que Lázaro había muerto, y no podía ignorar su intención de resucitarle, sin embargo al llegar a Betania se emociona y llora: «... *Jesús, viéndola llorar y viendo llorar a los judíos que la acompañaban, se emocionó y conmovió interiormente; Y preguntó: ¿dónde lo habéis puesto? Le respondieron: Señor, ven y lo verás. Jesús se echó a llorar ...*» (Jn 11, 33-35). Este llanto de nuestro Señor puede parecer desconcertante, pero esta emoción que siente Jesús es una muestra sensible de su divino Corazón, que llora por la muerte de su amigo, aún sabiendo que lo ha de devolver a la vida. Es un hecho muy remarcable para el que hace una lectura contemplativa de los evangelios.

– La Santa Cena: Pero será en la Santa Cena cuando más íntimos y amorosos se muestran los sentimientos de Jesús. «... *la víspera de la fiesta de la Pascua, sabiendo Jesús que había llegado la hora de su tránsito de este mundo al Padre; como hubiese amado a los suyos, que vivían en el mundo, los amó hasta el fin ...*» (Jn 13, 1), y más tarde les llamará «hijitos» (*fillioli*, dice la Vulgata). Si en algún lugar de los evangelios se puede decir que «se nota» el palpar del Corazón de Jesús, eso es en la Santa Cena relatada por el evangelista san Juan, y su culminación será en el momento que él mismo relata como recuesta su cabeza en el costado del divino Maestro: «... *Entonces, como se recostase sobre el pecho de Jesús, le dijo: Señor, ¿Quién es? Jesús le respondió: Es aquel a quien Yo daré pan untado. Y habiendo mojado pan, se lo dio a Judas, hijo de Simón Iscariote ...*» (Jn 13, 25-26).

La lanzada: SE ABRE EL CORAZON DE JESUS

«... *Los judíos entonces (pues era la Parasceve), para que no permanecieran los cuerpos en la cruz el sábado (era muy solemne aquel Sábado), rogaron a Pilato que les quebrara las piernas y los quitase de allí. Vinieron pues los soldados y rompieron las piernas del primero, y del otro que había sido crucificado con El. Mas como viniesen a Jesús, viéndole ya muerto, no le quebraron las piernas; sino que uno de los soldados, con la lanza le abrió el costado, y al instante salió sangre y agua. Y el que lo vio lo atestigua, y su testimonio es verdadero. Y él sabe que dice verdad, para que también vosotros creáis. Estas cosas sucedieron para que se cumpliera la Escritura: No le quebraréis ningún hueso. Y también otra Escritura dice: Verán al que traspasaron ...*» (Jn 19, 31-37).

Jesús estaba ya muerto, y para cerciorarse, el centurión ordena que le den una lanzada mortal. Lo hace el soldado, cumpliendo la orden, y atraviesa el costado de Jesús de abajo a arriba, y desde el lado derecho hasta el izquierdo: Así se abrió el Corazón de Jesús. Los soldados romanos conocían muy bien este golpe, y se entrenaban para ello; el corazón no está tan claramente en el lado izquierdo como se suele creer, y se le alcanzaba mediante una trayectoria cruzada, eludiendo tropezar con los huesos del tórax. Y así se cumplió, como dice san Juan, lo dicho por el Profeta: «... Verán al que traspasaron ...» (Zac 12, 10).

«... *y al instante salió sangre y agua ...*», es una circunstancia realmente misteriosa y san Juan debe insistir en su testimonio para explicarla. Las heridas de Jesús, ya muerto, no debían sangrar porque su sacratísimo Corazón, ya detenido, no podía bombear el precioso líquido redentor. Pero, además, «salió agua». No dice nada más el Evangelista, sino que da fe de ello para que «también nosotros creamos». Se le atribuye a este agua el valor simbólico de la gracia que mana del Corazón de Jesús.

Para nosotros, este es el punto de partida de lo que, bastantes siglos más tarde, revelará el propio Cristo a santa Margarita mostrándole este Corazón traspasado por la lanza de Longinos, y que ofrece a los hombres de nuestro tiempo como objeto adorable. El Sagrado Corazón de Jesús no sólo es un símbolo del amor misericordioso de nuestro Señor, es una parte preciosa de su misma humanidad. Por esto la encíclica *Haurietis aquas*, de Pío XII, dice específicamente: «*la Iglesia tributa al Corazón del Divino Redentor el culto de latría*». Este es el culto que debemos a este corazón que palpita, y sigue palpitando a los estímulos del infinito Amor que nos profesa la segunda persona de la Santísima Trinidad.



Pequeñas lecciones de historia

Jesús y el pueblo judío (V): Dónde enseñaba Jesús

GERARDO MANRESA

EN Israel no había más que un santuario consagrado a Dios y éste era el Templo de Jerusalén. Solamente allí, se celebraba el culto a Yaveh con sacrificios cotidianos y allí se desarrollaban las ceremonias en las principales fiestas religiosas, la Pascua, los Tabernáculos y la Dedicación, con una gran concurrencia de población, no solamente de Palestina, sino de todos los países donde había comunidades judías.

Pero el principal hogar de la vida religiosa del pueblo judío era la sinagoga. La palabra griega *sinagôgê* significa «reunión», (como la palabra griega *ecclesia* significa «asamblea») y es la traducción de la expresión hebrea o aramea que significa «casa de reunión» o «casa de oraciones». Es decir, eran locales donde los judíos hacían reuniones piadosas o se reunían para orar. ¿Desde cuándo existía la costumbre de reunirse para orar entre los judíos? No se puede decir exactamente, pero sin duda en Caldea durante el exilio (siglo VI a. de C.), cuando no tenían templo donde ir a orar buscaron la forma de reunirse para la oración. En tiempo de Cristo toda aldea judía en Palestina y fuera de Palestina, con comunidad judía, tenía una sinagoga. ¿Qué se hacía? Rezar y cantar salmos, principalmente los sábados, pero también los segundos y quintos días de la semana, y leer y comentar los textos sagrados, la Ley y los Profetas. La importancia dada al estudio de la Ley aseguraba la preeminencia de los rabinos fariseos, pero todo judío instruido podía participar en la explicación de los versículos del día; todo judío que estuviera de paso, podía tomar la palabra, y era invitado a dar explicaciones de las novedades de su comunidad. En las reuniones de los primeros cristianos sucedía de igual forma con san Pablo y san Pedro.

Como todo judío piadoso, Jesús iba regularmente los sábados a la sinagoga. Él iba a rezar, a cantar los salmos, a escuchar la lectura y la explicación de la Ley y de los Profetas. Allí recibió las enseñanzas de los rabinos antes de tomar Él la palabra.

Desde que comenzó su ministerio evangélico, Jesús utilizó la costumbre judía de tomar la palabra en las sinagogas para leer y comentar la Ley y los Profetas. Así lo atestiguan los cuatro Evangelios en muchos lugares: Mc 1,21: *Llegan a Cafarnaúm. Al llegar el sábado entró en el Templo y se puso a enseñar.* Mt 4,23: *Recorría toda Galilea, enseñando en sus sinagogas.* Lc 4,16-23: *Y (Jesús) vino a Nazaret, donde se había criado y, según su costumbre, entró en la sinagoga el día del sábado y se levantó para hacer la lectura.* Y sobre todo el testimonio del mismo Jesús: Jn 18,20: *«Jesús respondió (al gran sacerdote): Yo he hablado abiertamente al mundo, yo he enseñado en*

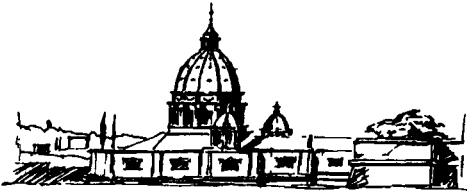
las sinagogas y en el Templo, allá donde todos los judíos se reúnen».

También era una costumbre judía la predicación al aire libre, tal como se nos explica en los Evangelios. En la *Mischna* está dicho que hay muchedumbre en todos los sitios donde se predica y así predicaban los rabinos por las plazas de las ciudades y de los pueblos, en plena campiña, como en las sinagogas. Así también lo hizo Jesús, Mt 5,1: *Viendo la muchedumbre, subió al monte, se sentó y sus discípulos se le acercaron. Y tomando la palabra les enseñaba diciendo: Bienaventurados los pobres de espíritu... Mt 13,1-3: Aquel día salió Jesús de casa y se sentó a orillas del mar. Y se reunió tanta gente que hubo de subir a sentarse en una barca y toda la gente quedaba en la ribera. Y les habló de muchas cosas en parábolas».*

Jesús también predicó en el Templo de Jerusalén. Para llegar al «lugar muy santo» del Templo, reservado para las ceremonias de culto, era preciso atravesar varios atrios, uno encima del otro. El más amplio era el atrio exterior o «Atrio de los Gentiles» verdadero fórum accesible tanto a los extranjeros como a los judíos. Los cambiadores de moneda, los mercaderes de pichones o gorriones estaban instalados con sus mesas y jaulas, alrededor de las cuales pasaban los peregrinos, deseosos de procurarse la buena moneda tiria, que era la única que se aceptaba en los cepillos del Templo. Este mercadeo estaba prohibido por los reglamentos, pero era tolerado por las autoridades sacerdotales. Los judíos disfrutaban paseándose, charlando y discutiendo bajo los porches del inmenso atrio, donde se podía también enseñar y rezar. Los judíos podían pasar a atrios más interiores donde podían seguir haciendo sus paseos y charlas.

También Jesús, como judío que era, podía entrar y enseñar en el Templo y así lo hizo como se muestra en los Evangelios, ya bajo los pórticos del Atrio de los Gentiles, ya en el recinto sagrado, paseando, charlando, discutiendo confundiendo a sus contradictores: los saduceos y los fariseos. Mc 9,27: *«Y como (Jesús) se paseaba por el Templo, vinieron a Él los grandes sacerdotes y los ancianos...»* Mc 14,49: *«Yo estaba todos los días entre vosotros enseñando en el Templo y no me habéis cogido.»* Jn 8,2: *«Desde la mañana (Jesús) volvió al Templo, y todo el pueblo venía a Él y sentándose les enseñaba».* Jn 18,20: (Jesús dijo): *«Yo he enseñado siempre en la sinagoga y en el Templo, allá donde los judíos se reúnen».*

Es decir, que Jesús en toda su vida pública ejerció su ministerio en el marco religioso y cultural del pueblo al que pertenecía, el pueblo judío.



ACTUALIDAD RELIGIOSA

JAVIER GONZÁLEZ FERNÁNDEZ

Nuevos mártires entre los Hijos de la Sagrada Familia

EL 10 de mayo, el papa Benedicto XVI ha autorizado la promulgación del decreto de martirio de 19 religiosos y sacerdotes Hijos de la Sagrada Familia y un joven laico exalumno, fallecidos casi todos ellos durante los primeros meses de la Guerra Civil española en diversas localidades catalanas.

A primera hora de la noche del 30 de julio de 1936 fueron asesinados en plena carretera el padre Jaime Puig Miroso –superior y director del colegio Santa María de Blanes– junto a su exalumno Sebastián Llorens Telarroja. Poco antes de morir les dio tiempo de esconder la milenaria imagen de la Virgen del Vilar, patrona de Blanes. Días más tarde, en la madrugada del día 9 de agosto de 1936, fue detenido en casa de sus familiares y asesinado en la riera de Sant Andreu de Palomar el padre Narciso Sitjà Basté, sacerdote benemérito, maestro de novicios y consultor general de San José Manyanet y de la Congregación. Educador, director y consejero espiritual sin parangón. Asceta y místico, sobresalió en el ejercicio de todas las virtudes religiosas, en el ministerio de la predicación, especialmente a los religiosos y sacerdotes, en el confesionario y en la promoción de la devoción a la Sagrada Familia, siendo un notable poeta y compositor. Tres días antes era encarcelado en Esterrí d’Aneu el padre Juan Cuscó Oliver, superior de la comunidad y director del colegio San José de Tremp (Lérida) junto con el padre Pedro Sadurní, profesor de ciencias del mismo colegio, al intentar cruzar la frontera para llegar hasta Roma tras ser expulsados de su colegio. En la madrugada del día 21 de junio fueron asesinados en el cementerio de Lérida junto con otros 72 sacerdotes.

El padre Fermín Martorell Vies, vicario y ecónomo de la comunidad y profesor de primaria del colegio San Pedro Apóstol de Reus (Tarragona), tras ver arder su colegio por los cuatro costados, fue detenido el día 27 de julio de 1936 y conducido al barco prisión *Río Segre*, anclado en el puerto de Tarragona. Allí se encontró con tres religiosos de la misma comunidad (el padre Francisco Llach Candell, el padre Eduardo Cabanech Majem y el padre Ramón Cabanech Majem). Tras un mes de penalidades en el barco, el 25 de agosto, fue llevado en camión,

con otros 16 compañeros, entre ellos los tres sacerdotes de la comunidad, y asesinado en Vila-rodona hacia las 10 de la mañana del mismo día. El día 2 de septiembre de 1936 moría también asesinado el sacerdote, poeta y apóstol de la devoción a la Sagrada Familia el padre Juan Franquesa Costa, perteneciente a la comunidad del colegio de Huérfanos Pobres de Sant Julià de Vilatorrada. La persecución religiosa le encontró en Barcelona predicando unos ejercicios espirituales. Refugiado en Sant Boi de Llobregat y en su casa natal de Santa Fe, fue reconocido como sacerdote y martirizado en Cervera.

Entre el grupo de nuevos mártires encontramos también a don Segismundo Sagalés Vilà, religioso coadjutor y maestro de párvulos en el colegio Jesús, María y José de Barcelona (dicen que tenía la clase siempre llena de flores, pájaros, peces y un mono, que era su «ayudante»). Refugiado en Malla y en Calldetenes, fue detenido y asesinado en la carretera de Vic a Manresa, término de Múnter, el 8 de septiembre de 1936. Ese mismo mes, el día 21, moría mártir el padre José Vila Barri, sacerdote recién ordenado que, tras poner a salvo a los 13 religiosos que tenía a su cuidado en la casa de verano de Mosqueroles (Barcelona) y después de dos meses refugiado en casa de su hermana, era encarcelado y asesinado en Gurb de la Plana. Uno de ellos, Pedro Ruiz Ortega, corrió la misma suerte que el padre Vila. Intentando huir hacia Roma en compañía de Pedro Roca Toscas, otro religioso escolar del mismo instituto, fueron detenidos en La Pobla de Lillet el 4 de abril de 1937 y encarcelados en Manresa hasta el día 12 del mismo mes, día en el que fueron asesinados en Sant Fruitós de Bages.

El 15 de octubre de 1936 fue asesinado el padre Pedro Verdguer Saurina, sacerdote, secretario del colegio San Ramón de Penyafort de Vilafranca del Penedès (Barcelona) y prefecto de la congregación mariana. Capturado mientras esperaba su traslado a Argentina, fue encarcelado en el convento-prisión de San Elías y asesinado en Montcada. Allí también murió, tras pasar por San Elías, el padre Roberto Montserrat Belíart (13 de noviembre), recién ordenado sacerdote y destinado también a la delegación del instituto en Argentina, el religioso escolar teólogo Antonio Mascaró Colomina (27 de enero de 1937), el padre Ramón Llach Candell (19 de abril de 1937), ecónomo general y maestro consumado, y su hermano el padre Jaime Llach Candell (19 de abril

de 1937), consultor y durante muchos años también secretario general del Instituto, director de la Asociación Sagrada Familia y de la revista *La Sagrada Familia*, y autor de la primera biografía de san José Manyanet.

A todos estos mártires, que murieron por fidelidad a Jesucristo y a su vocación de Hijos de la Sagrada Familia –trabajar para propagar la devoción a la Sagrada Familia y procurar la formación cristiana de las familias, principalmente por medio de la educación e instrucción católica de la niñez y juventud–, podemos considerarlos «mártires por la familia». Su testimonio, en vigiliias del «Año de la Fe», adquiere un significado y una fuerza especiales pues, como ha afirmado el Papa, «los santos y beatos son los auténticos testigos de la fe».

Congreso Eucarístico Internacional de Dublín

COINCIDIENDO con la celebración del Corpus Christi, el pasado 10 de junio dio comienzo en Dublín el 50 Congreso Eucarístico Internacional, en el que participaron durante una semana peregrinos provenientes de más de 120 países para reflexionar sobre el tema «La Eucaristía: Comunión con Cristo y entre nosotros». El legado pontificio, cardenal Marc Ouellet, celebró la misa inaugural acompañado por los concelebrantes Diarmuid Martin, arzobispo de Dublín y presidente del Congreso; el arzobispo Piero Marini, presidente del Comité Pontificio para los Congresos Eucarísticos Internacionales; el arzobispo de Toulouse, Robert Legall, y el cardenal Thomas Collins, arzobispo de Toronto.

En su homilía, el cardenal Marc Ouellet recordó «la larga tradición de fidelidad a la fe católica de Irlanda» y lo providencial que resulta la celebración de este congreso precisamente en estas tierras en que la Iglesia está sufriendo y se enfrenta a muchos nuevos y serios desafíos para la fe. «Siendo bien conscientes de estos desafíos –dijo el cardenal Ouellet–, nos dirigimos todos juntos a Nuestro Señor, quien renueva, sana y fortalece la fe de su pueblo. Sé, por mi propia experiencia en el último Congreso Eucarístico Internacional de Quebec, que un evento como este trae muchas bendiciones a la Iglesia local y a todos los participantes, incluidos a los que lo sostienen a través de la oración, el trabajo voluntario y la solidaridad. Y por eso rezamos con confianza en el Señor eucarístico para que esta quincuagésima edición de este gran evento de la Iglesia universal traiga una muy especial bendición para Irlanda en estos tiempos turbulentos y para todos vosotros.»

Los actos del Congreso se han centrado princi-

palmente en la catequesis, tratando diferentes temas relacionados con la Eucaristía (comunión en un solo bautismo, comunión en el matrimonio y la familia, sacerdocio y ministerio en el servicio divino, reconciliación en la comunión y la paz, comunión en el sufrimiento y en la curación y comunión en la Palabra por medio de María), el testimonio de fe de diferentes personas y la celebración de la Eucaristía con los peregrinos. Completando el programa, se han organizado numerosos talleres y eventos culturales. La clausura del Congreso tuvo lugar el domingo 17 con la celebración, presidida por el legado pontificio, del *Statio Orbis*, liturgia final en la que se propuso una pausa (*Statio*) para repensar sobre lo que significa celebrar, recibir y vivir la Eucaristía con el objetivo de profundizar en la fe y llevarla a la práctica en la vida cotidiana.

VII Encuentro Mundial de las Familias

DURANTE los días 30 de mayo a 3 de junio tuvo lugar en diferentes lugares de la ciudad de Milán y de Lombardía el VII Encuentro Mundial de las Familias que, bajo el lema de «La familia: el trabajo y la fiesta», ha reunido a más de un millón de personas para participar en las diferentes iniciativas repartidas por todo el territorio. La ciudad ambrosiana acogió también el Congreso Internacional Teológico-Pastoral y la Feria Internacional de la Familia y concluyó con una multitudinaria misa presidida por el papa Benedicto XVI en el Milano Parco Nord-Aeroporto di Bresso.

En su homilía, el Santo Padre recordó cómo «la familia, fundada sobre el matrimonio entre el hombre y la mujer, está llamada al igual que la Iglesia a ser imagen del Dios único en tres personas. Dios creó el ser humano hombre y mujer, con la misma dignidad, pero también con características propias y complementarias, para que los dos fueran un don el uno para el otro, se valoraran recíprocamente y realizaran una comunidad de amor y de vida. El amor es lo que hace de la persona humana la auténtica imagen de la Trinidad, imagen de Dios». Y a los esposos les animó a entregar la vida entera, viviendo un amor fecundo, en primer lugar, para ellos mismos, experimentando la alegría del recibir y del dar el bien; fecundo también en la procreación, generosa y responsable, de los hijos, en el cuidado esmerado de ellos y en la educación metódica y sabia; fecundo para la sociedad, porque la vida familiar es la primera e insustituible escuela de virtudes sociales. «Queridos esposos, cuidad a vuestros hijos y, en un mundo dominado por la técnica, transmitidles, con serenidad y confianza, razones para vivir, la fuerza de la fe, planteándoles metas altas y sosteniéndolos

en las debilidades. Pero también vosotros, hijos, procurad mantener siempre una relación de afecto profundo y de cuidado diligente hacia vuestros padres, y también que las relaciones entre hermanos y hermanas sean una oportunidad para crecer en el amor. (...) Queridas familias, pedid con frecuencia en la oración la ayuda de la Virgen María y de san José, para que os enseñen a acoger el amor de Dios como ellos lo acogieron.»

Y comentando el lema del Encuentro, Benedicto XVI remarcó que el hombre, también en cuanto imagen de Dios, está también llamado al descanso y a la fiesta. «Para nosotros, cristianos, el día de fiesta es el domingo, día del Señor. (...) Es el día del hombre y de sus valores: convivencia, amistad, solidaridad, cultura, contacto con la naturaleza, juego, deporte. Es el día de la familia, en el que se vive juntos el sentido de la fiesta, del encuentro, del compartir, también en la participación de la santa Misa. Queridas familias, a pesar del ritmo frenético de nuestra época, no perdáis el sentido del día del Señor. Es como el oasis en el que detenerse para saborear la alegría del encuentro y calmar nuestra sed de Dios. Familia, trabajo, fiesta: tres dones de Dios, tres dimensiones de nuestra existencia que han de encontrar un equilibrio armónico. Armonizar el tiempo del trabajo y las exigencias de la familia, la profesión y la maternidad, el trabajo y la fiesta, es importante para construir una sociedad de rostro humano.»

XVI Seminario Internacional de los Capellanes Católicos de la Aviación Civil y de los Miembros de las Capellanías Aeroportuarias

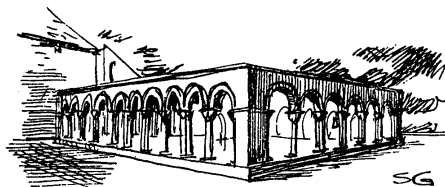
EL santo padre Benedicto XVI recibía en audiencia el pasado 11 de junio de 2012 a los participantes del XVI Seminario Internacional de los Capellanes Católicos de la Aviación Civil y de los Miembros de las Capellanías Aeroportuarias, promovido por el Consejo Pontificio de la Pastoral para los Migrantes e Itinerantes, y reunidos en Roma para tratar el tema de «la nueva evangelización en el mundo de la aviación civil». Aprovechando la ocasión, el Papa llamó la atención de los participantes sobre su vocación de hacer presente en los aeropuertos del mundo la misma misión de la Iglesia, que es llevar a Dios al hombre y guiar al hombre al encuentro con Dios. «Los aeropuertos son lugares que

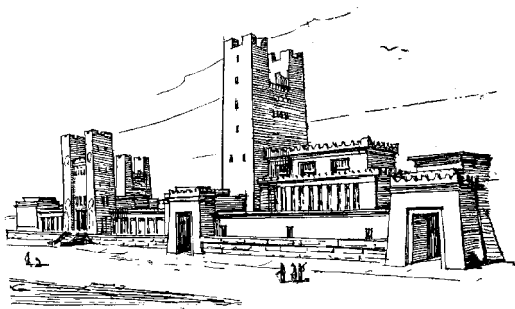
reflejan cada vez más la realidad globalizada de nuestro tiempo. (...) Éste es el contexto humano y espiritual en el que estáis llamados a anunciar con renovado vigor la Buena Nueva, con la palabra, con vuestra presencia, con vuestro ejemplo y vuestro testimonio, bien conscientes de que, aun en los encuentros casuales, la gente sabe reconocer un hombre de Dios y que, con frecuencia, hasta una pequeña semilla en una tierra bien dispuesta puede germinar y producir frutos abundantes.»

Acerca del libro *Just Love. A Framework for Christian Sexual Ethics*, de sor Margaret A. Farley RSM

LA Congregación para la Doctrina de la Fe, después de un detenido examen del libro de sor Margaret A. Farley, R.S.M., ha confirmado que contiene proposiciones erróneas cuya divulgación podía causar grave daño a los fieles. Después de repetidas solicitudes invitando a sor Farley para que corrigiera las tesis inaceptables presentes en su libro y considerando que la respuesta de la autora no clarificaba adecuadamente los problemas planteados, los miembros de la Congregación han publicado una notificación en la que explican cómo sor Farley no entiende correctamente el papel del magisterio de la Iglesia y expone argumentos de carácter moral ignorando la enseñanza constante del Magisterio y cuando ocasionalmente lo menciona, lo trata como una opinión más. Además, revela también una comprensión defectuosa del carácter objetivo de la ley moral natural.

Entre los numerosos errores y ambigüedades del libro se encuentran sus opiniones acerca de la masturbación, los actos homosexuales, las uniones homosexuales, la indisolubilidad del matrimonio y el problema del divorcio seguido de nuevas nupcias. La Congregación para la Doctrina de la Fe lamenta profundamente que un miembro de un instituto de vida consagrada haga afirmaciones que están en contraste directo con la doctrina católica en el ámbito de la moral sexual. Por ello la Congregación advierte a los fieles que el mencionado libro no está en conformidad con la doctrina de la Iglesia católica y no puede ser usado como si fuese una válida expresión de las enseñanzas de la Iglesia para las sesiones de orientación o formación, ni tampoco para el diálogo ecuménico o interreligioso.





ACTUALIDAD POLÍTICA

JORGE SOLEY CLIMENT

Hollande se estrena con el peor sectarismo laicista

Poco tiempo ha tardado el nuevo presidente francés, François Hollande, en mostrar sus prioridades (por si alguien tenía dudas). Su primer acto como presidente ha consistido en dirigir un discurso programático desde el monumento a Jules Ferry erigido en el Jardín de las Tullerías por la laicista y sectaria Ligue de l'Enseignement. Un discurso programático a la sombra del gran padre de la educación estatista adoctrinadora en Francia que no ha defraudado y que ha venido acompañado del anuncio de la contratación por parte del sistema público de enseñanza de doce mil nuevos funcionarios al año durante los cinco de su mandato.

Para Hollande la escuela no es una institución que debe ayudar a las familias en su tarea de educar a los hijos, no; la escuela es un arma: «La Escuela es el arma de la justicia. Es el arma de la igualdad republicana». No hay lugar para la libertad ni para el respeto a las creencias de las familias; la escuela, seguía Hollande, «es el espíritu de la República», el lugar donde las mentes de los niños deben de ser formateadas según los deseos del Estado.

Pero aún hay más. Sin espacio para la libertad, la escuela debe consagrarse a imponer la igualdad. Citando las jerarquías naturales nacidas del mérito, el esfuerzo, el talento, Hollande afirma que «la escuela tiene por misión, si no como deber, el corregirlas, aún más, el abatirlas». Violencia pura y dura que ya sabemos cómo acaba: con la nivelación por abajo y el ataque generalizado contra todo lo que destaque.

Y sigue Hollande, ya en alocada soflama. Proclamándose heredero de Ferry y de Jaurès, Hollande aclama a la escuela como lugar de «emancipación de todo poder interior o exterior, de todo dogma»... menos el del progresismo revolucionario, debería haber añadido el mandatario francés, grabado a sangre y fuego en la mente de los pequeños galos. En cualquier caso, emancipación respecto de la familia, de la tradición, de la fe transmitida, de todo aquello que el Estado decide que es una rémora para crear un ciudadano perfectamente formateado y fiel a la República laicista. Que de paso se pisotee la libertad y se fabriquen personas capadas intelectualmente,

incapaces de comprender la realidad, no preocupa a los santones de este culto revolucionario.

Pasan los años y, contra toda evidencia, los dogmas revolucionarios se repiten cansinamente. Fracasados por la realidad, se resisten a morir, dejando a su paso un erial educativo. Pobres padres franceses; pobres niños franceses.

Por cierto, Jules Ferry no sólo fue el impulsor de la escuela estatal laicista, sino un apasionado defensor del imperialismo. Fue él quien afirmó que «las razas superiores tienen derecho con respecto a las razas inferiores porque existe un deber para con ellas; las razas superiores tienen el deber de civilizar a las razas inferiores». ¿Recuperará también Hollande este discurso o su panegírico de Ferry es sesgado y selectivo?

La nueva tiranía de la que hablaron Chesterton y Lewis ya está aquí

BLoomberg, el alcalde republicano de Nueva York, además de inmensamente rico está muy preocupado por la salud de sus ciudadanos. Así que acaba de prohibir en su ciudad los vasos gigantes de Coca-Cola y otras sodas. Su celo por la salud de los neoyorquinos parece que va a extenderse ahora a nuevas prohibiciones relativas a las palomitas de maíz y las bebidas lácteas.

Pues bien, resulta que dos de los más influyentes pensadores ingleses del siglo xx, G. K. Chesterton y C. S. Lewis, ya lo vieron venir y nos advirtieron del peligro de esta nueva tiranía.

Chesterton sostenía que «el hombre libre puede dañarse a sí mismo comiendo o bebiendo, o puede arruinarse con el juego. Si lo hace, será ciertamente un estúpido e incluso puede que llegue a ser un alma condenada, pero si no pudiera, no sería más libre que un perro».

Lewis, por su parte afirmaba que «De todas las tiranías, la ejercida por el bien de sus víctimas puede ser la más opresiva. Puede ser mejor vivir bajo unos magnates corruptos que bajo unos metomentodos moralmente omnipotentes. La crueldad del magnate puede tener ratos de descanso, su codicia puede, alcanzado cierto punto, quedar saciada, pero aquellos

que nos atormentan por nuestro propio bien nos atormentarán sin fin, pues lo hacen con la aprobación de sus conciencias».

El artículo del año: la cuarta revolución

AUNQUE parece un poco prematuro, así se ha dado la bienvenida al artículo de James Piereson publicado en *The New Criterion*. Desde estas páginas no nos atrevemos a afirmar que estamos ante el artículo del año, pero sí creemos que merece un poco de atención.

Sostiene Piereson que en la historia de los Estados Unidos de América han existido tres revoluciones: la de Thomas Jefferson en 1800, la Guerra Civil y el New Deal. Cada una de ellas separada por la extensión de aproximadamente una vida, entre 60 y 70 años, y que concluyeron con profundos reajustes culturales e institucionales.

Lo que estaríamos viviendo ahora es el proceso de una cuarta revolución. Ante el declive estadounidense, la superpotencia estaría luchando para reajustar sus parámetros a una nueva fase de crecimiento y dinamismo. Pero la crisis financiera, económica y, por ende, política de los Estados Unidos, sigue Piereson, no es coyuntural, sino que hunde sus raíces en el agotamiento del sistema vigente desde el final de la segunda guerra mundial. Este sistema tiene dos pilares: el New Deal, con su énfasis en la regulación de la economía, la seguridad social, un consumo creciente y la deuda pública; y el papel de los Estados Unidos tras la guerra, con el dólar como moneda de reserva internacional y el ejército estadounidense como gendarme universal.

Ante los problemas crecientes de este modelo, estamos empezando a vivir un periodo de conflicto entre dos orientaciones políticas, la que quiere mantener el antiguo sistema y la que quiere dar a luz uno nuevo. En Estados Unidos, estas dos mentalidades están encarnadas por el Partido Demócrata y el Partido Republicano. El Partido Demócrata es en la actualidad el partido que encarna el régimen, esto es, el consenso político surgido a mediados del siglo xx y que los republicanos sólo han podido ajustar. Pero este régimen puede colapsar por los siguientes motivos: deuda insostenible, promesas públicas imposibles de mantener, estancamiento y bajo crecimiento y, por último, parálisis política.

Entonces, ¿qué esperar del futuro próximo? Piereson responde que Estados Unidos seguirá como hasta ahora aún durante unos cuantos años, endeudándose para financiar su gasto público y posponiendo el encarar el problema de ese gasto y de la deuda que genera hasta que algún suceso inesperado e incontrolable, al que sería altamente vulnerable, haga

estallar el modelo. Éste sería el último reto de un régimen político organizado en base al gasto y a la deuda públicos. Y es que desconocemos los detalles de la siguiente fase de la crisis, pero cada vez resulta más evidente la insostenibilidad del sistema vigente.

Dos varas de medir en el asunto de los abusos sexuales

Lo explica David F. Pierre en *Catholic World Report*: el pasado mes de abril la Conferencia Episcopal de Estados Unidos publicó su informe anual sobre acusaciones de abusos sexuales realizados por sacerdotes en cumplimiento de los compromisos tomados en 2002 en Dallas. El informe concluye que en 2011 ha habido siete casos de acusaciones creíbles. Estamos de acuerdo en que cualquier cifra superior a cero es un dato triste y desgarrador, pero también es evidente que el esfuerzo por erradicar los abusos sexuales a menores está dando resultados.

Pero a la prensa liberal estadounidense parece que no le importa mucho la realidad e insiste en el viejo mantra. Un editorial del *Washington Post* afirmaba recientemente que la Iglesia aún «proteje a los abusadores» y que «se mantiene más centrada en salvaguardar su imagen que en proteger a las víctimas». Y en el desprestigiado *New York Times* Maureen Dowd escribía que a la Iglesia «le ofenden más unas monjas volcadas en los pobres que la sórdida pedofilia de los sacerdotes». En el *Boston Globe*, por último, Joan Vennoch sostiene que el papa Benedicto XVI «tolera una red mundial de sacerdotes que hace posible el abuso a menores».

Esta actitud, sectaria y poco honesta con la realidad, se transforma radicalmente cuando las acusaciones de abusos sexuales van contra otra institución, por ejemplo los numerosos casos que se están dando en la escuela pública en Estados Unidos. Recientemente se ha sabido, por ejemplo, que ha habido 248 quejas por conducta sexual inadecuada de empleados de escuelas públicas sólo en la ciudad de Nueva York... y sólo en el primer trimestre de 2012 (una media de 2,75 quejas por día, incluyendo los fines de semana, en una sola ciudad). Esto sí que es una plaga, esto sí que es noticia... excepto para los medios de comunicación de mayor tirada. El *New York Times*, por ejemplo, le ha dedicado sólo un comentario en uno de sus blogs, muy lejos de su cruzada contra la Iglesia católica.

Ante tan evidente doble vara de medir uno no puede dejar de preguntarse si lo que les preocupa a estos periódicos y a quienes los elaboran es el daño infligido a los niños víctimas de abusos sexuales o meramente desprestigiar a la Iglesia católica.

«Postrados estaréis rostro en tierra»

Hace ahora sesenta años tuvo lugar en Barcelona el XXXV Congreso Eucarístico Internacional, tal como recuerda Gerardo Manresa en un artículo de esta revista. CRISTIANDAD dedicó varios números a preparar a sus lectores para aquel acontecimiento, que revistió una gran solemnidad y fue motivo de manifestaciones multitudinarias de piedad eucarística. Entre los actos del Congreso destacó la ordenación presbiteral, en el Estadio Municipal de Montjuïc, de ochocientos diáconos venidos de todo el mun-

do. Postrados estaréis rostro en tierra, por decirlo en lenguaje bíblico. Para expresar vuestra actitud, no hallé otra palabra mejor que la muy significativa de nuestro idioma: anonadamiento. Porque cuando ponderaba, y aún me quedaba corto en el peso, la grandeza de los poderes que pronto vais a recibir, oí de vuestros labios la confesión de la fragilidad, de la pequeñez y de la nonada de vuestro ser. *Gratia Dei sum id quod* (1 Cor 15,10). Esto tendrá lugar en el último día del mes de mayo y penúltimo del XXXV Congreso Eucarístico Internacional, en tiempos que la tierra estará sedienta de rocío del cielo, quiero decir de gracia de Cristo, y los hombres, necesitados de aquel amor que los abrace como hermanos.

En nuestras plegarias conmemoraremos la dulcísima prerrogativa de nuestra Madre: su universal mediación. ¡Cómo sabe a celestial nuestra misión de mediadores entre Dios y los hombres! Imposible no hacer memoria de la escena evangélica de Nazaret: aquel engrandecer la humildad de la Esclava del Señor. *El Espíritu Santo descenderá sobre ti; y el poder del Altísimo te protegerá con su sombra; por lo cual también lo que nacerá de ti será llamado Santo, Hijo de Dios... Porque no habrá cosa alguna imposible para Dios* (Lc 1,26 ss.).

Imposible olvidar las palabras de nuestro patrono, beato Juan de Ávila: «Semejantes a la Sagrada Virgen María que por sus palabras trae a Dios en su vientre, porque los sacerdotes traemos a Jesús con las palabras de la Consagración. Relicarios somos de Dios y como criadores» (*Plática primera a los clérigos de Córdoba*).

do. Mosén Martirià Brunsó, en aquellos años colaborador habitual en estas páginas, profesor del seminario de Gerona y profundo conocedor de la obra de san Juan de Ávila (entonces todavía beato), escribió este sentido texto, que tituló «Recordatorio» y que encabezó con esta dedicatio-

ria: «A mis futuros hermanos en el sacerdocio, con motivo de su ordenación sacerdotal, que se celebrará en la víspera de la clausura del XXXV Congreso Eucarístico Internacional, de Barcelona».



«Si la guirnalda de su sacratísima humanidad que le dio su Santísima Madre (la cual Él no tenía), fue cosa muy maravillosa, también lo es que un sacerdote, aunque pecador, con las palabras de la Consagración, ya que no dé a Cristo cuerpo nuevo, dale que esté donde primero no estaba, y un ser sacramental, lleno de inefables maravillas, el cual no tenía antes de la consagración» (*Trat. XIII del Santísimo Sacramento*, segunda parte, 9).

Hágase en mí según tu palabra, decíais.

Fiat, fiat, clamaban la tierra y los hombres famélicos de amor fraterno.

¡Benditos vosotros entre los hombres, y sea de todos conocido y alabado el Jesús de vuestras manos!

No es una exclamación huera. Oíd lo que la ha motivado: «Los que traen trigo a los pueblos, deben ser honrados y bien tratados; la que nos trajo el pan

del cielo, con que nuestras ánimas se mantienen, ¿cuánto debe ser honrada y reverenciada? Hazañas hicieron algunas mujeres, por las cuales quedaron en perpetua memoria: Judith, Esther, Débora y otras semejantes; mas en comparación de la Virgen, todas hicieron muy poco. Instrumentos fueron para librar sus pueblos de la muerte del cuerpo; pero la Virgen María nuestra Señora, para librarles de la muerte del alma. Ella fue la que nos dio este fruto de que comemos y gozamos; la que nos amasó este Pan, y con tanto deseo que lo comamos nos convida a él, que dice (Eccl 24): «*Transite ad me omnes qui concupiscitis me, et a generationibus meis implemini.* Todos los que me deseáis, venid a mí, y no os arrepentiréis; iréis llenos de mi generación; de lo que yo engendré seréis llenos; del fruto que en sí contiene todos los frutos y gracias; que quien este fruto recibe, todo lo recibe; porque en él se contienen todos los bienes» (Trat. III del Santísimo Sacramento, 1, Beato de Ávila).

Y cuando los hombres oirán la palabra de Dios por vuestro ministerio, y la guardarán, serán bienaventurados. Y se sentirán con ello más bienaventurados vuestros padres.

«¡Bienaventurado el seno que te llevó y los pechos que te alimentaron!, exclama aquella mujer de la turba. — Bienaventurados más bien los que escuchan la palabra de Dios y la guardan, dice Jesús» (Lc 11,27-28).

Quedará así en gran manera honrada la cruz del matrimonio, y el honor de la mujer, tan vituperado en nuestros días, conocerá la sublimidad de la excelcitud de su linaje. Sí, bienaventuradas nuestras madres. Y lo sean también aquellas almas piadosas que han tomado como suya la *Obra de las obras* (Pío XII), *Ex hominibus assumptus* (Hebr 5, 1), tomado de entre los hombres, es constituido en pro de los hombres en cuanto a las cosas que miran a Dios para ofrecer dones y sacrificios por los pecados. «Al

sacerdote, por tanto, es necesario que recurra todo aquel que quiera vivir la vida de Cristo y desee recibir fuerza, auxilio y alimento para el alma; en él buscará la medicina necesaria todo aquel que desee levantarse del pecado y volver al camino recto» (Pío XII, *Menti nostrae*).

Heos aquí participantes de los loores que tributarán a las misericordias del Sumo Sacerdote vuestras generaciones.

Bien podéis cantar con la Madre:

*Engrandece mi alma al Señor,
y se regocija mi espíritu en Dios, mi Salvador;
porque miró la bajeza de su esclavo;
porque he aquí que desde ahora
me llamarán dichoso todas las generaciones.*

Porque hizo en mí grandes cosas el que es Poderoso,

y cuyo nombre es Santo:

y su misericordia de generación en generaciones

para con aquellos que le temen.

Así de magnífico será vuestro cántico, porque el soplo de Dios, aquel que os recuerda la vigilia de Pentecostés, aquel Espíritu Santo que recibiréis para con su vigor atar y desatar en nombre de Dios, de perdonar o retener los pecados de los hombres, estará ya comunicado y, con sello indeleble, impreso en lo más íntimo de vuestro ser, que, lleno de sabiduría, entendimiento, consejo, ciencia, fortaleza, piedad y temor de Dios sentirá dentro de sí un vibrar más divino.

Y los que se gozarán en veros de tal suerte transformados, y todos, repetiréis en este día al unísono:

*«Tomó bajo su amparo a Israel, su siervo,
acordándose de su misericordia,
como lo había anunciado a nuestros padres
a favor de Abraham y su linaje para siempre.»*

(Lc 1,46-55.)

INTENCIONES DEL PAPA ENCOMENDADAS AL APOSTOLADO DE LA ORACIÓN



Julio

General: Para que todos tengan trabajo y lo puedan desempeñar en condiciones de estabilidad y seguridad.

Misionera: Para que los voluntarios cristianos presentes en territorios de misión sepan dar testimonio de la caridad de Cristo.

Agosto

General: Para que los encarcelados sean tratados con justicia y con respeto de su dignidad humana.

Misionera: Para que los jóvenes, llamados al seguimiento de Cristo, proclamen y den testimonio del Evangelio hasta los confines de la tierra.



LIBRERÍA BALMES

Duran i Bas, 11 – 08002 Barcelona
tel. 93 317 80 94 – fax 93 317 94 43

<http://www.balmeslibreria.com>

SERVICIO DE VENTA ON LINE

Visitando nuestra página web podrá realizar sus compras sin desplazarse y recibir puntualmente sus libros en casa.

Libros de Teología y Vida espiritual, Mariología y Hagiografía, Sagrada Escritura y Patrística, Magisterio de la Iglesia, Catequesis, Educación y Formación cristiana, Historia, Filosofía, Ética y Psicología, Sociología y Política, Literatura, etc.

Servicio de suscripción a *L'Osservatore Romano* y revistas nacionales y extranjeras

Este mes recomendamos:

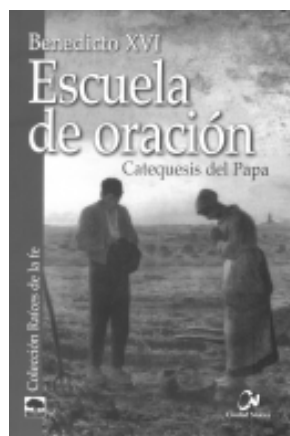


El paraíso en la puerta

Autor: Fabrice Hadjadj
Editorial: Nuevo Inicio
498 páginas
Precio: 25,00 €

Este libro es un itinerario a través de la filosofía, la teología y las artes –de Nietzsche a Bonnefoy, de Baudelaire a Bernini, de Sade y Proust a Mozart– para acercarse a lo que el paraíso tiene de terrible y de bello: a la apertura de la beatitud. No se trata de consolar, sino de convocar a esa alegría que debe hacernos perder toda compostura –

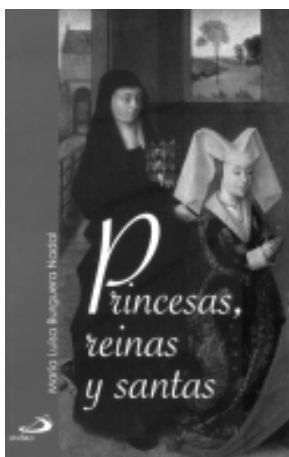
como un payaso– y destruir en nosotros todo contentamiento –como un río, que no cesa de recibirse y ofrecerse sin fin...



Escuela de oración

Autor: Benedicto XVI
Editorial: Ciudad Nueva
304 páginas
Precio: 15,00 €

¿Qué es la oración? «Nostalgia de eternidad, búsqueda de belleza, deseo de amor, necesidad de luz y de verdad que impulsan al hombre a lo Absoluto...». El hombre es religioso por naturaleza. Esta dimensión tiene su pleno cumplimiento y expresión en la Revelación. La oración no hay que darla por supuesta, dice el Papa; hay que aprender a orar. Y nos propone una «escuela de oración» que recorre las grandes figuras del Antiguo Testamento (Abraham, Moisés, los profetas...), se detiene en los Salmos y culmina con Jesús, el hombre de oración por excelencia.



Princesas, reinas y santas

Autor: María Luisa Burguera Nadal
Editorial: San Pablo
144 páginas
Precio: 7,50 €

Un homenaje a emperatrices, reinas y princesas europeas que contribuyeron a la expansión del cristianismo. Elena, Eduvigis, Matilde, Casilda, Adelaida, Cunegunda, Gisela, Margarita de Escocia, Isabel de Hungría, Inés de Praga, Isabel de Portugal, Juana de Francia... Todas fueron mujeres valientes, que en muchas ocasiones tuvieron que renunciar al amor, al poder y a la

corte para seguir la llamada divina. Este libro es un homenaje a todas esas mujeres que contribuyeron a la expansión del cristianismo.



Préparation au règne de Jésus-Christ

Autor: Pierre-Marie Dessus de Cérou
Editorial: Tequi
174 páginas
Precio: 26,00 €

Préparation au règne de Jésus-Christ es el título que san Luis María Grignion dio al manuscrito más conocido como *Traité de la vraie dévotion*. Él mismo había profetizado que sería ocultado «en las tinieblas y el silencio de un cofre, a fin de que nunca viera la luz». Fue encontrado ciento treinta años más tarde. Ahora se publica tal como salió de la pluma del Santo, en francés moderno para una mejor comprensión.

Renunciar a la cultura del mal

También hoy conocemos un tipo de cultura en la que no cuenta la verdad; aunque aparentemente se quiere hacer aparecer toda la verdad, cuenta sólo la sensación y el espíritu de calumnia y de destrucción. Una cultura que no busca el bien, cuyo moralismo es, en realidad, una máscara para confundir, para crear confusión y destrucción. Contra esta cultura, en la que la mentira se presenta con el disfraz de la verdad y de la información, contra esta cultura que busca sólo el bienestar material y niega a Dios, decimos «no». También por muchos salmos conocemos bien este contraste de una cultura en la cual uno parece intocable por todos los males del mundo, se pone sobre todos, sobre Dios, mientras que, en realidad, es una cultura del mal, un dominio del mal. Y así, la decisión del Bautismo, esta parte del camino catecumenal que dura toda nuestra vida, es precisamente este «no», dicho y realizado de nuevo cada día, incluso con los sacrificios que cuesta oponerse a la cultura que domina en muchas partes, aunque se impusiera como si fuera el mundo, este mundo: no es verdad. Y también hay muchos que desean realmente la verdad.

Así pasamos a la primera renuncia: «¿Renunciáis al pecado para vivir en la libertad de los hijos de Dios?». Hoy libertad y vida cristiana, observancia de los mandamientos de Dios, van en direcciones opuestas; ser cristianos sería una especie de esclavitud; libertad es emanciparse de la fe cristiana, emanciparse —en definitiva— de Dios. La palabra pecado a muchos les parece casi ridícula, porque dicen: «¿Cómo? A Dios no podemos ofenderlo. Dios es tan grande... ¿Qué le importa a Dios si cometo un pequeño error? No podemos ofender a Dios; su interés es demasiado grande para que lo podamos ofender nosotros». Parece verdad, pero no lo es. Dios se hizo vulnerable. En Cristo crucificado vemos que Dios se hizo vulnerable, se hizo vulnerable hasta la muerte. Dios se interesa por nosotros porque nos ama y el amor de Dios es vulnerabilidad, el amor de Dios es interés por el hombre, el amor de Dios quiere decir que nuestra primera preocupación debe ser no herir, no destruir su amor, no hacer nada contra su amor, porque de lo contrario vivimos también contra nosotros mismos y contra nuestra libertad. Y, en realidad, esta aparente libertad en la emancipación de Dios se transforma inmediatamente en esclavitud de tantas dictaduras de nuestro tiempo, que se deben acatar para ser considerados a la altura de nuestro tiempo.

Y, por último: «¿Renunciáis a Satanás?». Esto nos dice que hay un «sí» a Dios y un «no» al poder del Maligno, que coordina todas estas actividades y quiere ser dios de este mundo, como dice también san Juan. Pero no es Dios, es sólo el adversario, y nosotros no nos sometemos a su poder; nosotros decimos «no» porque decimos «sí», un «sí» fundamental, el «sí» del amor y de la verdad.

BENEDICTO XVI: *Lectio divina* ante la Asamblea eclesial de la diócesis de Roma (11 de junio de 2012)